





# ÍNDICE DE LIBROS

MUSEO DE CARNES Y LETRAS, Onofre da Vinci

SURRECCIÓN, El muerto

VANA PRAXIS, Vaimaca & Tabobá

UN LUGAR EN EL CUAL, El yogui



## CALENTAMIENTO

Yo nací, como Raniera, Mefistófenes o Páris, en el cosmos. Soy oriundo del Big Bang. El Dios que pone, con sus dados, las coronas a los reyes, es el mismo que, después, con un travieso tironcito, nos iguala. ¡Del Big Bang! Si soy del mundo, soy de todas las naciones. ¿Lengua madre? Qué grosera tontería renegar de las demás. Al español, lengua fortuita deberíamos decirle. No soy menos nigeriano que gallego. Me dirás que no parezco nigeriano, pero yo responderé, sencillamente, que son ellos, en verdad, los que, según la perspectiva del león, no lo parecen y, del modo que millones de latinos no conocen el latín y que los pandas, tan serenos como Sócrates, ignoran a Confucio; de la forma que Confucio no sabía de murallas y Ramsés jamás hubiera molestado sus legiones por motivos religiosos, yo, con párpados sin filo, soy nipón y, los nipones, uruguayos. Ambos pueblos, al izar los pabellones, levantamos el mentón al mismo sol. Si soy del cosmos soy de todos los planetas, además de ser de todas las galaxias. O, tal vez, el universo crea ser una fugaz casualidad en el espíritu del hombre. Sabe Dios a dónde quedan, quizás mucho más allá de lo que nunca llegaremos con satélites, los límites del alma.



ONOFRE DA VÍNCI

**MUSEO**

**DE**

**CARNES**

**Y**

**LETRAS**

© 2022, Ismael Linares  
Montevideo, Uruguay

### **1. Mirar con macroscopio**

*La visión es el regalo que te da la perspectiva.*

### **2. No del barro. De las manos**

*Lo que portas en los genes, no lo robas.*

### **3. Pesadilla**

*Si no fuera por temor, los mandamientos quedarían obsoletos.*

### **4. Apoteosis**

*Se demora, pero llega.*

### **5. Feligreses**

*El santuario donde moran los arcángeles que mueren en combate.*

*No te prives de la paz de sus espíritus.*

### **6. Lo mismo que poemas bien escritos**

### **7. Momentum**

*Los hijos de Dios se conducen igual que los hijos de Zeus.*

### **8. Convivencia**

*Los cerebros, agolpados, se dividen. Y, si no, que te transcriban un mitín.*

### **9. Sicología**

*Más valiosos que los dólares cedidos en la paz, son, en la guerra, los centavos.*

### **10. Recepción**

*En cada trago se distingue, delicioso, tu sudor. Así los cócteles que pagas por el mundo.*

### **11. Como huesos en su piel**

*Autotemores.*

### **12. Arcorritmo**

*Versosiris.*

### **13. De la vida**

*Las personas indicadas son las menos señaladas.*

### **14. Trinidad**

*El arte, más que con el prójimo (¿prefieres la mentira? No me pases tus problemas) es un diálogo de genios a lo largo de los siglos.*

### **15. Serenata**

*Ni sanos ni salvos. Lo mismo que todos los ídolos.*

# 1

## **Mirar con macroscopio**

*La visión es el regalo que te da la perspectiva*

### MAGMA

Somos unicélulas en red. Los capilares dejan ver algunos glóbulos en fila. Si trataran de pasarse, quedarían agolpados. No podríamos haberlo concebido ni con toda la salvaje libertad de los artistas, ¡ni con toda la valiente lucidez de los científicos! Si fueras escritor y lo narraras, te dirían que los hechos no resultan verosímiles. ¡Alarde de milagros! Imposibles coincidencias todas juntas, en un punto. No parece realidad, pero la vemos. Poros, glándulas y vasos, en gloriosa sincronía. No podría ser, en nada, más extraño. Los horóscopos jamás acertarían. Pocas cosas -la belleza de las artes o la chispa del amor- serían menos intuitivas. Como fuera nada más por estadística, ninguno de nosotros estaría respirando. Mucho menos, regalándonos, estrofas de por medio, cadavéricas de vida.

## TERRITORIO

Con el mismo movimiento vertical del helicóptero, ganemos altitud. A dos centímetros, apenas se ve piel, en una rara comisura. La torsión en sus detalles. El gradiente de la sombra. Minuciosa panorámica sin puntos cardinales. Lo mejor de la tersura. Recondites. Ocultismo. Las hormonas en plegaria. Pubertad a quemarropa. Vaticinio. Sugestión. El arte sabe suponer lo que te privas de mostrar. ¡La seducción es una forma de sospecha! La flagrantia, de contrario, repercute nada más en la saliva. Ni madera ni jazmines: te tendrás que conformar con el aroma de la baba. Lo probé: no pensarás que te diré que lo descartes, ¡no de mí! La destrucción es componente de las artes. Qué, ¿le temes a los malos? El laurel de los poetas no se debe confundir con la corona de los santos. ¡Ni la copa con el cáliz! Un momento... por el pliegue de la piel se ve brotar una pelota.

## DEVOCIÓN

Es una cuenta de rosario. Bajan otras, con gemela parsimonia, por la línea del cordel. Se ven los dedos aferrados entre sí, rogando duro. Ya se notan otras décadas andadas por la piel. Por cómo vibran, se le pueden escuchar los pensamientos en las manos: aguerridas oraciones. ¿Por qué pide? Los que saben

sobre Dios, lo tienen claro: no se reza por pedir, sino, tan sólo, porque oye.

### SOLIDEZ

La fortaleza se descubre, muchas veces, donde menos lo dirías. El arbusto sostenido de la roca, de común, está más alto que los robles. Lo verás en donde sufre la montaña. No te fíes de los músculos: allí, para mostrarte la verdad, están los hechos. En su cariz, se combinan la dulzura de la madre con la recia, silenciosa valentía del templario. Se sostiene de rodillas, con los ojos apoyados en el cielo. Pareciera respirar de su sustancia; rebasarle la nariz. Es una monja. Ve distinto que nosotros. Más allá. Mirada tierna. Ceño franco. Base dura.

Cuales fueren tus ideas. Al amparo de su calma, te podrás sentir imbécil, pero nunca desahuciado.

### MALABARES

Es difícil ser poeta sin que todo se te mezcle. No muy lejos, ¡a centímetros!, se puede ver un arma. Si quisiera bendecirla con la mano, no tendría que pararse: bastaría con tendérsela. Seduce, pero no por su belleza, si la tiene. Más sensual que sus aristas, es la mezcla de poder y de peligro. Si las letras te pudieran hacer daño, ya jamás precisarías de la droga. Tanto más:

si las prohibieran, ahí sí tendrían todos los sentidos a merced. ¡El magnetismo de la carne! Me conoces: eso quiero de mis arias. ¡Que provoquen adicción! ¡Que las trafiquen! Que te mueras en la cárcel, felicísimo, borracho de leerlas.

Con las armas es lo mismo que con otras atracciones: consumarlas, aniquila las hormonas. De contrario, con mis versos es distinto, porque nunca nos llegamos a tocar. Lo que nos une, nada más, es el deseo. Me parece percibir, con cada letra que recorres, tus pupilas por mi piel. Y nada menos.

### NO TAN FÁCIL

Hay un grupo de gendarmes observando, todos ellos, en la misma dirección que las plegarias de la monja. Se ven tensos, pero, bien, no desahuciados. La tensión es, ante ciertas circunstancias, ventajosa. Charlan algo, pero nada convencidos. Por el gesto, les dirías impotentes. Es lo malo de las armas: el alcance. Quedan lejos de llegar a lo profundo de las cosas. La moliembre de lo físico, por más que te sacuda las entrañas, es más bien superficial - o, por lo menos, es poético decirlo. No nos vamos a mentir. Hay tonterías que tan sólo se sostienen con impúberes lectores.

Si bajaran alienígenas (ajenos a los usos, uniformes y tenor de nuestros hábitos) y tú les

preguntaras quién de todos tiene más autoridad, responderían "la señora". Por supuesto. Pero, bien, si preguntaras por el más imprescindible, te dirían, con feliz seguridad, "el escritor, embelleciéndolo".

## SEÑOR

Alrededor, está la calle, desolada. No se puede sacar versos del bitumen sin pecar de jactancioso, pero, bien, así consiguen sus milagros los artistas: arrogándose poderes. Con galácticos delirios de grandeza. Disputándole sus títulos a Dios. Algunas obras no se pueden concebir con humildad. La creación excede todas las destrezas del humano. Te precisas transformar. ¡La creación es potestad del firmamento! Soy poeta, no persona. No me pidas humildad mientras escribo, porque nunca la tendrás. No soy ejemplo: soy poeta. Los quilates no se miden con escuadra ni, con pizcas, el talento. Los artistas no terminan en su piel. ¿Le pedirías sobriedad al creador? ¿Al creador!? Alucigrama. Si no fuera por el arte, cada vez nos quedarían menos cosas para ver. Ahora déjame pensar el universo desde cero - ya después seré simpático, cordial. Ahora no. ¡Tengo milagros en la punta de los dedos! Lo que piensas sobre mí no vale nada comparado con lo grande. Ya después conversaré con humildad, seré sencillo, miraré los desenlaces de tu piel

con discreción, me regiré por la modestia. Pero no mientras escribo.

## CORRIMIENTO

Ya salgámonos, por fin, de los cabales. Hay menciones que no creo que sospeches. Un... ¿pizzero? Bien. Al margen, levemente transversal, podemos ver una vereda de la calle. Quedan pocos peatones y ya todos los comercios han cerrado, menos uno. Con las uñas aferradas a las horas, el patrón no se desprende de la caja. "Los impuestos no se pagan con depósitos de pizza. Mientras sigan encargándonos pedidos, nos tenemos que quedar. La venta manda". ¿Dónde no? Porque, los hombres, precio tienen - aunque debas encontrarles la moneda. Te lo juro: no me compras con dinero, pero sí con otras cosas muy distintas.

Y peores, lo confieso. La ventana más pequeña da, con fácil, aromática visión, a la cocina. Por detrás, se ven los ojos del pizzero, suspendidos. No parecen encontrarse, con las manos, en la misma dimensión. La masa vibra con palmadas vigorosas. El vigor hace vibrar el temblequeo de la masa. Saltan nubes por el aire, tormentosas. Entremedio, pestañean unas panzas de relámpagos. Unir a despedazos. Friccionar a sacudidas. Masajear a cachetazos. Y, colgada de los astros, en su mundo, la mirada del amor. ¡La que tan fácil conseguimos encubrir! Es una trágica verdad que,

de común, los que se gustan, bajan máscaras y siguen cada uno por su lado, sin saberlo. ¡Qué salvaje cantidad de paraíso malogrado! ¡Qué brutal anomalía de la raza! ¡Qué catástrofe! Qué magro devenir de tan bellissimo milagro. Cuántos ojos que, después, por mucho tiempo, continuaron recordando lo que nunca sucedió - por una letra. Por un roce. Por haber escatimado las señales. ¡Imagínate la vida ¡sus momentos! ¡su color! si no pudiéramos velar las atracciones! El pizzero tiene toda la mirada del amor enmascarado: se la veo claramente, con el séptimo sentido del artista. Le desgrano la costosa timidez. Aunque, quizás, haya también alguna forma de preciosa cercanía que tan sólo se consigue con distancia: si se trata del deseo, lo que tocas, lo disuelves. Y, tal vez, cuando te quedas con la chica del momento, cada día que transcurre piensa más en tus rivales. De contrario, ¿se marchó con otro joven? Compadécelos: hay riesgo de que tengan el amor decolorado. La medida de la chispa quema más que la fogata del incendio. Con reparos infantiles, el pizzero mira poco - pero mira. Las milésimas compensan los segundos. Por momentos, el vistazo de sus ojos es, más bien, un aguijón. No por fugaz, es poco claro. Por detrás, bajo la tabla de las ollas, hay un gato de collar, en una jaula. Se lo ve dormitabundo; no parece preocupado. Ronroneo, con las uñas por ahí. Bonsái de tigre. Silenciosa majestad. Bastión lamiéndose los nervios. Una fiera se construye con aplomo, mucho más que con tamaño.

Como nadie le temía, Dios le puso sus facciones al león. Bigote, lunas y colmillos. Embrujado personaje cuyo mágico misterio no proviene nada más de lo felino: del collar, se ve subir, imperceptible, sospechoso por las letras, un hilito.

### VIRAZÓN

Al otro lado de la calle, puede verse -si seguimos alejándonos- enfrente de los versos anteriores, un juzgado. Su fachada se diría tenebrosa, si no fuera por un toque de metálica belleza: por detrás de las cortinas, al feliz abracadabra de los vientos, aparece, con los ojos concentrados en la misma dirección que los gendarmes y la monja, la fiscal. Al parecer, no queda nadie más que ella: las restantes oficinas están todas con las luces apagadas. Por un margen, va pasando, con la caja distintiva de las pizzas, el pequeño cuidacoche de la cuadra. La fiscal se ve cansada. No se queda sino sólo por deber, está clarísimo. Si fuera por sus ganas, estaría, me parece, ya por fuera del paisaje. Lo que sea que le pueda competir en las alturas, no me priva de pensar que solamente se quedó porque quería que los versos la pintaran con mi pluma.

## COSMONAUTA

Distanciémonos un poco del suspenso. ¡Levantemos la mirada para ver! Por algo todos están tan subordinados. Más arriba... Más arriba... No muy rápido; ganar velocidad te borrona los detalles. Piso cuatro... Piso cinco... Ya después habrá manera de bajar, ahora sólo disfrutemos de la vista. Piso siete... De los hombres, mucho más que de los pájaros: al aire se conquista con cerebro, no con plumas. Piso diez... Con respetuosa perspectiva: de contrario, los talentos no parecen colosales. Piso doce... Por estratos. Así miden sus c

¡Por Dios! ¡Es un suicida! Qué sorpresa desgraciada. Qué difícil disfrutar del español, en estos términos. ¡Qué falta de palabras! ¿Qué decirle? ¡Qué gritarle! ¿Que las cosas hermosísimas etcétera? ¿Seguro? ¿Que las lágrimas etcétera? No sé. Parece propio del imbécil de remate. Quizás muchos han saltado para no seguir oyendo tonterías. Quizás sólo se mataron como forma de poder quedarse sordos. Acerquémonos, y trágate cualquier genialidad que se te cruce por la mente. La fiscal de la ventana, con los ojos entornados, le parece mascullar un pensamiento: "ya decídate, maldito, que mañana -como tantas, otra vez- entro temprano". Más allá de que sus gestos escarchados, en verdad, son de difícil traducción. Y ya sabemos a quién mira, con los sesos derretidos, el

pizzero. Con las cosas en los pies, el cuidacoches, andarán a comisión, está comprando -con billetes, no monedas salpicadas- otra pizza. Por su lado, con los pies en el vacío, ya restado de sus ojos, el suicida se despinta de sus rasgos, bajo sombras inminentes.

Un momento. ¿Qué demonios...? Acerquémonos, que quiero ver mejor su... ¡Maldición! Es... ¿un muñeco? ¡Qué real que parecía con un poco de distancia! Qué rendido, con la noche de por medio. ¡Qué logrado! Qué difíciles de... Vaya. ¿Sabes qué? Con las pupilas algo más acostumbradas, del mentón, se ve bajar, imperceptible, sospechoso por las letras, un hilito.

## FIRMAMENTO

La galaxia, comparada con las otras, no parece tan enorme. La materia se colapsa bajo formas inauditas. El espacio se deforma con el tiempo. La visión es muy distinta de las fotos que maquillan los astrónomos. Millones y millones. Trayectorias y cometas. Asteroides y satélites. Estrellas, nebulosas y colores tan extraños que -del cielo, no del mundo- ni siquiera les sabemos dar un nombre todavía. Si tuviera que tratar de describirlos, mucho más que de colores hablaría de...

Qué cosa. No podemos alejarnos un segundo sin que vengan a vibrarnos, en la panza, sus asuntos. Bien, vayamos al lugar donde suceden los milagros. La fiscal, en su despacho, tiene pizzas apiladas a granel, en una torre de sus cajas.

Desde muchas religiones ¡variadísimas! del cosmos, a la Tierra se la mira levantando la cabeza, con la misma devoción con que los dedos de la monja masticaban el rosario.

## 2

### **No del barro. De las manos**

*Lo que portas en los genes, no lo robas*

#### EN PRESENCIA

Se te prende de los ojos. Es un óleo sin igual, ¡maravilloso! No lo digo por la forma de su técnica, colmada de virtud, sino, más bien, por el efecto que consigue. Se podría comparar con la varita del amor cuando parece que te roza con su magia, todavía sin tocarte. Si los vieras ante ti, te sentirías atraído - pero, bien, de forma rara. Los aromas, del olfato. Vino. Tuco. Cacerolas. ¡A comeer! La mesa llena de colores. Los

artistas, de sentidos que los médicos ignoran, ¡infinitos!, ubicados por doquier, desde la sangre, por las muelas, a las lágrimas. Podríamos decir que somos eso, con trocitos de cadáver sujetándolo.

## PALETA

La pintura, lentamente, cobra vida. Sol de lleno. Se desnudan las secretas comisuras del pincel y los efectos especiales insinúan sus recetas. De seguro, desplegaron las cortinas a la par. El día trae los detalles a los ojos, por un lado, con la franca, saludable claridad que no consiguen las bombillas. Luz de plástico. Barata. Por el otro, con la cruda demasía del apuro, ¡de notar que te desnudan y no tienen intención de, ni por ellas ni por ti, bajar la llave!

Pero, súbita, se ciñe la persiana. Media luz. Insinuaciones atigradas. Los colores contrastados, redobladamente vívidos, parecen perforados en la sombra. Las pupilas se retractan. El frescor se siente limpio, con los ojos. La verdad, hipnotizada. La pelusa se ve clara, por los rayos y, los rayos, se ven claros a través de la pelusa. Pasa sombra por delante. Toma pruebas. Abre pozos. Aletea, tamizando los colores. Saca partes. Mueve noche de lugar. ¡Es el pintor!

Oscuridad, al negro vivo. Los colores adaptándose. Las formas, residuales en la mente. Los

instantes, necesarios. Los colores convertidos y las formas, despertándose despacio, renovadas. La miríada de grises, quizás mucho más intensa, ¡colorida!, que la clásica paleta.

Se demora sin parar. La concepción es un delirio de fugaz acaecida, que no suele transcurrir en nuestro tiempo. Va. Se pierde, como perro sin cadena. Come mal; o ¡no lo sabes! come bien. A veces llega.

Luz de nuevo, pero roja. La pintura pierde trazos. Gana carne. De repente, la congela con azul. Después la prende de violeta. Troca filtros. Rosa. ¡Púrpura! Se queda contemplándola, parece. La distancia suele ser el componente principal del mobiliario del taller - con una cómoda butaca. Sol abierto. Las cortinas desplegadas otra vez. Es verdaderamente fácil intuir la caminata del pintor, a paso firme, cardinal hacia su obra.

Los colores, en presencia del opuesto, se destacan. Amarillo con violeta. Ni siquiera necesitan estar próximos. Naranja con azul. Es suficiente con tenerlos, a los dos, en el perímetro visual. Verde con rojo. Te lo dijo la maestra, cuando niño. Lo recuerdas de "teoría del color": el complemento vigoriza, de manera natural, a su contrario, bajo todos los matices de su gama.

¡Santo cielo! Nada más con un bultito de pincel, ha transformado la pintura, de la piel, hasta los huesos.

## CREACIÓN

La mayoría de los hombres son inertes. Morirán sin una sólo concepción original. Algunos pocos, quizás tengan inventiva. Pero, bien, ¿a quién podrían importarle? Floración. Allí distingues al artista. Creativos, los que crean. Los que no -porque también se necesitan parlamentos- son, apenas, ocurrentes. Los artistas ejecutan. Las ideas que no llegan a plasmar son el discurso de las vidas impotentes.

El pintor está tan manos a la obra que parece poseído. Las comidas quedarán traspapeladas. Los relojes, hechizados. No podrías despegarles sus propósitos con nada ¡ni pegándoles mazazos que compensen! Ni quebrándoles los dedos soltarían la tarea: yo conozco, poseídas, esas manos.

Ha partido, con tajante suavidad, algunos planos. Aquí sí, como la muerte: sin retorno. Pero, bien, probablemente sea digna de quedarse. Los artistas lo prefieren comprobar y no quedarse con la duda. Ni quedarse con las ganas ni corrérselas del medio son opciones. Atrevidas. ¡Picantonas! Bajo tan inusitadas particiones, el color parece ser un universo paralelo. Mutación. Las manos siguen trasladando texturas a su mundo. Las piruetas del pincel añaden sombras, evidentemente poco fidedignas ¡mentirosas! pero no desacertadas. ¿A quién puede preocuparle que las mil y

una noches sean ciertas? ¿Te lo puedo responder? A los imbéciles. "¿Alfombras voladoras?" se preguntan, mientras cambian de canal. El noticiero se les hace más acorde con sus vidas.

O sus almas. El pintor, no satisfecho con las sombras nada más, ¡las ilumina! ¡Pero siguen siendo sombras! Es extraño. Pensar todo desde cero, muchas veces, adelanta.

## DESMANDATOS

El pincel se mueve raro, todavía sin posarse. Magia virgen. Se lo ve revolotear, con el preludeo del certero picotón. Amén de mil innecesarios talismanes, el taller es un estado, mucho más que sus paredes. El talento no consigue pergeñar a claroscuros hurtadillas. Es flagrante, con espuma por los poros. El artista se delata por la piel.

Ahí comienza... ¡Contemplémosle crear! Es un... ¿polígono? Sin más. De pizarrón de matemática, ¿recuerdas? No muy grande. Pinta más, y los define. Quedan todos a desplano. ¡Qué lección! Hay sensaciones (las complejas, tanto más) que no se logran por caminos evidentes. Laberínticos atajos. Puntería del color. Los penetrantes, se nos vienen. Los opacos, se nos van. Delicatessen. Te dan ganas de tomarlos. La

pintura cobró -libre de trilladas, comatosas perspectivas- una nueva dimensión. Profundidad.

## AMBIENTACIÓN

Tranquilamente. Ya parece que termina. Se lo ve limpiar los últimos detalles. El pincel es un plumero. C

Se detiene. ¡Vi lo mismo! Por Tyché; bendita sea... Qué feliz fatalidad. ¡Qué pertinente contramano! ¡Vamos! ¡Métete! ¿No sabes español? Oscuridad es diferente de pared. ¿Qué no darías porque fueran todos -mágicos ¡riquísimos!- así los accidentes? ¡Anda! ¡Vuélvelo sustancia de tu obra! Chispa... ¡Rayos! ¡¡Venas!! ¡Zass!

¿Un patrón? ¡Eso es! Unidad. Dispersión. Contrafé. No latir: ocupar. Subyacer. ¡Como Dios! En el fondo radica la luz con que vemos el frente. Pedruscos, de seda. Moisés. Carabelas. ¡Manteles! También los artistas tropiezan: en cada tropiezo descubren un mundo - no sólo lo crean.

## EN CASCO DE ROBLE

Las obras que valen la pena jamás se detienen. El tiempo también forma parte de todos sus dones: la pieza, después, continúa labrando tus ojos ¡por eso se ve diferente! Mejora, sin más producción del autor, por sí sola.

"Muy bien", me detienes, "¡ya quiero saber de qué trata! ¿Por qué no lo dices? Así la podré razonar con mayor precisión." ¿Lo prefieres? Qué loca manía por no disfrutar, ¡qué precoces orgasmos! En fin; (con espejos no llegas a ver la belleza del alma) te doy la respuesta: las obras son autorretratos. ¡Cualquiera! Mejores que fotos. Y más, todavía -¡cuidado!- por cómo decide plasmar, el autor, el entorno que ve (del que tú formas parte, ¿sabías?) o, bien, por aquello que ves al mirarlas, las obras también son retratos de ti.

### 3

## **Pesadilla**

*Si no fuera por temor, los mandamientos quedarían  
obsoletos*

### COMO DIENTE QUE TIRITA

Dios la mira, bajo forma de paisaje. Con el cielo por detrás y con el verde de la vida por delante, ¡con la savia remarcándole las venas!, una hoja no se deja de mover - pero con saña. Mucho más que movimiento, le dirías convulsiones. Si mis párrafos no fueran de diamante sino sólo de renombre ¡sino sólo de papel! se romperían del estrépito. Parece que dos manos

estuvieran zarandeándola del cuello. No se cae por un pelo - no por poco sacudida.

## MULTITUDES

Más de lejos, en unánime barullo, pueden verse sus hermanas. Cientos. ¡Miles! Infinitas inquietudes. Sonajeros a granel. Ocupan todo: las aristas y los ángulos. Abarcan el total de la visión. Innumerables estaciones, cada una con su música. Sinfin de cascabeles. Permanente confusión, sin sobresalto. Mil millones de palabras, agitándose. Miríada de verdes. No lo quieras comprender: tan sólo míralo. Sumérgete, sin aire. Lo que falte del oxígeno, respíralo del arte. No lo gozas cabalmente, sin mutar. Transformación. A los artistas, se les cede la genética. Tentáculos. Hipnosis. No le quieras encontrar procedimiento, materiales ni patrón. ¡Y mucho menos intenciones! Movediza fijación. Alucinógeno mural. Torsión. Envés. Azar. Clamor. Doquier. Anís. Ritual. Color. Vaivén. Alud. Vergel. Coral. Hervor. Ballet. Hachís. Neón.

Descarta dormir. El hechizo tan sólo se prende del ojo sagaz. Soñarás, eso sí. Paladear ¡bienvivir! es un arte que no tiene cura. Perfecto desorden. Mosaico viviente. Las hojas sacuden la vista. Murmullo de lluvia, por miles. ¡Hinchada de fútbol! Los ojos no pueden mirar una sólo sin verse cinchados, con toda la fuerza de Dios, por el todo. Sereno gritar. Ilusión. Pertinaz

acabose. Perpetuo final. Vibración. Modernismos. Unísono caos. Desnorte. Rugido solaz. Explosión cosquillosa. Golpiza de paz. Arabescos. Salvaje sosiego. Legal descontrol. Grillerío. Billar. Aspereza sedosa. Rumor. Burbujeo. ¿Qué quieres? ¿Que siga? Podría llenarte la cara de versos, por horas, ¡por años! No creas en estos, tan sólo. Lo dice mi obra. Las hojas, de tanto que cimbran, parecen girar. Se les pasa la vuelta

pices espléndidos quisieran regalársenos así, correspondernos en la vida que, nosotros, como cosa natural, les dedicamos. Baile. Charla. Ruido. Nervios. Magia. Rimas. Genes. Alma. Dudas. Hambre. Miel. Roce. Pecas. Alas. Niños. Pomos. Chispa. Savia.

## DESTRAMADO

Si miramos algo más a la derecha ya podemos distinguir algunas ramas, de las cuales, singular, hay una menos pusilánime que vibra con su propio movimiento. Las restantes, meramente, son un eco. Resonancias de la cuerda principal, esquizofrénica. Batuta desquiciada. Manotazos tartamudos. Aspavientos. Rompería los sismógrafos, ¡haría picadillo del empuje de los fuertes! Cimbronazos de tambor. Toro mecánico. Cilíndrico furor. El picapalo no tendría sino sólo que ponerse.

## CUADRUMANO

Si seguimos por la rama, nos topamos con un mono suspendido de los dedos, terminal, con uno sólo de sus brazos. Con el otro, que le queda, bate, presa de los nervios, una rama paralela que proviene de los árboles vecinos. Epicentro. La sacude sorprendentemente duro, con pavor, como queriéndola soltar de su corteza.

La mirada del primate no parece sino ver un sólo punto. Pero, bien, en lo demás, está cegado por el miedo. Chilla flácido, vidrioso, con el roce tan común de las personas asustadas. Las arrugas de su rostro se ven frágiles; sus pelos, erizados; sus encías, más intensas que la sangre. Las narices, remangadas y los ojos se verían, si no fuera que no logran aplacar la fijación, desorbitados. ¡Las paletas ya parecen eyectarse de su boca! Lo restante, cada vez está peor agarrotado. No libera su premura de la rama principal ni de la rama que proviene, todavía, de la próxima sección: la toma sísmico, frenético, con todo su terror y la sacude sacude sacude sacude sacude sacude sacude sin parar. Su rostro, ya desfigurado por completo, se parece derrumbar de las facciones al abismo. Sobre ciertos personajes, el semblante suele ser premonitorio. Gravedad, en pertinente coincidencia de sentidos. Pero, bien, ¿quién de nosotros juraría que, colgado, de narices al pavor, reaccionaría diferente? Ya la rama,

cataléptica, no sabe si reír o si gritar. Como sucede con cualquiera, no por mucho sacudir parece menos impotente.

### CONTRACARA

Juraría que los indios del espejo reaccionaron de manera parecida. Si nos vamos por la rama, lo que vemos, con simétrico temor, es otro mono, de chillidos enfrentados al primero. Se sostiene, de manera similar a como ya lo describí, con una mano, de la misma que su doble le sacude. Por su lado, con la mano que le queda, le sacude, con recíproco favor, a su congénere, la rama principal de la que cuelga. Son sinónimos. Parecen uno sólo, reflejado. Se describen por igual en indistintas direcciones. De las uñas. Por izquierda. Como van, pero viniendo. Por derecha. Configuran una trama capicúa.

Si yo fuera novelista, no poeta, gastaría las palabras explicando que, quizás -o, de seguro- deambulando por los árboles, quedaron sostenidos, a la vez, del pasamanos de su par. Cuando sintieron el temblor, ante la fea sensación de resbalarse por la rama, comenzaron a tratar, con presurosas sacudidas, de tirarse mutuamente. Resonancia. Les bastaba con calmarse, nada más. Pero parecen, para poco novedosa reflexión de los mirones y los dueños de mascotas, dos personas como tantas.

## 4

**Apoteosis***Se demora, pero llega*

## PIEZAS MIL. ROMPEFRONTERAS

El pintor está de nuevo, como toro sin bozal, ante su lienzo. Se lo siente respirar, con las narices dilatadas.

¡FONDO BLANCO!

¡Me zumbaron las clavículas! ¡Mi Dios! ¡Qué bofetada de pincel! Cortó semanas de trabajo, sin emperos. ¡Zas! ¡No piensa detenerse! ¡Quiere sangre! No nos debe sorprender, que, los artistas, -¡los auténticos!- ejercen como viven. ¡Demasia! ¡Continúa decretando pinceladas! No lo pienses desahuciado, ni furioso. Yo lo sé. Ningún detalle le dejó de fascinar. ¡Es entusiasmo! ¡Del mejor! ¡Recién aquí comienza todo! ¡Creación! ¡De la que parte los manuales como guías telefónicas! Antaño, los pintores aprendían en el barro del taller, y superaban al maestro. Los actuales, en escuelas, y confunden el milagro con las luces. Tienen método. Lo rompen, nada más. No lo trascienden. Los conoces, de común, por lo primero que destacan,

sistemáticos, del arte: "cualquier cosa puede serlo". Se lo saben de memoria, como niños. Es verdad. Y casi nada lo consigue. Se la vuelven, en defecto de patencia, religión. Intermitente, bipolar, su fe consiste nada más en agitarse.

De contrario, lo que vemos del pintor es tan cabal como los genes, que se plasman, sin mostrarse. Su pincel es un ballet, bajo pictórica rupestre - ¡la que nunca nos dejó de resultar acogedora! Las palabras son imágenes también y, las imágenes, palabras. No tan sólo significan. Se comportan. En su puño, se derrumban los atajos. Dios lo sabe. Yo lo sé. Simplificar es un recurso que funciona solamente si descansa sobre mil complejidades anteriores - con lo cual es otro toque, todavía, de mayor complejidad. Está radiante, ¡poseído! Si tuvieras un amante con su tacto, no podrías levantarte de la cama.

Yo conozco, de mis propias madrugadas; ¡yo comprendo de la sísmica, profunda conexión con los momentos de mis obras!, esa sangre por las venas. Si también tuviera piel, despeinarían las alfombras. La disfruta, delirante. Yo lo sé, de mis estrofas. Con la baba por la pera. No la pule: la descorcha.

## 5

**Feligreses**

*El santuario donde moran los arcángeles que mueren en  
combate. No te prives de la paz de sus espíritus*

## ESTRÉPITO

La música resulta por demás aturdidora. Melodía de cañón. Ablandamiento. Más que música, parece la tectónica, letal artillería precursora del asalto - sobre todo, salpicada por el raudo fagonazo de las luces. No podemos escuchar lo que se dicen. Tanto más: apenas ellos. Son asiáticos. Se cuentan por, según lo que llegamos a mirar, humanidades. Uno ríe sin parar, como los gauchos al galope, rebotando, mientras otro, con los gritos al oído, le parece decir algo como chistes o promesas. Juraría que no puede comprenderlo sino sólo con orejas creativas. Imagínalo, bastante regordete, contagioso, más mogol que cantonés, con unos ojos que no pueden sino ver un filamento más delgado que la luz. Como leyeran estos versos, nada más abarcarían un renglón por recorrido. Sobre todo, comprimidos -infantil y cachetona- por la prensa de su risa.

## CAMARADAS

Un momento. Si doblamos la distancia, sospechamos que la risa del mogul se debe más a lo que ve, que -más incierto de poder corroborar- a lo que oye. Por detrás de los vestidos y los tragos que le pasan por delante, se parece divertirse con una terna de dinámica social simpatiquísima: la chica, desconfiada, no se deja convencer - pero se queda. De los chicos, el intérprete la trata de poner en comunión con el borracho, traduciéndole, de modo favorable, las palabras que consigue balbucir. Está bastante más dormido que despierto. Sin embargo, no se cae. Persevera, sostenido solamente de su gin. Es un ejemplo de tesón y voluntad. El inaudible medio metro de distancia lo protege del ridículo. La chica, poco menos que clemente, da por buena la benigna, retocada traducción, con fe poética. La cara del amigo no transmite sino sólo compostura, gravedad, admiración por lo que dice su compadre. Como péndulo, le lleva sus confusos balbucesos a la chica, disfrazándolos de plática con clase. Luego vuelve, con elogios y cumplidos que tampoco se dijeron. El intérprete podría, paulatino, con miradas traicioneras, relevar al pretendiente. Pero no se lo plantea. Ni siquiera se lo tiene que sacar de la cabeza, porque nunca lo concibe. Yo los tengo. Los amigos son acérrimos; si no, son otra cosa. Los conozco, mucho más que por palabras, por acciones. El intérprete conserva lo que pierden de sus ojos los espíritus ramplones.

## UNA VUELTA

Recorramos el lugar, en dirección de las agujas del reloj. La discoteca se ve muy prometedora, como todo lo que brilla. ¡Comencemos! A las seis, como si fueran de verdad, hay unos ángeles en celo. Yo lo sé por experiencia: mala praxis. A las siete, mucho más interesantes, hay cabellos distendidos. Estos sí son peligrosos. Mal pagados, a las ocho, sobre dos exhibidores inhumanos, con las luces de colores por la piel y con la piel en los abriles del color, una pareja se retuerce como muchos no podrían en privado, ni siquiera. Los poetas, de contrario, los podríamos mirar hasta las lágrimas, subirlos a bailar y, con los versos en orgía, calentarles el inhóspito placer que nos regalan. A las nueve, los vampiros, escapados del sepulcro, con el pálido rigor de sus hogares en el rostro, derechos, encubiertos con la capa (con el vaso por adentro) sólo mueven las pupilas. Volverán a diez minutos del escándalo, con margen para dar explicaciones. No podrías encontrar, en entidades académicas, mejores abogados. ¿Ves? Te dije. Ya se marchan. A las diez, está la barra, con un cuerpo de botellas en escolta. Se ven todas a las órdenes, formadas. "Sha-ka sha-ka sha-ka sha-ka sha-ka sha-ka sha-ka sha" con el compás a la medida, la destreza de los bármanes, vistosos, ¡acrobáticos! ¡¡veloces!! acompaña la demanda. Son, más

bien, malabaristas. Santo Dios: hay un cliente sin escrúpulos usando la pared del mostrador de mingitorio. Lo que dicen aferrarse, contra vientos y mareas, al terreno. La cerveza favorece la venida del maná. Mejor sigamos. A las once, divorciadas en diseños de jaguar. Mejor sigamos. A las doce, convencido de que toca, con la rítmica costumbre del compás en el mentón, el pinchadiscos, en absorta competencia, saca lascas al panel de la consola, con la yema de los dedos. A la una, musulmanes, orientados a La Meca, perfeccionan, en Alá, las inexactas utopías de la noche. Nada más vivificante que creer en sus mentiras. A las dos, Akinimitab y Ramsés, eternamente calaveras, obedecen, a conciencia, lo que manda su destino. Por lo visto, se parecen inspirar con el transcurso de los años. Es difícil ¡imposible! describirlos en un párrafo: merecen un volumen. Están casi por perder a dos muchachas. A las tres, están los baños, extrañísimos, abiertos y con múltiples espejos cuyo fin es, llanamente, que se vea: complacer a los mirones. A las cuatro, más impúdico quizás, un escritor, desparramado, raramente natural, en un sillón, está rodeado de personas apiñadas. Lo parecen alentar, entusiasmados y se cuidan, entre todos, la salud: no pasan sed. Circulan tragos y botellas. Nefertara, con la calma verdadera del amor, ¡como los niños en las fiestas!, se durmió contra su pecho, de cachete. Cosa

rara: yo no sé si se conocen. A las cinco, ya ninguno de los dos enamorados necesita del intérprete.

## 6

### Lo mismo que poemas bien escritos

#### ZARZAMORA

Ni forzando las pupilas logro ver una partícula de nada. ¡Ni sacándome los ojos de la sombra de la sien! Hay cero luz. Si fuera ciego, con un átomo de sol, vería más. Tiritarían los fantasmas, ¡los mosquitos errarían! Pero, yo, desposeído de la vista, con el resto de los - ávidos- sentidos inflamados, a su brújula podría, con serena precisión, acariciar a los mosquitos. ¿Has oído cómo zumban las antenas? Así mismo mis deseos, aguardando.

#### CANAPIÉ

Sin absolutamente nada de contacto que tener que declarar, recibo, viva, por los dedos, una fuente de calor. Es otro cuerpo - pero, bien, no sé qué parte. Permanece, como lámpara sin luz pero prendida,

levitando sin apoyos. Sólo siento su presencia, pertinaz. Es un milagro de la física.

Los grados se comienzan a mover en la correcta dirección, por el empeine. Cada vez, el ramillete de sus venas deja más y más atrás, en pulsaciones, al influjo del calor. Al recorrerme, todavía sin tocarme, por la curva del tobillo, comprendí que, más intenso que la tosca rimbombancia del final, es el embrujo del inicio.

### VECINDADES

El calor a transitado, como sol en miniatura, por el dócil territorio de mi piel. Algunas partes han quedado condenadas a la noche. No las creas afligidas: tienen luna.

Cierta forma de cosquilla delataba la presencia del calor sobre las idas interiores de mi brazo. Ya lo siento regresar, por las venidas. El futuro se me mezcla. Las costillas se preparan. Anticipan sensaciones en la parte lateral, donde la piel es más delgada. Ya parece que mi cuerpo se bastara por sí solo para darse lo que lees, tan real como si fuera provocado. ¡Tan real como palabras! Santo Dios... En diagonal, mi pie contrario cobra vida del placer con otra fuente de calor que merodea. La percibo con los huesos, no tan sólo con la piel. Por las costillas, a milímetros de mí, sin

compasión, inquebrantablemente lenta, va su par, acariciando, como quien los azuzara, mis latidos.

## ENTEREZA

La del pie, que va subiendo, ya termina de pasar por la rodilla, con la misma parsimonia que la lava. La del brazo, baja ya por las penúltimas costillas, al ombligo. Juventud, independiente de los años. Pubertad inconfesable, sin edad. Inspiración antitapujos. Se parecen atraer. Salvoconducto. Comunión. Edén en andas. Duopolio. La señal espirituosa cada vez es más difícil de rastrear: se siente viva, deliciosa, ¡suculenta! por doquier. Abarca todo. Las moléculas. Los glóbulos. Los músculos. La piel. ¡El universo! Le podría dibujar algunos versos fascinantes a los muslos.

Como briznas, menos fáciles de ver que de sentir, algunas hebras erizadas se llegaron a rozar. Ebullición contra la tapa. Cuando quise darme cuenta, con la misma tenuidad premonitoria del albor, estaba viendo, bajo luz predominantemente roja, la mansalva del edén. Apenas algo, sugerido por allí. Despampanante pormenor. La vista gorda de los santos. Aguardiente deslizada por mis ojos. El profético color de la manzana, cada vez un poco más entrometido. Se trataba de mi piel, incandescente.

7

## **Momentum**

*Los hijos de Dios se conducen igual que los hijos de Zeus*

### EL CIELO SE SUELE GANAR EN CUESTIÓN DE SEGUNDOS

"¡¡Auxilioooo!!" Pelirrojos, los chispazos del fogón, como con vida, se despeinan con el grito. Los cubiertos se congelan. La familia se dibuja de silencio. Se comprenden, sin hablar. En la crianza de los padres, está todo lo que van a conseguir comunicarse con sus hijos. A ninguno se le dio por suponer que la finita lejanía de la voz había sido, nada más, idea suya. Sin apenas vacilar, se levantaron de la mesa. Conservaron los cuchillos. Al pedido de su padre, la pequeña, de piecitos apurados, apagó, sin cuestionárselo, las luces de la casa. La mayor, con ojos jóvenes, miró por a ventana. Ya la madre descendía del altillo con las armas de verdad: dos escopetas y dos cintos de cartuchos. Se podría comparar al del café: la desayunan los campeones de pulseadas y los médicos, después de trasnochar. Olor a pólvora. "¡¡Socorroooo!!"

-¡Ya vayamos en ayuda!

-Tú te quedas. Alguien tiene que tenernos preparadas las frutillas con azúcar una vez que regresemos.

Sí señor. Las ansiedades, ocupadas, pasan rápido. Los niños, sin embargo, no son tontos: la pequeña no quedó, según la cara que le puso, demasiado convencida.

-Bien, escúchame. Quizás, a la persona que gritó, nos la tengamos que traer y venga pálida del miedo; ¡con apenas una pátina de piel! Peor que blanca. Por favor, es importante que tengamos algo dulce para darle. De contrario, deberemos devolverle su color a bofetadas.

Allí sí, con un propósito cabal en la misión, cambió la cara sin estribos, inestable, del puchero, por la firme, del semblante. Cuando tienes, en mitad del temporal, una tarea que cumplir, si bien te mojas como todos, ya los truenos no parecen escucharse.

La mayor, mientras hablaban, se ponía los cartuchos sobre sí, como severas advertencias en la pelvis. Ultimátum. La silueta peligrosa. Las caderas afiladas. El ombligo, bosquejado con un lápiz de finísimo carbón. Clasificado. Nada más con un botón, arranca lágrimas

- "¡¡Socorrooo!!"

Ya salieron. La pequeña se quedó, dulcificando las frutillas con sus gráciles deditos -endulzándolas, aparte, con azúcar- y, su madre, por detrás, desenredándole los rulos, con la mágica destreza de los ciegos.

### ALFALFAL

Es imposible que podamos alejarnos sin salir. La chimenea nos ofrece su portal al otro mundo. Ven, metámonos. Prometo que no voy a dedicarle poesía, ¡no me voy a referir a la fogata sino sólo por su nombre! Nada más, así no quema.

Ya. Lo dicho; ni siquiera lo notaste. Terminemos de salir y despejemos esta densa fumarada. Ya se siente, como hielo por los pómulos, el frío. Bien. Veamos. Es un techo de cabaña, sin vecinos. Están solos, en un área despejada del terreno. Lo demás, es todo monte. Por detrás, un riachuelo nos devuelve, como luces estrelladas, pedacitos de la luna. Por delante, futbolístico mantel, el descampado. Sin paredes, el sonido de la voz es muy distinto, con acústica tocada por los árboles: "¡¡¡auxilioooo!!" Si seguimos alejándonos, iremos más aprisa que los dos exploradores.

### NUBE RUSA

¿Por qué no? ¡Volemos alto! Ya verás, si tienes vértigo, lo fácil que te calmo con la pluma. ¡Ya! ¡Voltea! Las estrellas, lejanísimas, no dicen si subimos o bajamos. Nuestra nimia dirección es lo que menos les importa. Ya las ves, parecen quietas. Nos estamos desplazando, por supuesto. Sin embargo, no lo notas - a no ser por el somero magnetismo que te corre por la panza. Yo podría, sin aviso, trastocar la dirección. Caída libre, sin que nunca lo supieras, con los ojos orientados a la bóveda. Quizás, ahora mismo. ¿No la viste dibujada con fornidos azadazos en el suelo? Cruz del sur. Ni Sagitario te lo dice ni permito que voltees para ver. ¿Estás a punto de partir, con tu columna, las naciones en pedazos? ¿O, más bien, estás subiendo todavía? Ponte duro. No; relájate, mejor. Cuidado. Tienes el espíritu, de última. ¿Viniste confesado? Guarda. ¡¡Guarda!!

Qué ternura de poeta. Más despacio no podía colocarte. Vamos, siente la pradera del colchón. Por estos días, no son muchos los que saben disfrutar de ciertas cosas, sobre todo, si del

"¡Páf paf! ¡Páf paf!"

¡Fueron ellos! Vi sus suelas, ¡nos pasaron por arriba! ¡Ya subamos para ver! ¿Que las estrellas no se mueven? ¡Gira gira gira gira! Bien, ahora ¿qué me dices? ¡Están vivas! Media vuelta. Regresemos las narices a los hechos. Allí van, con presurosas escopetas. Altruismo.

Dignidad. Abnegación. Desprendimiento. Novelescos corazones. Pasos álgidos. "¡¡Auxiliooo!!"

Maldición. Allí los vi. Son una banda de ladrones, engañándolos. Tiritan en sus manos, con profética, glacial temperatura, sus cuchillos.

## 8

### Convivencia

*Los cerebros, agolpados, se dividen. Y, si no, que te transcriban un mitñ*

#### ADIVINANZA

Lo que vemos es, apenas, una cruz. Podría ser, así sin pistas, muchas cosas: una suma, con la cara del papel atravesada, diagonal; un tanteador o, si pensamos en un mapa, cierto punto relevante. Sin embargo, no se trata de retar un acertijo ni, tampoco, de llenar un crucigrama. "Cuatro letras. Escritor de terciopelo". Distanciémonos un párrafo. Las cruces, con la poca perspectiva de la -no sin argumentos- ambición, se nos confunden con un pecho.

## MALEZAL

Es una equis (consonante como pocas) en un texto. ¿Lo leemos? No será, seguramente, tan magnífico. Te tengo mal acostumbrado. Pero ¡vamos! que las malas experiencias no son siempre negativas. "Ante tal exposición, desmesurada, los vecinos presentamos esta queja". Peleíta de consorcio. Vaya versos. "No podemos asomarnos a fumar por las ventanas posteriores sin tener una platea de diversos contrafrentes observándonos, con rostros -¡todavía masculinos!- a granel, chorreando baba por sus ojos, de continuo".

## PANTALLAZOS

Salpiquemos una serie de lecturas al azar, por el papel, a ver con qué nos encontramos... "la señora consiguió lo que quería. Su marido se desvive por aquello que jamás: lavar la ropa. Tiende. Seca. Plancha. No se mueve del fondito, pero siempre de nariz a la ventana - como todos los vecinos de su bloque." Muchos piensan (y lo salen a buscar) que necesitan otro piso de mayores dimensiones nada más por esa pieza tiradero. Sacan préstamos, ¡le firman testamentos a los bancos!, y no saben que los trastos, en verdad, según la física doméstica, prosperan en directa proporción con

el metraje. Por las dudas, considéralo: según la libertad, una mudanza, de comienzo, se tendría que probar con el camión de la basura.

### SIN SORPRESAS

"Por supuesto que le paga por usar su tendedero". ¡Pero claro! No podíamos tener una pelea sin dinero de por medio. Yo tenía mis remotas esperanzas en escándalos carnales, pero no. Los condominios no son Troya ni son Paris los vecinos. Sólo mírales la cara, con antípodas flaquezas por doquier. Y lo peor es que, seguro, no se trata sino sólo de monedas. "Es lo justo, convengamos. ¡Que reparta sus ganancias entre todos!" -porque todos adolecen de lo mismo- "porque todos somos víctimas. A causa del sostén, nos hemos visto por igual perjudicados".

### UNA LUZ ENTRE LAS SOMBRAS

Le daremos, está bien, el beneficio de la duda, pero sólo por tocar un punto mágico. Busquemos ese término. Quizás, aún tengamos algo digno de leer. Averigüémoslo... Veamos... "Es por esto que la junta bla bla bla...", "según supimos en el día sasarsa...", "le llevó para que, cómplice, tendiera, con algunos sugestivos accesorios, un sostén de generosas dimensiones que

pudiera mantener a su marido con curiosas esperanzas..."

Así muchos al hablar y, demasiados, al oír.

## 9

### Sicología

*Más valiosos que los dólares cedidos en la paz, son, en la guerra, los centavos*

#### ACERTIJO

Lo que vemos es, apenas, una cruz sobre papel. Podría ser, así sin pistas, muchas cosas: un producto matemático, la marca del error en un examen o dos míseras rayitas totalmente prescindibles. Sin embargo, no se trata de decir adivinanzas ni, tampoco, de jugar al veo veo. Vamos, ¡sígueme, lector! Pongamos creces; distanciémonos un párrafo. Las cruces, con la poca perspectiva del panteón, se nos confunden con la muerte.

#### PANORAMA

"Rascacielos arqueológicos". La cruz está marcada levemente por debajo de, retórico quizás, este binomio de palabras. Por allí, se ve pasar, rozando

letras, una línea. ¿La seguimos? Continúa con la misma dirección unos centímetros y, luego, se requiebra con sinuosas contorsiones. Acordeón. Atravesadas, corren líneas paralelas, como curvas de nivel. Por la difícil estrechez con que se van acumulando, representan una zona de cañones o de riscos. Por lo visto, los llamados "rascacielos arqueológicos" estaban a la cota, protegidos por quebradas y defensas naturales. Una vez que desenreda la maraña del terreno, la derrota sigue recta por un área mucho menos cansadora.

### GALERÍA

Perforando la colina, transversal, exactamente por debajo de las ruinas, hay, marcado con dos líneas paralelas, un pasaje. "Túnel norte". Más o menos, ya podemos orientarnos. ¿Es un mapa?, te preguntas. Que fantástico tenerte de lector. Amén de, raros, estos tiempos, eres muy inteligente. Date varias palmaditas en el hombro, de mi parte.

Por la ruta que venimos de seguir, avanza todo despejado, sin indicios ni palabras ni dibujos. La blancura del papel no dice mucho, pero, bien, la de los mapas es distinta. Los desiertos, a la vez que no son nada, lo son todo. Sin escala, no podemos conocer las dimensiones, pero sí, por lo que falta, no parece sino ser una planicie. Chiste fácil: me doy varias palmaditas en el hombro, de tu parte.

Con la vista se recorre facilísimo. Ya bien, con las ampollas, la cuestión es diferente. Se lo suelen recordar, al novelista, los que vuelven de vivir y, con doméstica, rechoncha vanidad, los novelistas al lector. No los poetas, que, ni dejan de vivir, ni necesitan gratitud. No son personas ni filósofos ni líderes - son ángeles corridos del edén, por sus diabluras.

"Ovnipuerto".

...¿Tú también leíste mal? A ver, miremos otra vez... ¡Leímos bien! Qué decepción; es una fábula. Seguro que, bastante papanatas, nos esperan, sino duendes, querubines. Santo Dios. Vayamos rápido. No des, a los cartógrafos -tampoco, por favor, a los artistas- un instante más allá de lo que tengan merecido. Sino cíclopes, fantasmas. Ya no guardes ilusiones. Hazme caso. Borra toda fantasía de tu cara.

## POR FAVOR

El "ovnipuerto", nada más, es un perímetro sin pistas. No tan grande. Por supuesto, circular. Sobre su límite noreste, dice claro, sin ninguna discreción, "tomar piloto sobornado de rehén". El recorrido continúa, según va por el papel, con rumbo sur, hasta llegar a donde dice "calabozo de los niños". ¿Es, quizás, alguna suerte de rescate? Lo que pase -más allá de las palabras que se digan- allí dentro, no se puede dibujar:

el más perfecto de los planes no resiste, de común, un sólo tiro. Tanto menos, alienígenas. Peor, con un piloto sobornado de rehén ¡extraterrestre!

Continúan (el papel resiste todas las empresas) en la misma dirección. Atrás dejaron, como debes recordar, los rascacielos arqueológicos, el túnel que pasaba por debajo, transversal; el ovniuerto, tan difícil de creer, y las mazmorras de los niños, que quisiéramos poder hacer la misma reflexión. Seguramente, son humanos, imagino (si las cosas fueron bien, por esta parte del trayecto, ya tendrían que ser libres). Sin embargo, ¿rascacielos tan antiguos? ¿Levantados, además, en una cima? No parece que se trate de la Tierra.

Pertinaz, el recorrido continúa sin apenas desviarse. Si bajáramos con ellos en su misma dirección, a la derecha quedaría la llanura, todavía sin ninguna novedad. Al otro lado, la cadena de colinas, escoltándolos aún y, como fuera de verdad y no ficción, los estarían persiguiendo los captores alienígenas. Recuerdan a los chicos conversando con las jóvenes, de rico jua jua jua sin otro norte que, lo mismo que los bárbaros, el sur.

## HUMANIDAD

La ruta sigue, sobre pies o sobre ruedas. No sabemos. Asimismo, las distancias -no tan sólo su transporte- son inciertas. Ya lo sabes, de vivir: escalas tienen las esquinas, ¡los seguros rinconcitos! Pero, bien, en el meollo de las cosas, las pupilas se parecen obturar con dos pequeños taponcitos. Hoyo negro: pura ciencia, nada más - allí las leyes de la física son otras.

De repente, la carrera da con algo. Vaya título: "Trinchera de repliegue". Son apoyos ofreciéndoles cubierto, sin ningún lugar a dudas, con las armas a granel, tartamudeando. Pura táctica, ¡también, como Manrique, Garcí Lasso de la Vega fue soldado! Balas. ¡Láseres! Quién sabe... ¡Terronazos! Una vez que los alcancen, seguirán con el repliegue, todos juntos: el apoyo, con los hombres ¡o mujeres! que vinieran con los niños rescatados. Un momento... ¿Qué demonios? El papel, mientras leíamos el mapa, fue tiñéndose de lila, tan despacio que ninguno de nosotros lo notó. Parece ser alguna clase de polvillo. ¿Será tierra del trajín? ¿Está de veras sucediendo? Continúan alejándose del norte con la misma dirección en que venían y, de nuevo, se dirigen a -según el recorrido que podemos observar- otra trinchera de repliegue. Continúan y, lo mismo, la tercera. Continúan y ¡la cuarta! ¡Qué despliegue de recursos! Todavía, por el

este, los flanquea la pared de los barrancos. ¡"Túnel sur"! La ruta quiebra su

¡Qué asco! Salpicó sobre la carta, con pintitas, una baba de color fluorescente. Continuemos. De verdad, no sé qué fue. La trayectoria se metía, por el túnel, a través de los peñascos y transcurre sin parar hasta salir al otro lado, por su margen oriental. "Matar piloto sobornado". Santo cielo. Ya sabemos el origen del enchastre, me parece. ¿Sangre flúor alienígena? "Cohete de rescate". Sólo quedan por saberse los motivos de tomar el túnel sur en vez del otro -túnel norte- tan perfectamente bien posicionado. Las razones deben ser poderosísimas: el sur, según el mapa, no parece lo más cómodo, ¡tuvieron que cubrir la retirada con diversos escalones de trincheras! Ese tramo tan extenso fue difícil, de seguro. Los heridos no se cuentan en el mapa. Ya saliendo de los riscos, por el este, continúan, según vemos en el croquis, unos últimos esfuerzos. "Extracción". Allí termina la

¡Caramba! ¿Qué pasó? La superficie del papel tembló de golpe... ¡Demolieron -si venían alienígenas tras ellos, aplastándolos- el túnel! Se comprende la razón, ahora sí, de que pusieran tantas vidas en peligro para no cruzar al este por el norte: proteger, como si fuera nuestro propio Machu Pichu; proteger, ¡como si fuera nuestra Petral; proteger, como si fuera nuestro Nilo; patrimonios no del hombre: ¡del talento sin

ninguna distinción! como si fueran nuestros propios partenones, proteger a los antiguos, milenarios rascacielos.

## 10

### Recepción

*En cada trago se distingue, delicioso, tu sudor. Así los cócteles que pagas por el mundo.*

#### BENDICIÓN

La displicencia del bostezo no deforma su belleza, delicada. Se la mueve, nada más. Ni los cubistas lograrían, permutando sus facciones de lugar, hacerla menos atractiva. Ni, los tragos, más simpática, parece. Lenitivo, con el bálsamo del mar, o de la leña, nos adorna los oídos el color inimitable de los pianos verdaderos. Me podría, con la misma mansedumbre de las flores que solían conservar nuestros abuelos en sus libros, apretadas en alguna de las páginas, quedar en este párrafo por siglos.

#### REMANENTE

Desplazando la visión un poco más a la derecha, con dos intros de distancia, ya se ven otras personas

conversando. Por la módica crocancia del murmullo, debe ser alguna cita diplomática. También, por los atuendos: hay un frac, dos distintivos nobiliarios y, no menos imponentes, con prestancia de salón, unas señoras escotándolos. Conversan con la recta cortesía que les dan sus uniformes.

Si seguimos observando, por la senda del papel, en dirección a la derecha, nos topamos con un grupo de políticos riéndose. Papada tras papada. Los conoces por el rostro: la mentira repercute mucho más en las ojeras que, según lo que nos suelen enseñar, en la nariz. Sus vozarrones, mucho menos numerosos, como gritan, tapan toda la belleza de las notas del pianista, que se cuentan por millones.

## LOS DEMÁS

Ahora vemos un agbada -continuamos dirigiéndonos al este, por supuesto- prenda típica del África, de grandes, coloridas dimensiones. Rematándolas, un kufi que le da, por si faltaban, más centímetros al casi de seguro nigeriano. Las medidas se le salen de los hombros y, después de no doblarse, bajan rectas. Los colores son tan vívidos que cuesta definir si predominan los azules, los naranjas, los violetas, los neones o cualquiera de los otros que se pueden observar. Un poco menos apagada, su señora ratifica que se puede, cuando tienes decisión, sobrepasar al

infinito. Conversando con los dos, algunos otros dignatarios intercambian impresiones. Ya la música del piano, por aquí, respira plácida de nuevo.

Por el bien de nuestros males, deberíamos poderlo responder. ¿En qué momento de dolor nos decidimos por el gris, que va con todo? Sólo falta que - carentes de neuronas- a la sombra ¡maldición! como si ya no nos tocara, cada tanto, por sí sola, la tengamos que vestir.

### ALGUNOS OTROS

Con el porte singular de las bandejas, desfilando sus diseños, pasan copas de champán y bocaditos de cromático sabor - y puntilloso madrigal. El cocinero, más que chef, es un coreógrafo. Lo sabes, pero yo, de todos modos, te lo voy a recordar: no son comida. Son estímulos.

Algunos oficiales de diversos continentes charlan muy entretenidos. Se comprenden, a pesar de las barreras del idioma. Si no fuera por lejísimas distancias, ¡por azar!, serían íntimos amigos. Mismo corte. Misma forma de pensar y mismos puntos de valor. Distintos ojos, pero todos con idéntica mirada. Sobre caras diferentes, mismos rostros. Misma mezcla de romántico con clásico. Los únicos con ganas de pelear, son los políticos.

Resulta sorprendente que las prendas más vistosas ¡más excéntricas! de todas las reuniones suelen ser las de los recios militares.

### SIMETRÍA

Ya llegamos al extremo de la sala. La pared está vestida con un Blanes imponente. Los caballos, es extraño que no pasen al recinto, salpicando por allí sus herraduras. Hay un grupo de personas conversando con un joven escritor que conocemos, en cerrado semicírculo. Parecen preguntarle por alguna

¡Dios! ¡Un repentino fogonazo me cegó por un segundo! Bien. Veamos qué pasó... Por la manera de volverles el color, ¡por la manera de volver a despertarse!, se tocaron las miradas, acortándose salón, del escritor y de la joven del inicio.

## 11

### Como huesos en su piel

*Autotemores*

#### MIRADOR

Abrió los ojos. Sueño flácido, parece. Ni pesado ni liviano. Sólo vemos a través de sus pupilas, no las nuestras. Los resquicios de la luna no consiguen alcanzar, al otro lado del ambiente, la pared. Apenas pasan, moribundas, a través de la persiana. Parpadea, con el fango del caído. Se procura levantar, sin demasiada dirección. A las cansadas, más por obra del confuso remolino de su brújula, quizás, que de las ganas, se paró. Salió del cuarto. Caminó, con paso neutro, por el breve corredor, a la salita. Se detuvo. Por alguna preocupante ceguera, parece ver que las paredes se le fueran a venir en desbandada.

#### POSESO

De pronto, se siente, detrás, un sonido. Reojo. Visión en primera persona. ¡Miramos con él! A la cota del hombro, se frena. Percibe, quizás, una tenue presencia. Se ciñe los sesos y traga saliva. La noche

condensa segundos colgando gotitas del techo. Voltea... Voltea... Parece tratar de mirarse la curva del pómulo

¡¡Crássh!! ¿¡Qué sucede!?! ¡Son vidrios! No quiere pisarlos. Se guarda de cada talón. ¡Una sombra! Los pisa. La trata de... ¡Diablos! ¡Allí! Zas, ¡tuc! ¡Muévetel! Rayos... ¿Hay alguien? Respira; procura volver a la calma. Parálisis. Miedo. "¡Qué quieres!" Un lado. La nuca, con frías escarchas. El otro. Descauce. La prisa sin norte. Los pasos, sin otro timón que los vidrios. ¡El techo! ¿¡Qué busca por Dios!?! Paf. De nuevo, voltea con brusco pavor. ¡Es él mismo que pecha las cosas! Parece la cola del perro, de dientes al ras, cuando gira tras ella tratando de darle captura. Sus propias espaldas le cambian las cosas de sitio. ¡Las toca su propia mochila! ¡Salgamos, en busca de paz y salud, de sus ojos

El oxígeno se huele bajo notas de frescor. ¡Qué diferencia con el suyo, gutural, entumecido! Desde -bífidos- aquí, ya se lo siente respirar un poco menos agitado. Pero... rayos... ¿Es posible? Me parece que nos mira, confundido, todavía con los ojos aterrados.

## 12

### **Arcorritmo**

*Versosiris*

#### INCLUSIÓN

Tu piel se ve maravillosa. Por la traza de las vértebras, se trata de la cerviz. Linda nuca. Si la vieras como yo, no te podrías resistir sin acercarte.

#### MESTIZAJE

Más oscura. No bronceada solamente. Natural. Chocolatina piel de muslo que revienta. Pelo rubio, pequeñísimo. Crepúsculo de luz, sin depilar. Aquí comprendes el origen del racismo: sin ningún lugar a dudas, ignorancia. No conoce, de sus labios, ¡no conoce de sus médanos! el cóctel brasileño. Los colores de mezclar al europeo con el África. Las curvas del mezclar al africano con Europa. La tangible fantasía del dorado con el negro.

## FLOR DE NÁCAR

Faltaría, nada más, que le pintaran dragoncitos. Porcelana. Qué difícil aceptar imitaciones una vez que ya la viste con tus ojos. Comparada con el blanco del papel, lo dejaría tan oscuro que, quizás, lo soltarías con espanto. Religiosa perfección. Orfebrería. Matemática de jóvenes detalles. No podría ser mejor en el empleo del espacio. No podría ser peor si te quisieras escapar. Es una pieza de finísimo trabajo.

## PLURICÁTEDRA

La parte posterior de tu rodilla deja ver bastante más. Anatomía, según manos y pintores: somos formas ovaladas superpuestas sobre túneles, ¡volúmenes elípticos en ágil armazón! Fisiología, según sádicos y dedos: donde quiera que la busques, hay entrega. Bioquímica, según harenes nubios y poetas: el calor no tiene manos. Encontrar la conexión es más difícil que prender la chimenea. Los que menos la consiguen son aquellos que la buscan solamente con contacto.

## MATAHIELOS

Ese brazo no podría sostenerse sin un recio, vigoroso corazón. Algunos cuerpos dan batalla. Son macizos por genética, no sólo porque pueden. Hace siglos, desarmaban las espaldas de los reyes y las reinas,

a masajes. Envidiados de las cortes. En algunos movimientos acompañan y, después, parecen débiles. No pienses que los cansas. Es mejor: hasta los grandes rascacielos tienen llave.

### SORTILEGIO

Los dragones tienen varias a merced, en el cintillo de sus túnicas. Las dejan, una vez que se las sacan, bien a mano. Finos dedos. Antiquísimo saber. Depravación, para los cánones modernos. Imagina lo peor, pero con arpa. Tus recónditos tabúes, en las manos de los ángeles. Ahora, multiplícalo por miles. Hace menos el martillo de los duros que las yemas orientales.

### HIMNO

¡Pica! Me pasaron por delante, como ráfaga de tres. Un sólo párrafo, ¡no dejan una luz! Alevosía. Tricolor combinatoria de la piel. Caleidoscopio. Carrusel. Ruleta turca. Ya. Relájate. No pongas esa cara. Te conozco de muchísimas estrofas. Soy tu joven escritor de cabecera. ¡Te conozco de muchísimos lugares! ¡De la jungla! ¡De la China! ¡Del Egipto! Te conozco ya de varios continentes. ¡Te comprendo de fantásticas maneras! Esta vez, no se lo cargues a mi pluma. Nada más estoy leyéndote la mente.

De deberes, imagínate la vida si los sexos fueran tres en vez de dos y no bastara con formar una pareja.

## 13

### De la vida

*Las personas indicadas son las menos señaladas*

Hay dos tipos de talento, dice Pushkin. El de Mozart, por un lado, natural, de nacimiento, cuyo sísmico vibrar es un fenómeno divino. Por el otro, mucho menos inmortal, el de Salieri, (¿lo conoces? Eso mismo), secundario, sin estrella, retratado, casi siempre, con el torpe, trilladísimo dolor del envidioso.

Les he puesto mi cristal para brindar, ¡he conocido de los dos! y mucho más interesantes en veranos, amistad y confesión son los Salieri, que los Mozart. El laurel consume toda la sustancia de su suelo. Las riquezas quedan áridas. En cambio, los sin tierra ¡los sin podio! todavía son capaces de, tan sólo con un toque de la vista, comprender. Al otro lado de sus ojos, hay sustancia. Tener alguien que se ría de tu sacra vanidad, ¡o de la magra frustración!, es ecológico. Saberse copartícipe. Que vengan a contarte sus derrotas como

quien hiciera chistes y, también, deshilar las madrugadas en extensas reflexiones. Son capaces de mirarte de perfil, con telepática sinapsis. "El triunfo mata todo lo poético, poeta". (Quizás ambos nos miremos, tú lector y yo papel, ¡ahora mismo!, con rayana sintonía). Son capaces de poner a la verdad en una pícara, ligera comisura. "Qué destino, puta madre..." Son capaces. Con un leve movimiento de mentón, hermanan toda su leyenda, con la tuya. ¡La que nunca gozará de biografía! "Moriremos con nosotros". La que no recordarán, porque jamás se conoció. Sencillamente. La que no se conoció, mal que nos pese, por justicia. ¿Qué querías? ¿Las estúpidas costumbres del campeón? ¿El pobrerío del aplauso? ¿La ridícula locura de la copa? ¿La distancia? Mis amigos ¡mis hermanos! son los otros. Yo prefiero, mucho más, el heroísmo del que siempre las pelotas le pegaron en el palo. ¿Qué podrías aprender de los invictos? ¿A ganar? ¿A quién lo tiene con cuidado? Desconfía del discurso ganador: a las personas, las conoces cuando pierden. El que gana ríe más, pero peor y, las anécdotas, a falta de trofeo, se las llevan, de común, los derrotados. Ríen menos, es verdad. Por unas horas. No les llega la factura del vacío. La belleza que describo, tan real como que tocas el papel, es literal: los escritores encumbrados no son malos escritores - pero, bien, como poetas son malísimos. Hay hombres que, por más que sus micrófonos se rompan, ya llegaron aplaudidos. Y lo

máximo que tienen son colegas. Les harías, a lo sumo, como quede patrimonio que salvar, alguna pálida consulta. Pero no les pedirías un consejo. ¡Pero no compartirías una lágrima con ellos! ¿Con qué fin? Ofrecerían soluciones, meramente. No poder. Allí se forjan las miradas. ¿Un buen vino? ¡Santo Dios! ¡Un buen amigo! ¿¡Dónde diablos se les mueren las neuronas!?! ¿En el éxito?! Verás. Hay una cosa que se pierden de decirse lo que ya ganaron todo -¡nada más estrecha tanto los caminos!- (yo me quedo con tu grata, quijotesca malavida de rocín, aunque perdamos) es difícil, a los pechos palpitados, ocultar el corazón: "fracasaremos, está bien. Pero luchando".

## 14

### Trinidad

*El arte, más que con el prójimo (¿prefieres la mentira? No me pases tus problemas) es un diálogo de genios a lo largo de los siglos*

#### VATICINIO

Los arbustos reverberan con un aura que parece provenir de las espaldas de la tarde, terminal. Es inminente la caída de la noche. Sin embargo, no diría que los pájaros se vayan a dormir. Entonan cánticos de

múltiples colores, tan flamantes que, si fuera por sus picos, juraríamos que, lejos del crepúsculo, más bien nos encontramos en el alba. Caminamos a través de la dulzura de las flores, perfumándonos. El monte, con silvestre profusión, adorna todo. Los estambres a la vista. La salud acorralándonos. La savia como mar. La correntada como médanos. El polen salpicado. Manantiales por doquier, de medicina. Las guirnaldas de los pétalos. Las copas de los árboles, lloronas, por el piso. Vegetales ocurrencias. Savia rosa. Trazos finos. El poder de lo salvaje, con bonsái delicadeza. Los espíritus de polen. Pinceladas en madera. Naturales acrobacias. Caligráfica belleza. Diminutos arcoíris anudándonos los dedos. Paraísos a cascadas. Arcoíris en rarísimos colores. Cada flor es un bonsái de pirotecnia. Tinta china. Lo que nunca tomarías por real de los paisajes orientales que nos llegan dibujados. En el cielo, las estelas del dragón. Ante nosotros, un imperio de leyendas, todas ellas infinitas.

### CAPELLANES

¡Ven! Sigamos por la senda, que su término parece que nos llama. Los augurios que nos pone son bellísimos. ¡Qué plácido soborno! ¡Qué feliz erudición! Qué tentaciones envidiables. Los ogrescos dragoncitos esculpidos anticipan un hogar o, sin marcadas diferencias, un santuario. Ya parece que llegamos.

Adelante, tintinea, con las notas del cristal, alguna forma delgadísima del agua, como música de fondo. ¡Despejemos estos últimos arbustos...

Santo Dios... Qué natural, adecuadísimo remate del vergel. Tenía toda la razón. Es una típica vivienda de la China de los Ming - quizás las casas más bonitas que jamás se construyeron. ¿Volveremos a vivir, alguna vez, en paraísos similares? En el ángulo que forman sus ambientes, hay un patio resguardado. Te podrías pasar horas en sus tardes. El jardín se ve cuidado, sin excesos. Es el bosque que venimos de salvar, domesticado. Lo mejor de sus pimpollos. El estanque huele fresco. ¡Cómo fluye la razón en su presencia! Cómo vuelve, los paisajes, mucho más acogedores. Cómo calma, con el tenue movimiento de su paz, los pensamientos. Avancemos, para ver al interior. Hay flor de loto repartiendo sus colores. Por debajo, nadan peces, reflexivos. Más allá, sobre la casa, las paredes no descuidan un detalle: cada cruce de sus líneas está bien documentado, con liviana, pintoresca profusión - pero discreta. Singular arquitectura donde, sabia, sin alardes, ¡oriental!, la respetuosa construcción se comunica con la vida sin tratar de superarla. La modestia de Jesús, engalanada, felicísima, sin cruz ni mandamientos. Sencillez ornamental. Fragilidad encantadora. Muchos ínfimos detalles me recuerdan, por su fórmula quizás, a la sagrada pertinacia de sus vínculos: distancia, sin pared. Aquí se duerme sin cerrar. Las puertas sólo

tienen marco - pero todos adornados (lo coqueto no te quita lo cortés) con modestísimos excesos. Las ventanas no parecen preocuparse por nosotros. Está bien. En occidente decidimos ignorar. Pero podríamos, al menos, descubrir las celosías. Caminemos por el patio, ¡recorramos la sencilla perfección de sus momentos! No le temas al murmullo: los malvados no se suelen encontrar en esta clase de lugares. ¿Hay personas? ¡Desde luego! Las linternas del alero -¡sus esquinas encorvadas a la luna!- no consiguen opacar a las que tienen en la sala. Todavía no los vemos, pero sí los sospechamos, por los cantos y las risas. No son muchos. ¡Acerquémonos! Un aura milagrosa los envuelve. "Si no fuera por el vino, maldición, malgastaríamos en sangre las arterias". En el techo, construido con un poco de su paja, resguardado por poéticos hechizos, hay un nido con un huevo de dragón. "Le llamaré, si nace chica, Li Jilian. Si nace macho, Su Dong Po". Nos encontramos en los tiempos en que nadie tocaría con sus dedos, ni siquiera por error, un utensilio sin apliques de finísimo metal o sin grabados sobre laca. ¡Mucho menos los poetas insolventes! "Si cobráramos los versos al tenor de lo que valen, ese río bajaría no floreado, sino tinto". Se los oye conversar, por las ventanas. Se los siente palpar, por los espíritus. Colgados del bambú, nos pestañean unos ojos regordetes. "¿Sabes qué? No cambiaría los banquetes de la corte por un sorbo del vinagre que nos sirves". Las estrellas, fascinadas con las

raras maravillas del espacio, los observan a través de telescopios. Hay un sol en cada lente, pero sigue siendo noche. "Pero siempre brindaremos, Açaí, con el mejor cristal de jade que tengamos. ¡Decepcionas a tus huéspedes, Du Fu! ¡¿No ves lo poco que nos queda?! ¡Ya destapa la siguiente!" Se me fueron las rodillas, un segundo. "Si me pierdo, no me salgan a buscar por las tabernas, Li Tai Po, sin intenciones de quedarse." Por las dudas, no me voy a pellizcar. ¡Aquí la tienes! ¡Tierra santa! Sólo quedan unos pasos ¡no te caigas! Aferrémonos al marco de la puerta. "Prometamos no morir sino por vino, por amor o por la luna"

Me parece que pegué, con las rodillas, dos milímetros adentro. Sin dejarse de reír, ¡sin desprenderse de su paz!, una mirada se posó, con la dulzura de los grandes, en mis ojos boquiabiertos.

## 15

### Serenata

*Ni sanos ni salvos. Lo mismo que todos los ídolos.*

#### BOMBA DE POLEN

No creas en mí. Mientras pesas el tibio papel en tus manos, mi mente penetra, sutil, en la tuya. Con

estas palabras mojaste los labios, ¿podrás evitar lo siguiente? Caballo de Troya. Caín seduciéndote. Gota, tras gota, tras gota. Jinete de fábula. Lejos, le grita Jesús a su padre, lo mismo que todos los hijos. ¿Podrás detenerte si ya te mojaste? Mejor que diez mil damajuanas de vino común, es un sorbo del bueno. Mejor todavía, feliz redundancia ¡flagrancia feliz!, es besar el mejor. Imhotep entendía no sólo de templos, pilares y muros: también de belleza. Sabía poner, en sus obras, los ojos de todos. Hoy día, muchísimos siglos después, no se puede volver sin dejar las pupilas pegadas. Parecen diamantes. ¡Estrellas! Se ven por doquier, incrustadas. Hay cientos de miles de ciegos que fueron con lentes de sol y volvieron a tientas.

### PEDAZOS

Así, tentador, Miguel Ángel seduce, con suave cincel, a la roca. Conversan en calma, distantes aún. Monosílabos. Leve rechazo. Silencio. Rubor. Inminente vergel. Atigrada quietud. Antesala. Dos puntos y, luego, los tres suspensivos. Colmillos de leche. Divino tic tac. Seducir es el arte del tiempo. De golpe retorna, sin prisas, un ojo punzante. Cuidado descuido. Nervioso temblar de las velas. Oblicua distancia, con una medida de ron de por medio. Chispazo. Se huelen, los dos, la frugal nubecilla del golpe. La mano tantea sonidos. El ábrete sésamo debe

decirse con voz seductora. La roca responde. Le va descubriendo, según el tenor de las notas, su mapa profundo. Melódica red. Pentagrama genético. Lascas. Así te trabaja, lector, el poeta. Cosquillas y pluma. Belleza que nunca la piedra pensó que tenía. Detalles y núcleo. La piel acaricia la mano, con suave tersura. La firme tensión de su carne parece vibrar. De mis letras podría decirse lo mismo. ¡Podrías pasarle los dedos y no tropezar una coma! Salud y cenit. Juventud a merced. Haz la prueba. Divina matriz de la seda, sin una molécula floja. Podrías usar estos versos de fácil desliz. Tobogán al edén. Feromonas y curvas. ¡Percíbela! Ninguno de los dos, en sus cabales, frotaría, con sus manos, esta lámpara. Ninguno de los dos ofrecería su pestillo. Pero nunca los poetas fueron cuerdos. ¡Pero nunca sus lectores se dejaron dominar por la razón! ¡Que salten todas las palabras en pedazos! ¿O lo tengo que nombrar para rendirle pleitesía? Qué lento rigor secular. Ya parece, más bien, que Quijote, Jesús del gallego ¡rutina común! escribió, sobre nante rocín, al Cervantes. Corán español. Ningún hombre de letras lo sabe dejar de decir: "lo leí tantas veces... y siempre descubro (señal de la cruz) algo nuevo". ¡Qué vidas horribles! Mis lectores, al revés, son coloridos pecadores. En lugar de regresar sobre mis versos, ni siquiera los consiguen terminar: se los colocan en la raya del escote, bien doblados, y se van a por la vida, que no tiene tantas páginas. El sol enseña más que los

sermone - y broncea. No podrían repetir estas palabras a no ser que se las saques, del escote, con los dientes y jamás conversarían, sobre letras, sin brindar. Los eruditos se descorchan; de contrario, no son tan apasionantes. Baco mira, tambaleándose, las flechas de Cupido. "¡Vamos pidan un deseo!" Levantamos las miradas. "¿Dónde? ¿Dónde!? Las estr q ¿qué? "¡Cuidado!" Qué demonios... "¡Corran! ¡Corran!" Tan fugaz como nosotros la buscamos, se movió con rapidez y las robó. Podía verse, como flamas encantadas, el veneno de las puntas. "¡Corran! ¡Corran! ¡Es un mono con un rifle!" Piernas. Pechos. "¡La dejaron apagar!", se nos burlaba. Saltos. Pozos. Estampida. Parecía que los pasos eran miles de tambores. Tumbos. Vértigo. Tropol. Oscuridad. Respiración a bocanadas. Estertores. Las oíamos zumbar y las veíamos clavarse, no tan lejos de nosotros, adelante. Les pasábamos corriendo por al lado. Le volábamos, al término, sus letras. Flchs. Brisa. Viento. ¡Capa! Los detalles, en confuso parlamento. Las estrellas, despeinándonos. Neptuno nos cerraba la marea. Los flechazos no dejaban de zumbar. Los corazones, como músculos que son, ¡como Bucéfalos!, tiraban de los cuerpos. El cansancio palpitaba por doquier y, de repente, con la luna suspendida, nos miramos. Las pestañas como plumas, despleándose. Los ojos, inocentes. Las pupilas, refutándolos. Los poros, florecidos. Los flechazos nos rozaban, tentadores. La belleza de los

libres. El orgullo del vencido. Ya cansados de correr, nos dimos vuelta. Las facciones describían a los versos y los versos pronunciaban a los labios. Los botones desprendían a los dedos. Pulsaciones como tubos. El color indefinido de la carne. Corazones a merced. Bajaba tibia por el cuerpo ¡jesucristica! la sangre. "¡Vamos! ¡Tíranos!" Las flechas parecían un cerrado chaparrón. "¡Ahora! ¡Vamos ametrállanos!" Qué forma deliciosa de sufrir. ¡Qué maravilla de dolor! Como beber de damajuana, por el pico. De común, los agridulces, son los platos más sabrosos del menú. Jamón y fresas. Me parece que pegué con las rodillas en el piso. Pude ver, desorientada, de nariz entre los pastos, una flecha. La tomé. Sobre su punta, palpataba la sistólica lumbrera del amor y, como Baco las había terminado, ¡como ya no le quedaba munición en su carcaj!, me la clavé.

## PURA SANGRE

Se grita mejor con un cambio de ritmo. ¿Sabrías tener un amante? Con un narrador te conoces, te casas, discutes y... Vamos. ¿Precisas que siga? Verás

hay dos maneras diferentes de tratar a los lectores. Por un lado, la común, impersonal: el escritor es un amigo de mentira que construye, para todos, una sola relación. Es impotente - no se sabe dirigir al individuo. Sus palabras quieren "público", miradas que

no sepan conmoverse demasiado, sino sólo distraerse. Son lectura sedentaria. Se consumen como goma de mascar: el mismo gesto. No precisas digerir alucinógenos, entonces, no te cansas. Son ficciones que podrían entender hasta los niños. Sus lectores enloquecen si les dejan cabos sueltos. Necesitan, como chusmas de zaguán, que les inventen pormenores y preguntan tonterías: “pero, ¿qué pasó con ella? Pero, ¿qué pasó con esto?” Lo que piden es, apenas, “que les cierre”. Compran vértigo por oro. “No me cuentes el final”. Confundan arte con suspenso. No conciben otro modo de contacto con las obras. Ansiedad. Con las personas, es probable que tampoco. Las agotan con la misma, becerril voracidad del apetito. Todos ellos, en el texto, ven al mismo narrador. El narrador escribe siempre, pertinaz, al mismo niño.

Los poetas, de contrario, se parecen al amante que jamás te llevarías al altar, pero que pesca con anzuelo - no con red. En sus estrofas, el lector es individuo. Da por hecho que no teme (como todos los demás) a las hormonas. No precisa ser amigo, de la forma que, tampoco, los manjares. En su mística, te flecha Sagitario - no Cupido. Sin armar un laberinto, pone trampas deliciosas por doquier. Es cansador, a la manera del orgasmo. Debilita, como sólo Lucifer.

Eso quiero. Que dejes mis hojas regadas de baba. ¡Lector! Que ya nunca regreses por más que no puedas

leer otros versos ¡jamás! sin pensar en los míos. Así se sacude la capa que logra rendir a los toros. ¡Salud! Beberé pura sangre. ¿Sabrías tener un amante? No muevas los labios; ya tengo tu piel sin apenas tocarte. Del mismo renglón, no podrías hallar dos lectores que digan lo mismo. Que dudes: así son las obras de arte. Tus ojos serán los peores que lean mis versos, quizás - pero nunca veré, ni siquiera calcando tu luz, otros ojos iguales.

### HECHIZO

¡Tus ojos! Apuesto que nunca los viste morados de versos. Apuesto que sólo te dignas leer poesía premiada, con muchos "me gusta". ¿Gustar!? ¡Qué pequeña palabra! Yo soy el autor de las obras que nunca jamás premiarían. ¡Impúdicas! ¡Hartas de Dios! ¡Infartantes! Con alguien así no podrías casarte jamás, pero sí que serías infiel. Pater noster, ¿me dejas hacer magia negra con este lector? Lo devuelvo limpito.

No van a quemarme por bruja, supongo. Los tiempos cambiaron. ¿Otided nu remet áirdop néiuq? :nóicidlam, neib emahcúcese. Soirod y sodrabmol, selogom noreitsixe. ¡Sámaj! ¿Oím ojih, néibmat út? ¿"Nárid éuq" nícor, odrel etse remet áirdop etneg ed esalc éuq? Etogep. Adalabser, zeuj ed atibab. Sodacram soded. Arovlóp in apsihc nis, allatnap. Odasargne latsirc oírf nu se, lines, arip al.

¿No somos todos terminales? Mira bien: seguramente, la guadaña ya rozó, quizás discreta, sin que nunca lo notaras, tus talones. ¿Ni siquiera con los párrafos contados la pensamos escribir? Amor y carta se columpian entre sí con deliciosos empujones. ¡Ya, tacaño! ¡Las palabras no se gastan! ¡Vamos! ¡Juégalas! Retíralas del banco: no generan intereses. ¿Oigo bien? ¡Qué tontería me preguntas! ¿A quién más? A la que siempre te gustó pero jamás se lo dijiste. Patrimonio, sin haberes. Barre todos los peones de tu vista. Ya no cruces un alfil. Que los caballos no se pongan adelante. Que la reina te bendiga con un beso. Que las torres abandonen su vigilia. Pon arriba del tablero los testículos. ¡Ataca con el rey! Será derrota, por supuesto, pero nunca será pírrica.

De tanto temer tantas consecuencias, no salimos de las causas. Mucho más nos esclavizan las palabras cuando no las pronunciamos. ¡Eres libre, maldición, de lo que dices! Las cadenas están hechas de silencio. Los almíbares, de letras y de labios. Ya dejemos de dudar ante las trampas anticisne. ¿Cuántos años hace ya que somos grandes? Cuántos años hace ya que nuestras ganas nos despiden en el puerto... ¿Con qué rumbo? No. No saques el compás. ¡En dirección al horizonte! Con los músculos de punta. Si las velas se nos rompen en el mar, desollaremos tiburones y, si Baco se termina las botellas, beberemos el reflejo de la luna.

¿Qué dirás? ¿Lo siento mucho? ¿Quedarás allí prendido del papel con la mirada del bovino? ¿Mis estrofas sufrirán con el aliento de tu boca, para siempre? Lo describen cavernoso, ¡sedentario! No te miento, ya lo lees. ¡Purifícalo! ¡Respira vendavales! ¿Qué? ¿Le temes a los hechos? Qué vergüenza, con atmósfera lozana, respirable, por doquier. ¡Con semejantes horizontes! No lo creo. No de ti. Con semejantes escritores. ¡Ya no temas a los verbos ¡maldición! estás conmigo!

## LAS BARAJAS ESPAÑOLAS

Anda, siéntate. Tirémonos las cartas. No nos vamos a quedar, así sin peros, solamente con la ciencia. ¡Ni tampoco con el arte! No le vamos a librar la tiranía, tan preciada. ¿Tú qué dices? ¡Eso mismo! Barajemos. Hoy habrás de conocer la brujería del flamenco. Vamos: corta. Ni los césares tenían esa forma de mirar. El desafío del cruzado, con la mística del moro. La bondad, agazapada. Las estrellas en los ojos. El contorno de los párpados, sombrío. Las pupilas, penetrantes. La nariz, perfectamente demarcada. Los instintos, a las órdenes del rojo. Bien, veamos la primera...

Dios. No pongas esa cara. Los planetas son así. Plutón o Venus tienen órbita, no límites. Neptuno no se sale del océano, verdad, pero se luce con tifones.

La segunda no fue mala; ya lo ves. El zapateo del flamenco nos torea, casi sádico. No mata sin humor. No favorece, sin hacérselo valer. ¡Así da gusto! Brujería, tan carmín como real, pero bailada. Las polleras, como capa de torero. La magnética sinapsis del imán. El maleficio del tambor, pero con tacos. Donde cesa la ventaja de las rubias. ¡Donde pierden sus fanáticos! Allí donde cautivan, mucho más, las andaluzas, con los brazos como víboras tirando de sus títeres.

Ahora, ¡sin temor!, suma los dígitos del año, mes y día que naciste. De seguido ¡no sin tripas! haz lo mismo con la fecha de mañana. Suma todo. Bien, con este resultado, si la luna te bendice con su brillo, multiplícalo por dos y, si por esas maravillas, es la luna del oriente, multiplícalo por dicha. Sólo resta que, partiendo del final y del inicio (los augurios serán dos) vayas contando los renglones hasta dar con el total que calculaste. Tu destino -ni siquiera lo precisas comprender- es el perfume de la línea. Serás libre de quedarte, nada más, con la mejor, pero, que conste, con el firme compromiso de cumplir la profecía.

### CON LA LUNA DE VESTIDO

La payasa. Dos arcángeles en diálisis. Safari. Picadillo. Vi vacío mi sepulcro. Bambalinas. Serenata. ¿Siguen siendo quienes eran? Manantiales. Los leprosos. Pesadilla. Más allá del infinito. Credenciales.

Arcorritmo. Salivazos. Coreomagia. Dilo rápido ¡no dejes terminar este renglón! Enmascarados. Libertad. Alakhai Bekhi. Como brasas de picante. Crucigrama. Pantallazo. Bellas artes. Vaticano. Capuchón sin su bolígrafo. Nocturno para pluma, majestades y varita. Cucumelos. Adopción. La Guardia Suiza. Desbordados de futuro. Tras las líneas amistosas. De tablero. Lazarillo. Cuarto día. Lo que ves al otro lado de los brindis. Si pudimos perdonarlo, no veníamos perdiendo. Domadores. El tatuaje de los siervos. Merecidos galardones. Arsenal. Piratería. Vía crucis. Cada santo con su credo. La caída del nirvana. Cementerios. Sexto día. ¿Descansar? El veintiocho de diciembre. De tal palo, tal paliza. Viceversos. La famosa cortesía con que China te maltrata. Feligreses. Crucis vía. Sumergibles. Garabatos que son himno. De la vida. Suelo fértil, engañoso. Con los hombros al abrigo. La terraza. Los iría. Por debajo de la pluma, me movían el planeta. Barrovinos. La venganza. Fueron párrafos escritos a cuchillo. Retadora. Como fiera. Por si sí tenías dudas. Otra forma de miseria. Desapego. Con la pluma de garrocha.

Tantos otros, todavía. Pero sirvan, estos pocos, de frugal aperitivo.

## LA BELLEZA, NADA MÁS, ES UN SEUDÓNIMO

Bastión. Le llamaría fortaleza, más que templo. Se ve casi con el corte del oasis. Entre tantos reflectores, una luz: un sacerdote, ya sin público, celebra, solamente para sí, la ceremonia. No podrías ver un rostro más feliz. La ciencia bruta, sin colchón, nos ha secado las pupilas de su brillo. ¡Qué costosas ambiciones! ¡Qué carísimas ganancias! Los científicos, ¿sonríen al morir? ¿Y los políticos? ¿Querremos preguntarnos, los poetas, por nosotros? ¿En verdad? ¿Y tú, lector? En sus facciones, liviandad. En el contorno de sus párpados, la forma de la dicha. Más aquí, sobre los nuestros, una rara confusión. ¿A quién debemos el dolor? ¿A quién las náuseas? Al idiota del espejo, temeroso felicida. Más aún, cuanto que todo lo que -¿yoga?- precisamos, está dentro de nosotros.

## ANTIDIABLO

Qué genial hubiera sido (poesía contrafáctica) que Judas, para giro bailarín del evangelio de San Juan, descolocara, como súbito sopapo de los ángeles, a Cristo, no vendiéndolo. Buen uso del compás y de la métrica, por cierto: "¿con un beso me traicionas, hijo mío?" ¿Qué noticia? Con un beso, ¡como tantos! Con dos labios infartantes, como tantas. Aberrar, sin desatinos. Hay traiciones que, si no son perdonables,

son, al menos, entendibles. ¿Quién podría resistir unas palabras de la boca que lograra la mitad de lo que logran, con la pluma, cierta clase de poetas? No sin uñas ni relámpagos: hay yemas que nacieron con el humo de la magia, pululando.

No rindamos, al crepúsculo, la piel. ¡No le temamos al amor! Pero tampoco permitamos que nos toquen sin varita. No durmamos, en la ciénaga, los pies. ¡No nos clavemos de raíz! En los humanos, la divina majestad del abedul es inhumana. No dejemos un poema por vivir. ¡No reneguemos del dolor! que las monedas tienen siempre, como mínimo, dos caras. Con sus labios ante mí, me recosté contra las cuerdas. No los peses con balanza: los caminos no se pueden enrollar en la mochila. Con los míos ante sí, cerró los ojos. Ni las huellas se despegan de su sitio, como láminas: no van a perseguirte. Paz y dientes. Al final, cuando las horas sean largas y la vida sea corta, quizás todas las victorias sean pírricas. ¿Y qué? Valió la pena, nos diremos. Incapaz de disfrazarse, la mirada de los jóvenes. Los ojos de las chicas, con secreto. La bondad, en entredientes. Las estrías, desgarradas. El encanto, curativo. Las alfombras voladoras, del oriente. La maldad, amanerada. Los camellos y los reyes. El aroma deliciosos de las velas, al soplarlas.







EL MUERTO

**SURRECCIÓN**



**1. Vía crucis**

*Si te gustan las metáforas: osario, más que cuerpo.*

**2. Reporteros sin fronteras**

*En semblantes desabridos, muchas veces, hay tesoros enterrados.*

**3. Sobremesa**

*Las palabras, al influjo de los versos, son acciones.*

**4. Parlamento**

**5. Crucis vía**



## 1

**Vía crucis**

*Si te gustan las metáforas: osario, más que cuerpo*

-Las paredes ni siquiera se derrumban sobre mí. Bastante tienen con el techo, maldición. ¿Qué más precisan? ¡Es inútil! O se salvan, o se mueren. Pero ya quedar allí, sin esperanzas, atrapadas en un limbo de parálisis, ¿con qué finalidad? ¿Permanecer? Qué tontería. ¡Qué dolor! Qué poca monta de la vida. No, doctor. Como paciente, ya no tengo más paciencia. Si consigo perdurar en este trance, nada más es que la saña del reloj no se detiene. Tengo ganas -pero no- de maldecir. Si por mí fuera... Llevo ya quinientos años in extremis. No tres puntos suspensivos, sino miles. ¿Se las debo respetar? Ya las razones que me suelen esgrimir, están decrepitas. Ustedes no podrían entender estas palabras, ni leyéndolas. Apnea terminal, que no termina. Soy un coche que volcó, pero me tienen, en el colmo del dolor, acelerando con las ruedas en el aire. Sólo falta que rematen esta cama con el rótulo del I.N.R.I. ¡Maldición! Qué siberiana, corderil eternidad. ¿Por esperanza? ¡Porque sí! ¡Tranquilamente! Ni me muero ni me salvo. No se

pongan en mi piel, que me molestan - a no ser que se desuelen. ¡Ya, diabólicos santones! ¡Desenvainen las navajas! Hacen más con una mínima punción que con un credo. ¿Para qué dejar al tiempo, con su sádico trajín, lo que se puede con las manos? ¡Haraganes! Inacción. Será difícil, en el juicio de los muertos, confundirla con la prédica del papa. No por santo, mal que reces, eres bueno.

-No se trata de la biblia solamente sino, más inoportuna, de la ley. Del mismo modo que tú piensas en ti mismo, los doctores, en nosotros. No son meras amenazas: hay colegas en prisión...

-Con que se trata de la ley. Entonces tiene solución. Es la primera vez en todos estos meses que me da, como si yo también tuviera sentimientos, esperanza.

## 2

### **Reporteros sin fronteras**

*En semblantes desabridos, muchas veces, hay tesoros  
enterrados*

-Compermisoo...

-Pase pase. Pero no me compadezca.

-Buenos días... Me mandaron del canal.

-¿A quién mandaron?

-A mí mismo, le decía.

-Bueno, sí, pero ¿con quién haré la nota?

-Pues... conmigo.

Lo miré como podía. Los muy tímidos habían enviado, sin apenas apellido, ¡sin arrugas!, al más novel aprendiz del corredor.

-¿El camarógrafo? ¡Que pase!

-No me dieron camarógrafo, señor. Soy sólo yo.

-Ni camarógrafo ni cámara, ¿verdad?

-Ahora sí, ya no parece tan ingenuo. ¿De qué quiere conversar?

-Maldita sea. Se supone que más bien el periodista debe ser el seductor, ¡el que consiga desplegar, como los pavos, al real entrevistado que le pongan adelante! ¡Vamos joven! ¿Cómo logras, con toditas las neuronas saludables, ser imbécil? Anda ¡mírame! ¿Qué dejas para mí? Motivación. Así llamaban, los antiguos, a lo mismo que, los jóvenes, rezongo. No. No quise ser tan duro con tu cándida niñez. ¡Motivación! De la que muere con los míos, ¡los que no necesitamos celular! ¿Lo tienes? Sácalo. Le vas a dar un uso respetable, finalmente.

Todo monstruo, sin achaques, sabe ser simpatiquísimo. Con algo de dolor, ni los apóstoles. Al santo se lo tiene que medir en la zozobra del acceso. Con criterio parecido, la belleza se tendría que juzgar a los cincuenta, como mínimo.

-No dejes de filmar un pormenor. Son importantes los detalles.

-Está bien, pero ¿no quiere decir nada? Las imágenes no valen mil palabras. Es mentira.

-¿Tú lo dices, que trabajas en la vil televisión!?

-Es un invento de los medios, ¡con las culpas a la vista! Como casi no consiguen oradores carismáticos, no tienen más remedio que valerse de los ojos.

-¿Me lo dices de verdad?

-¡Estoy grabando! ¡Ya comience por favor!

-¡Es que me falta la pregunta!

-¡Bueno dígame! ¿por qué lo deberíamos, el resto de nosotros, comprender?

-¿Estás bromeando? No por jóvenes o sanos serán todos inmortales, como César, Napoleón, Akinimitab o don Juan de los Palotes. Además, estoy pidiendo, mucho más que que me den, que me devuelvan. Imagínense que son acorralados por las llamas, pero tienen un revólver. Quizás muchos, en lugar del sufrimiento del calor, preferirían escaparse con un tiro. Yo no pude ni llegar a mi ropero, donde tengo la pistola. Sólo pido que me dejen, al alcance de los labios, una píldora. Que nadie se convierta, por mi mal o por mi bien, en asesino: ya veré si me la tomo - seré yo con mi persona. Pero tengo mi derecho ¡mi derecho! ¡ni siquiera lo reclamo por piedad! a disponer de lo que todos. Un cuchillo. ¡Tienen mil en sus cocinas! Un balcón. O mucho menos: una mínima, pequeña claraboya con altura. Todos tienen por doquier esquinas varias donde, sólo con un golpe decidido, reventarse la cabeza. Sin hablar de los que, lentos, pero muy perseverantes, se suicidan con impuestos o cigarros... Nada más.

El pobre niño quedó medio desconfiado del futuro.

-Bueno... Bien. ¿Está seguro? ¿Dejo todo?

Le traté de sonreír, para que no se lo tomara tan a pecho. Se marchó, con la promesa de lograr que me pasaran, por lo menos una vez, en las noticias.

### 3

## Sobremesa

*Las palabras, al influjo de los versos, son acciones*

-Buenos días... Ese joven, ¿yo vi mal o lo filmaba?

-Vio lo mínimo, qué lástima. Con tantos pormenores paisajísticos. Hacíamos, los dos, una película de corte pornográfico. ¿Qué tal?

-Las enfermeras hemos visto mucho más que los que miran esas cosas.

-Vaya... ¿Qué me contaría? Lo más raro, por favor.

-Qué maravilla de pregunta... Lo más raro... No no no. ¡Me da vergüenza!

-¿Dijo bien? ¿Le da vergüenza? Pues, entonces, ¿le compete?

-¿¡Qué!?! ¡No no! Tan sólo que... ¡Caramba! Deje ya de preguntar que, distraída, le respondo. Tengo varias inyecc

¡Paf!

Exactamente. De común, los que se meten a portazos, interrumpen.

-¡Ese joven, maldición, se nos coló! Como venía sin carné, no lo dejamos ingresar. Nos descuidamos un segundo, charla viene charla va, doctores varios, la costumbre distraída, "buenos días buenos días" y, de súbito, ¡lo vimos en las cámaras! Huyó por la ventana del pasillo. ¿Lo conocen?

-Un momento... Nos hayamos, me parece recordar, en un no poco respetable cuarto piso; ¿puede ser?

-Y ni siquiera se mató. Se fue coleando, de seguro, como siempre los ladrones.

-Está bien, no se preocupe. No robó sino trabajo. ¡Vaya joven! No se deja de ser tigre por salir sin los colmillos. Enfermera, ¿sabe qué? Con semejante voluntad, estoy seguro de que pronto me verá, ya que no pudo con sus ojos, algo menos benjamín, en diferido.

## 4

**Parlamento**

"Terminada la sesión, en nuestro célebre recinto democrático proceden a votar, los honorables senadores, el proyecto que regula las medidas eutanásicas. En caso de lograr la mayoría, se podrán administrar a los enfermos terminales, legalmente."

-De seguro, no le suben las braguetas. Ese joven a perdido su trabajo por un tema que compete, mal o bien, a los ancianos sobre todo. ¿Se da cuenta? ¡Qué cojones!

"Los canales, ubicados a lo largo de los palcos, lo transmiten en directo."

-De verdad, ha sido casi temerario. Por lo menos, no llegaron a ponerle la demanda que dijeron. ¡Imagínese! ¡Cortar la transmisión para pasar el reportaje! ¡Santo Dios! ¡Los directores lo querrían lapidar!

-¡A ver! Escuche...

"Procedemos a contar..."

-¡Arriba! ¡Suban esas manos maldición!

"El resultado se declara negativo. No sanciona."

-“No sanciona”. Con qué calma que lo dice. Moribundo, pero nunca terminal. Ahí lo tiene.

-Bueno bueno. Por favor, no nos pongamos negativos, que la vida lo podría sorprender con el recurso del infarto cuando menos lo sospeche.

-Bien, hablemos de mujeres, así no lo sospechamos.

-¿Infartantes?

-No, por Dios, que me deprimó.

-¿Cómo dice? Pues, entonces, ¿está bien?

-Que me deprimó más aún, debí decir.

-¡Qué maravilla! ¡Pues entonces hay escala! Suena bien. Quizás no logre ser feliz pero consiga, por lo menos con alguna distracción, estar un poco menos triste. ¿No solía conversar, con sus amigos, sobre chicas?

-Los varones conversamos sobre chicas mucho menos, en verdad, de lo que piensan las mujeres. Pero sí.

-Cuando charlaban sobre chicas, ¿terminaban en la cama con alguna?

-Casi nunca.

-¿Terminaba deprimido?

-Bueno... no.

-No diga más. Conversaremos, con reserva sepulcral, sobre mujeres infartantes.

-Enfermera, yo no creo que result

-Con enfermeras es mejor que con amigos, se lo juro.

-¿Cómo sabe?

-No lo sé, pero la muerte, tan asidua, nos termina liberando. Conocemos las verdades de la piel, sin claroscuros. Sobre chicas infartantes, hemos dicho. ¿Yo lo soy?

Se me sopló, no tan resuelto de palabras, una risa cosquillosa. La sorpresa del planteo, me trancó.

-Si no lo niega, considero que lo soy. Desde los quince, más o menos, tengo firmes evidencias de mis zonas atractivas. ¿Ha pedido, con cortés educación, que le mostraran?

-Ciertamente, no pensé que semejante petición pudiera ser, aunque sincera como todas las pasiones, educada ni cortés.

-Debió pensarlo. ¿Por qué no?

Los bocinazos parecían alentar la situación.

-Pero, ¿qué rayos? Esta calle, de común, es muy tranquila...

Se fijó por la ventana.

-¡Santo cielo!

-¿Qué sucede?

-¿Qué sucede? Que podría comenzar, a viva voz, una carrera poco menos que política. ¿No quiere proclamarse? ¡Presidente! ¿Presidente? ¿Le ponemos un micrófono?

-¿Qué dice?

-Que muchísimas personas, en pequeña multitud, están viniendo, con carteles en apoyo.

-No podría ser político jamás. ¿Por quién me toma?

-¿Por qué no? Si no precisa, como todos lo sabemos, hacer nada. Sólo debe departir. ¡Es ideal para personas en su triste situación!

-Inaceptable, más que triste. Pero, ¡vamos!, ¿quién soy yo para poder tomar mis propias decisiones? Por fortuna, los políticos me cuidan.

-Y la gente. Cada vez se junta más.

-Es increíble. Si pudiera con mi cuerpo, donde menos me verían es allí, masificado.

Las bocinas enojaban el ambiente. Cada vez había menos que decir de su poder despertador, ¡anunciativo!

-Vaya mártir, cuya cruz, a contranorma, viene dada por vivir.

-¡Están cubriéndolos! ¡Subamos el volumen de la tele!

"¡Reclamamos por los íntegros derechos del paciente! ¡Mucho más: por los de todos! ¡Porque todos lo seremos algún día! ¡¡Maldición por los de todos!!"

-¿Algún día? ¡Cuando menos lo sospechen!

"¡Es insólito! ¡Lo vimos! Las imágenes resultan dolorosas, ¡tanto más el organismo! ¡No podemos apartarle la mirada!"

-Justamente, lo que debe conseguir todo video pornográfico. ¿Lo ve? Los comentarios evidencian, a la luz de sus palabras, el talento del actor, ¡la magnitud de las escenas!

"¡In-yec-ción! ¡In-yec-ción! ¡In-yec-ción! ¡In-yec-ción!"

-¿Qué cosa gritan?

"¡Subiremos! ¡Subiremos a llevarle ¡maldición! con nuestras manos su legítimo derecho de morir con dignidad!"

-Ay, estos jóvenes... Qué tierna rebeldía, ¡qué razones inocentes!

"¡Subiremos! ¡¡Subiremos!! ¡¡Le daremos el descanso que merece!!

-¡Qué chistosas ocurrencias! ¡Imagínese, ¡subir! De todos modos, por las dudas, llamaremos a la guardia, ¿le parece?

De repente, parecieron retumbar con otra clase de volumen.

-No contestan... Estarán fotografiándose con todos esos chicos; ¡qué simpáticos!

Estaba confirmado que los cánticos, en masa gutural, no provenían de la tele.

-¡Santo Dios! ¡Están subiendo Santo Dios!!

-¿Me mostraría, por favor, sus proporciones?

-¡Ay mi Dios! ¿Que les proponga demorar? ¡Estoy nublada maldición! ¿Que les proponga q

¡Cláck! ¡Clàck! ¡Cláck! ¡Clàck! ¡Pumm!

-¡Es él es él! ¡Aquí lo tienen!

Horda. Gente. Gritos. Caos. ¿Almas? "¡Pare de sufriiiiirrr!" Sentí pulgares en el cuello. ¡No podía respirar! Antisistema. Sacudones. Hermandad. Si no lograban asfixiarme, moriría desnucado. Tumbos. Vértigo. Neblina. "¡No se muere! ¡No se muere!" Los pulmones explotaban de vacío. Por fortuna, mis amígdalas habían sido ya sacrificadas, de pequeño. Los doctores, de pretéritos manuales amarillos, a la mínima, solían extirparlas. Tajo pinzas ¡pataleo! No les daba por pensar que, si lucían inflamadas, era justo por estar con las defensas a su cargo. Si no fuera por mamá, que me calmaba con sus ojos, todavía mis colmillos estarían en los dedos del doctor. Allí la veo, sonriéndome, con toda la ternura de su paz. Me siento

niño nuevamente. Las cosquillas del recreo, sin escuela. Risas ¡risas! "¡Ayudémoslo que sufre pobrecito! ¡Presionemos! ¡Presionemos todos juntos maldición! ¡Unamos fuerzas!" ¡Los abuelos y papá! ¡Con la pelota! ¡Vamos! ¡Vamos a jugar! ¿El tío duerme? ¡Despertémoslo! "¡Ya basta!" Lentamente, pero sin invitación, escurridizas sensaciones, otra vez, me recordaron el dolor. Agudos ásperos. Acople de micrófono. "¡Ya paren por favor!" ¿Era la voz del periodista? Me soltaron. Respiré. Me dieron aire, con las manos a granel. Las pulsaciones recobraron, al galope, lo perdido. Caras. Pelos de colores. Sacos príncipe de Gales. Rastas. Cuero. Piel. Chicas. Huesos raros de roer. Tatuajes varios. El bellissimo destino de reunir. Amalgamada diferencia. Desigual unicidad. Travestis. Músculos. Corbatas. A través de la ventana, se podían escuchar, como si fueran pronunciadas al costado de nosotros, las palabras del dinámico notero provenientes de la calle:

"¡No vinimos a limpiar las injusticias ensuciándonos las manos! ¡Hey! ¿Escuchan!?"

-¡Escuchamos! ¡Escuchamos!

respondimos, arrojándonos a coro. Comparable con mis huesos, el volumen del micrófono dolía.

"¡No vinimos a limpiar las injusticias ensuciándonos las manos! Mucho más, lo que vinimos a barrer es la difícil ignorancia"

Los rebeldes asintieron. Un travesti me tomaba de la mano. No sabía si mirar o si seguir en mis pupilas, distraído. Cada vez llegaban más manifestantes en apoyo, de diversos sindicatos: los rockeros, los caídos de la cruz y las gimnastas. Bueno. Ya. Miremos todo.

"¡La difícil ignorancia! Lo sencillo que resulta cometer un resbalón ¡o patinar hasta la nuca! si no sabes; o ¡peor! ¡cuando no sabes que no sabes!"

Los escotes retumbaban los aplausos. El pecado susurraba, con sus labios encarnados, otra vez. Al otro lado de mi cama, se sentó, para llenarme, casi pírrica, la palma con sus manos, otra chica. Parecían aferrárseme, con huérfana niñez, ellas a mí. Las funerarias ofrecían, en la tele, sus servicios -ataúd traslado flores y cosméticos- sin costo. Bien unidas, en intensa sumatoria de motín, las prostitutas ofrecían una muerte más amena. Bellas artes.

"O, peor, ¡cuando no sabes que no sabes! Los oídos no comprenden, ¡las ideas, mucho menos! Es inútil razonar con las palabras, porque sólo se comprende con la piel. Jamás han sido comprensivos los malvados, es verdad, pero tampoco los clementes -mucho más que comprensivos, bondadosos."

Me pasaban a las manos, con sistólico voltaje, los acentos del discurso. Los demás, hacían todos un esfuerzo por hacerme sentir bien, con los mentones confianzudos. Los matones, con los músculos

manchados, daban ánimo. Mejor que las estúpidas palabras de rigor.

"Jamás han sido comprensivos los malvados, es verdad - y no por malos. ¡Por humanos! Confundimos el coloquio con las letras. Invitémonos, por fin, a comprender, así dejamos de lanzar, al hervidero, nuestras ínfimas palabras in absentia. Recostémonos en casa, tan tranquilos como siempre, pero no nos levantemos. ¡Pero no nos levantemos ni tan sólo dos milímetros fugaces a rascarnos la rodilla! Que las venas se nos peguen. ¿Lo podremos sostener, de corazón, un par de días? Que nos deban ayudar a deponer. Que no podamos recurrir a nuestras manos. ¡Pero no las moveremos! ¿O nos vamos a mentir haciendo trampa como niños al jugar al solitario? Ni lectura ni recreos. Que nos digan, insultándonos, "qué bien que se te ve". Que no podamos presionar, cuando nos cansen los programas, el control. Que se nos muera la sonrisa. Ni "después" ni "pido gancho". Que tengamos que sabernos descartados de la vida. Ni los dedos de los pies ni concesión para taparnos. Que nos deban inyectar el desayuno con jeringa. Que las frías farmacéuticas nos hagan de comer. Que no nos cambien los pañales hasta no ser el horario del pañal. Que no podamos existir sin padecer. Que no pensemos en nosotros sin llorar. Que la saliva nos ahogue. Ni "me muevo sin querer" ni "más o menos sin moverme". Que seamos el absurdo matemático del hombre. Que nos pique. Que los

médicos nos velen. Que nos pique. Que la luna no nos dé las buenas noches. Que nos pique. Que la mente nos suplique desistir. Que los microbios nos devoren. Que las horas nos aplasten. Que tengamos que fingir para reír. Que los demonios, con el hálito sulfúrico, nos hablen. Que Jesús, desentendido, nos retire la palabra. Que nos pique. Que la muerte nos visite de continuo, pero nunca con guadaña. Que nos pique. ¡Pero no nos moveremos! ¿O seremos los estúpidos que tienen, sin la mínima vivencia, toda clase de discurso? Que tengamos que sentir, impunemente, los gusanos del sepulcro. Que la piel entumecida no nos sirva de pretexto. Que nos pique que nos pique que nos pique. Que los gramos y los kilos agarroten nuestros músculos. ¡Dos días! ¿De verdad aguantaremos, nada más por comprender, sin relajarnos ¡distráidos! con un sólo movimiento?"

Los aplausos inflamaban la patota. Respondían con el ánimo triunfal de los caídos. El sentido de los versos, al igual que los abrazos, es mejor si los escribes con las uñas. Hay muchísimas maneras de perder. Los derrotados no se deben engañar con retiradas. Las muchachas aplaudían, con mis manos en las suyas.

"¡Ni siquiera con un sólo movimiento! Descansemos unas horas y veamos cuánto puede, con un cuerpo sin defensas, un pacífico colchón. Quizás así, los que nos dicen asesinos o suicidas se nos quieran

acercar - y no por él: ¡por ellos mismos! ¡Por hacerse de la llave de la puerta de salida, mientras tengan la salud para poderla conseguir! Por procurar la salvación. Pero, también, quizás nosotros descubramos, con la piel y con la sangre, que, no menos insufrible que salir a trabajar, estar postrados no merece tanta lástima, ni ser un asesino ni, tampoco, suicidarse.”

## 5

### Crucis vía

-¡Ponle whisky! ¡Ponle whisky!

Las gotitas, como bombas estratégicas de polen, impactaban en el suero. Sin rubor ni celulitis, las botellas transcurrían por delante, con los ojos de los médicos en modo vista gorda. ¡Con los labios como tímidos, en modo catador! A los enfermos, como reyes: ¿quién podría, con dementes por doquier, asegurar que no les han envenenado la bebida? Por lo pronto, como saben las personas educadas, no se brinda con limosna: la salud merece cálices colmados. Como tantos escritores respetables que, si toman unas copas, se convierten en poetas forajidos, quizás muchos

cirujanos, ya que cortan, pongan busto de sorpresa. Cortesía del hospicio. La guitarra consumía, con melódico metal, la red eléctrica. Las luces titilaban. El teclado se podía confundir con la sinfónica completa. Yo cantaba con los otros, a la par. Los ginecólogos traían, todavía con el nudo del cordón umbilical, a los bebés. El director del hospital apareció con Coca Cola: lo sacaron a patadas, por estúpido. ¿No sabe que produce depresión, diabetes, cáncer y fanáticos de Disney? Inconsciente. La poción del anticisne. Por su parte, las canciones resultaban cada vez un poco menos complicadas de bailar. ¡El esqueleto se lubrica con licor! Los barrabravas agitaban sin parar, por la ventana. Los restantes edificios respondían, con balconías tribunas. Provenientes de la calle, nos llegaban bocinazos a granel. Griticultura. Las trompetas de los ángeles surcaban las ventanas y, los ángeles, colgados, insuflaban propulsión.

-¡Ahora sí, con ese vino! ¡Pase! ¡Pase director!

-Maldita sea, ¡tienen toda la razón! ¿Por qué no todos los velorios son así?

Las odaliscas perfumaban el ambiente, con el grácil movimiento de sus telas. Buenos aires. ¿Qué peor que -como vaho de fantasmas- el olor a sanatorio? "¡Por lo menos es etílico!" Las almas parecían, al revés de lo normal, de piel y carne. ¡Parecíamos! En sí, no nos sentíamos amigos, pero todos conectábamos con

---

gracia. Las sonrisas eran cómodas, quizás, porque, mejores que los libros, los velorios te sacuden lo banal. Allí, sin velo, ¡desvelado!, justiprecias, al valor de los diamantes, lo que viene de regalo con la vida. Los diamantes, de contrario, pierden todo su valor. Las prostitutas y las monjas, entre lágrimas y bromas, se cantaban mitológicas estrofas del poeta de los dioses, Açái. Desemejantes, cada cual con su locura, conformábamos un puzzle nada feo. "¡Sólo son de cocodrilas!" Las camperas contenían los pecados en sus cueros.

-Ese suero, ¿tiene whisky?

-No señor. ¡Es al revés! Hay que llenar el receptáculo de whisky para, luego, salpicarlo con un mínimo de suero.

Cada vez la piel bajaba más el cierre. Las hormonas despuntaban. La perenne juventud amalgamaba las miradas. Parecía proclamar: "¡es todo cíclico! ¿No hueles esa flor? ¡Estoy de vuelta!" Taj Mahal. La primavera del edén. Evaporarse de la cruz. Ante los ojos, otra Meca. Las cortinas bandereaban a la calle. La razón de los estímulos. ¡Los pómulos radiantes! "Pero cuídame, machote sin agallas: a la mínima, rompemos otra vez." Aún inmóviles, las piernas percibían las cosquillas de los glóbulos.

-¡La prensa! ¡Periodistas ingresando!

Fue peor. En vez de darse por, al menos, observados, redoblaron el jolgorio. Los untaron de guirnaldas, y pasaron. Con la música, costaba toneladas escucharles las preguntas:

-Bueno ¡díganos! Ahora, con la nueva votación, ¿está conforme? ¡Vaya giro de las cámaras!

-Feliz, más que conforme. Con holgura. Sólo mire, si se quiere contagiar, alrededor. ¿Usted no toma? ¡Vamos! ¡Sírvanle!

Con muchas etiquetas todavía por abrir, recién la fiesta parecía comenzar. ¡Recién las rocas derretían levemente sus aristas en los vasos! Ya lo ves: aquí ninguno de los versos rimaría con "medida". No dejaban de llegar despavoridos personajes. Nos sacaban, cada cual con su color, un tono nuevo. Salsa. Disco. Rock. Merengue. Se postraban los canales y la gente, celebrando mi velorio con amigos, enviaban divertidas condolencias por la tele. Le pusimos el collar y nos quedamos con Anubis de mascota: ser nosotros, en verdad, los que, sin más explicación, nos lo llevamos de la mano. Los doctores, por primera vez en siglos, exigían por favor que los tutearan. Los políticos presentes prometían prometían prometían "vamos a" ponían cara de futuro prometían prometían prometían "vamos a" se les pegaba la babita de los labios prometían prometían prometían "vamos a" no les quedaban agujeros por rendir c

-¡Su Santidad!

¿Oímos bien? Silencio brusco. Paz en vida. Luz en polvo. Caminó, sobre sus suelas impasibles, hacia mí. Medicinal, sentí venir, en su mirada, la ternura de los fuertes; ¡el embrujo del espíritu sin miedo! Nada más a pocos pasos, se dio vuelta de reojo:

-¿Quién os dijo que debíais deteneros? Dios es dicha, mucho más que devoción. Hacedme caso: ¡no temáis!

Pero quedaron extasiados, escuchándolo. Su voz era lo mismo que tocar un rock metálico, con arpa. Desafiante melodía. Sus palabras parecían de poeta megalómano.

-¿Pensabas fallecer sin recibir extremaunción?

Los asistentes explotaron de contento. Palmas ¡vítores! Pañuelos agitando despedida.

-¡Ya guardad esos pañuelos que, muy pronto, partiréis. No dices "chau" al que le pisas los talones.

¡Vivas! ¡Hurras! ¡Pitos! ¡Júbilo! León, el cardenal, acreditaba secundándolo con gestos de piedad inexpugnable.

-¿No lo notan? Enrocándolos, es él el que tendría que decirnos "bienvenidos".

Aclamaron sus razones con la misma pirotecnia de la fe. Color y versos. Miel picante. Ya los médicos

andaban a los besos con las copas. No caían de rodillas nada más por encontrarse, con tesón, bien agarrados del cristal. Hubiera sido más difícil desprenderlos que matarlos.

-El aceite, cardenal. Procederemos.

-Por favor, Su Santidad, mejor bautíceme.

Testículos y curvas. El cassette de los presentes, al oírme, pest t estaneó por un instante, pero nadie demoró la discoteca, por tan poco. No se pueden detener los corazones, en minucias.

-Está bien. ¿Y los padrinos?

El travesti, con el porte del alfil, tomó su sitio. Nuestro joven reportero, nuevamente sin trabajo, se plantó con el valor de los que saben renunciar para poder seguir partiéndose de fiesta.

-Ni limpieza del pecado primigenio ni capricho de los padres. El bautismo significa "nos tocó nacer ahora. ¿Que la época podría ser mejor? Pues hay peores. Para colmo, no sabemos cuánto dura: ya zambúllete, sin peros, en la vida".

Los enormes motoqueros lo cargaron en sus hombros. Con altura, me podía salpicar de forma mucho más festiva. De repente, se lanzó como con alas: "¡una vieja! ¡Corra! ¡Corra cardenal!" y se largaron a las risas, como bólidos. La juerga continuó. Perdí la cuenta de las horas. A través de la ventana, parecía que la luna,

sempiterna, no quería descansar. Por la mañana, recorriendo los pacientes, un doctor se sorprendió:

-Maldita sea... Pero... tú ¿sigues aquí?  
Compenetrados con las copas ¡olvidamos lo del cóctel!  
Qué desastre... ¿Procedemos?

Lo miré, con el espíritu triunfal. ¿En paz descansa? No, lector. En paz levántate:

-No quiero.

TABOBÁ & VAIMACA

**VANA**  
**PRAXIS**



**1. Vaimaca**

**2. Tabobá**

*La puñalada que jamás esperarías del océano.*

**3. Vaimaca**

**4. Tabobá**

*Temores íntimos. Sencilla matemática.*

**5. Vaimaca**

**6. Tabobá**

*Como los teros; y con trampa de ventrílocuo.*

**7. Vaimaca**

*Ni delfín ni tiburón.*

**8. Apercibido**

**9. No tan fácil, alguacil**

*La puta madre. Ya mosquitos otra vez.*

**10. No tan difícil, abogado**

*Yendo rápido, no llegas.*

**11. Mao Tse Tung**

**12. El fondo más espeluznante todavía tiene sótano**

*Después de la mentira, la verdad.*

**13. Perdidamente**

**14. Circunstancias no difíciles: satánicas**

*El sótano, debajo, tiene lava.*

**15. Como mar sin horizonte**

**16. Sangre, gritos y primeras impresiones**

**17. Tras las líneas enemigas**

**18. Manoseo**

*¿No me piensan seducir, ni tan siquiera?*

**19. Del Jesuita**

*Tres opciones.*

**20. Malabares, es verdad, pero quirúrgicos**

*Pareja de combate.*

**21. Malhaberes, es verdad, pero ganados con esfuerzo**

**22. Paz y circo**

**23. Todos pasan, sea reo, sea rey, por el retrete**

*Si no tienes la menor privacidad es imposible mantenerte respetable.*

**24. Bambi malo, malo, malo**

*No te creas que la cárcel es mejor que la prisión.*

**25. Supervivencia sin estómago**

*Bulímico: vomito con el dedo.*

**26. Surrección**

*Los menos rudos suelen ser los más valientes.*

**27. La riqueza**

**∞. Como quieras ofender a tus lectores, nada más aconsejado que probar con este tipo de finales**

## 1

**Vaimaca**

*Qué raro que no me llamó. Manos mal que las islas no suelen minar el océano. ¿Luz? ¿Es albor lo que veo? Muy bien. Si te vas a dormir, que no sea por un minutito. Las cosas, en serio. Las dudas, en broma. Las bromas, al tiro - ¿por qué descartar inventiva chilena? Después, te tendré que limpiar, camarote sin norma. Pareces más bien madriguera.*

*Qué dura la vida del lobo de mar... Levantémonos. ¡Epa! ¿Me quieres tirar? De Pacífico tienes el nombre, tan sólo. Mentón, pantalones y pipa. Popeye, dos músculos más y podrían decirnos gemelos. ¡Andando, que todos los vientos alientan a coro! Timón, ve poniéndote linda: ya voy a llevarte mis manos. ¡Despierta Sepé! ¡Buenas nuevas! Es hora de... ¡¡Diablos!!*

Subí, con un salto, los últimos dos escalones. Su cuerpo yacía tendido. Corrí sin pensar hacia él. De sus ojos, pendía la nada. Destress. Apagadas facciones. Retórica muda del rostro. Tajante desdén de la muerte. Traté de sentir, con los dedos, el mínimo pulso. Palpé con la máxima prisa (violando la fe del refrán) y sin pausa. Busqué las arterias, las venas, busqué por lo menos un suave milagro, sin suerte. Traté de -

trancando los codos- hacerle masaje cardíaco. "¡Vamos! ¡Reacciona por Dios!" Y, de pronto, noté, por profuso doquier, evidencia de golpes. El dedo... ¡Jesús! ¡Le faltaba! Por poco fallezco también. "Lo mataron" pensé. "¡Lo mató!" corregí. "¡Tabobá lo mató!" Matemática pura: tan sólo viajábamos tres en el barco. Mi propia salud sostenía sus últimos dedos del borde: ¿vendría por mí? ¡Maldición! Me volví, protegiendo, con brusco pavor, mis espaldas. Las velas, nerviosas también, parecían tratar de soltarse. Tomé, del también tembloroso cajón, un cuchillo. De nuevo giré, con su punta frontal, decidida. ¿Sería certera con otra también decidida delante? Mis ojos buscaban en cada rincón el peligro. Con mucho cuidado, salí. La cubierta bramaba, desierta.

## 2

### **Tabobá**

*La puñalada que jamás esperarías del océano.*

*Qué ruda claridad... ¿Es mediodía? Me dejaron descansar, ¿habrán caído por la borda? Levantémonos, ¡es tarde! Por lo menos el almuerzo lo tendrán encaminado. Sus estómagos, en ellos, son los únicos puntuales. Allá*

*vamos." ¿Qué? ¿No quieren compartir aperitivo con... ¡Dios mío!*

Tropecé. Con lo que vi, se me soltaron de los párpados las últimas lagañas y, la flema, de los pies. ¡Qué truculento sobresalto! Se trataba de Sepé, petrificado de facciones, absolutamente pálido, con todos los indicios de los muertos. Intenté resucitarlo con clamor, respiración artificial y bofetadas, pero no recuperaba, más allá del griterío de mis súplicas, el mínimo color. Seguía tieso. De repente, mis pupilas, empañadas de los nervios, comenzaron a ganar un poco más de claridad. Por poco caigo yo también: estaba claro que su muerte, para nada natural, había sido provocada. Le faltaba medio dedo de la mano. "¡Vai..." Casi lo llamo, pero, Dios, allí por fin me desperté. Sin bien había camarote para más, en el velero navegábamos apenas tres personas. Enseguida comprendí mi situación, ¡lo peligroso que resulta ser el único testigo! Tomé rápido, del piso -de común, allí se guardan herramientas y repuestos- un garrote de metal. Cerré la tapa del cajón y controlé mi rededor. Era difícil no sentir, en un espacio tan pequeño sobre todo, dos pupilas en la nuca. Las ventanas permitían atisbar el exterior. ¿Me trataría de matar? ¿Y yo podría reducirlo? Muy difícil, en verdad, considerando la bravura de su fuerza. Le tendría que pegar sin titubeos; ¡con la fértil amistad que nos unía maldición! Las sacudidas del Pacífico bramaban en las velas. Caminé, con el cuidado de los

buenos, escalón por escalón a la cubierta. Distráida con el viento, parecía no saber lo sucedido. Mis erráticas pupilas contrastaban con la paz inamovible, pertinaz, del horizonte. No podía dar un paso sin tomarme de los nervios. Los segundos acechaban, pero no tenía claro desde dónde. Recorrí los quince metros a la proa con atenta precaución a los relieves del camino: los felinos se consiguen esconder ¡agazapar! en los lugares más insólitos. No pude regresar; ¿me cortarían los tobillos a través de las ventanas? Simplemente me quedé, de pantalón a la baranda, con los ojos en la popa. Por el sol, se nos había desviado la derrota. Por mi parte, ya ninguno de mis músculos estaban a las órdenes del barco: no pensaba preocuparme por las velas. Empuñé mi corazón. El caño todo palpitó, como prendido de mis manos.

### 3

## Vaimaca

*Cada rincón de los barcos esconde depósitos, tanques y cajas. También la cubierta. Sus tapas, en bello mosaico, conforman el piso, de modo que puedes andar por encima sin mucho traspíe: te permiten poner el talón y, si bien los veleros le saben sacar al espacio sus últimas, últimas gotas, jamás*

sospeché que pudiera caber, en un solo cajón, un adulto. Por dentro, parecen más grandes. Espero que -lejos de mí- Tabobá no lo sepa tampoco. Los locos así, de común, enloquecen con fuerza. Tendré que manchar mi cuchillo primero. Después, preguntarle - si sigue con vida- por qué cometió semejante barbarie. ¡Jesús! Lo sentí caminar por encima. Quizás regresó por babor. No lo sé. Ya debieron pasar unas horas. Minutos o días. Privados de luz, los relojes parecen ruletas. Con miedo, parecen tifones. Tifones parecen las olas, por Dios. Romperé la pared del depósito: creo que da, más o menos, al baño común. Con el ruido del mar, tan intenso, los golpes que tenga que dar en la fibra serán un susurro. No puedo salir por la tapa sin grave peligro. Tenemos aquí, como todo depósito debe tener, un martillo.

Rompí la pared sin mayores problemas, grietita por grieta. Las partes internas de todo velero, ménage, divisiones y cuerpos, son siempre delgadas en pos del espacio. Comer de los mares ayuda. Salud y pescado -lo sabes de todos los médicos- van de la mano.

*Perfecto. Ya puedo pasar, me parece. Probemos... ¿Qué son unos pocos rasguños al lado del dedo del pobre Sepé? Bien, rompamos las últimas lascas. Si sólo tuviera dos putos fotones de luz... ¿Qué demonios es esto? Quizás, ¿un armario por dentro? Sin dudas. Abrámoslo... ¡Cáspitas Dios! ¡Es su cuarto!*

*Tranqué por adentro. Muy bien. Pues ahora, ¿qué sigue? Veamos... Quizás haya pistas aquí. Descubrir*

*intenciones, a veces, preserva. Tener una pauta del móvil, ayuda. ¿Por qué, Tabobá? Si me matas, al menos querré conocer el motivo. ¿Me quieres decir qué desórdenes mascan tus muelas?! Qué rara manía del hombre: saber. Qué profunda micosis, aún en momentos urgentes. ¡O tristes! "¿¡Por qué!?" se preguntan los deudos, llorando. Si debo matarte, no quiero que sea, sin más, porque tú no me mates a mí. ¿Qué maldad te conduce? ¿Cuál sangre será la siguiente? ¿Qué daños mayores evito? No somos iguales: yo sé, por lo menos, que, luego de ti, ya no voy a volver a matar. Pero ¿tú, Tabobá? Si me matas a mí, ¿cuántos siguen después? ¿Hasta dónde descienden tus planes?*

## 4

### **Tabobá**

*Temores íntimos. Sencilla matemática.*

*No pudo nada más evaporarse... ¡Sólo falta que vacíe las alforjas! ¿Dónde diablos se metió? Quizás Sepé logró tirarlo por la borda. Qué confusa situación... En ese caso, ¿quién ha sido, de los dos, el agresor original? No son iguales: con el golpe que respondes haces mucho menos mal que con el golpe que, primero, te pegaron. Haces bien, en ocasiones. El cadáver cada vez está más pálido... ¡Por Dios! Si sobrevivo, voy a ser el sospechoso principal. "¿Usted dormía mientras*

*ellos se mataban?" Qué ridículo tener que contestar "exactamente, señoría. No vi nada". Por favor, ¡en un velero! Pasaré por mentiroso, maldición, en el mejor de los supuestos - y, si no, por papanatas. Nunca más me mirarán sin desconfianza. Ni los suyos ni los míos. ¿Estoy solo? ¿Puede ser? He revisado cada frase, cada sílaba del barco; cada letra, cada coma, sin hallar un solo punto de Vaimaca. Comeré. Desayunar es -como quien llegara tarde de bailar- el más sabroso de los postres. Ni Sepé, con sus falanges a la vista, ¡con su grito terminal entre los dientes!, es capaz de discutir el apetito. Ya después vomitaré - pero comido por lo menos, ya con otras energías.*

*Tú, Sepé, ¿me tirarías al océano? ¿Jamás? Entonces bien, ¿me fumarías por semanas? Esta clase de veleros, no lo tengo que decir, no tienen morgue.*

*Con el salto que pegué para librarme del colchón, pasé por alto, como tiro por las nubes, ir al baño. Tengo ganas, pero dados los sucesos, necesito, como debes entender, del de mi propio camarote. ¿Tú podrías soportar los inodoros de dos muertos tan recientes? Por favor... Cuando no sabes, ni siquiera, de qué forma se mataron entre sí.*

*Cláck clàck*

*¡Está trancado maldición!*

*Saqué la mano del pestillo con el mismo chicotazo maquinal del que se quema. ¡Santo Dios! Estaba dentro de mi cuarto, bajo llave. De seguro,*

revolviéndome las cosas. No faltó reborbotar, entre mis férvidos, confusos sentimientos, la vergüenza.

## 5

### Vaimaca

*¡Qué locura, Jesús! ¡Cómo pudo traer estas fotos al barco! Qué torpe Caín. De seguro, Sepé se las vio. Qué desastre... Con tantas mujeres ¿y justo le gusta la suya? Cabeza de corcho. Carótida cruda. Desastre de socio. Palabra de lápiz escrita con zurda. Jamás nos diremos amigos de nuevo. Lo poco de bueno que tiene la vida, caído del árbol. Haberlo matado resulta, tal vez, algo más perdonable. Mi Dios... Un momento... Quizás, ya tenía pensado matarlo. Quizás el océano, mero peón, forma parte del plan. ¿Qué mejor que tapar la labor con el mar de secuaz? Sin cadáver, jamás hubo crimen. Después, era fácil decir "las isleñas... Ya sabes, Didé, cómo son: al comienzo te miran y, luego, te casan. Con ese." Podrán terminarse las hojas del libro, quizás, pero no las historias posibles: "había tormenta. Las olas pasaban la punta del mástil, ¡rompían encima del barco! De pronto, cayó por la borda. La furia del mar lo tragó. Me tiré para ver si podía salvarlo... Lo siento, Didé." Para colmo, yo no zarparía con ellos: Sepé me subió de los pelos al barco. Sabía poner a sus pobres amigos en marcha:" si no trabajaras,*

*Vaimaca, las cosas serían iguales, por Dios - pero, tú, muy distinto. La mano del mar borraré tus ojeras." Así de feliz. Con razón Tabobá parecía no tan insistente conmigo. De pronto, por fuera del plan inicial, debería, también, deshacerse de mí. ¿Por qué sigo con vida? Quizás se trabaron en lucha, Sepé lo logró malherir y no pudo matarme por falta de fuerzas. Tal vez lo tiró por la borda, volvió con sus últimos pasos y ya sin milagro posible, murió. Quizás, bien, esos pasos que, presa del miedo, sentí caminar por encima de mí, fueron sólo las olas golpeando*

*Cláck clàck*

*¡Putá madre!*

Tomé la verdad por sus mangos. Martillo solar y cuchillo de punta.

## 6

### **Tabobá**

*Como los teros; y con trampa de ventrílocuo.*

*Por cierto, ya jamás podré jactarme de sagaz... Yo, que me puse tan feliz de que viniera. Qué precaria comprensión la de mi lógica, sin creces. Picardía de los dioses o sadismo del poeta: mucho más que los que tienen el diagnóstico, los locos de temer son, justamente, los que menos lo parecen.*

*Es difícil olvidarse de la meta para sólo disfrutar del recorrido, sin pañales. He tenido que mojar mis pantalones; pero no despegaré, de mis incólumes pupilas, el pestillo. Si se mueve -tú, lector, que no le temes a los verbos- quizás seas salpicado.*

De perfil, como de béisbol, mi garrote preparaba su reacción. Una mandíbula sería de cristal ante su súbito bombazo.

*¿Qué demonios? ¿Veo bien? Está pasándome, maldito sin tabúes, una carta por debajo de la puerta? Vaya dotes literarios... es larguísima. Veamos...*

Amigo,

los hechos no suelen hacernos justicia. Si quieres hablar -o leer- te diré mis peores pecados: verás que no pueden, jamás, definirme.

Parecen nefastos adrede; ¡parecen resueltos a no contentar! ¿Has leído, por mero despiste quizás, lo peor de los grandes autores? Es malo, ¡malísimo! Cuesta creer que Dioí publicara sus cuentos en vida. Sin dudas, allí lo comprendes en un santiamén: el poeta se debe mirar a la luz de sus versos mejores. Así las personas. ¡Así los

marinos! Así los amigos. Pongamos nariz al futuro. ¿No hueles perfumes bellísimos? Vienen de flores reales. Amor. Noche buenas. Estrellas y luna. Didé. Juraremos hablar del futuro, tan sólo. No sirve de nada mirar el pasado con lupa. ¡Pasado! Borremos, por Dios, esa fea palabra del léxico. Vamos a ver hasta dónde llegamos si sólo sabemos decir "adelante". Plus ultra, marino. Dejemos atrás el

-¡¡Jueputaaaaaa...!!

Si no fuera por el grito que pegó, jamás hubiera reaccionado. Fantasmal, apareció desde la popa, por la puerta principal de la cabina, mientras yo, concienzudísimo lector, estaba medio distraído con su carta. ¿De qué forma, maldición, logró salir del camarote? No podía preguntármelo: Vaimaca se ceñía sobre mí, con sendas armas en los puños. Cambié, rápido, su trampa de papel por mi garrote. Me trataba de matar, no muy seguro. Me pinchó los antebrazos. Yo tampoco conseguía reventarle la cabeza con un último, seguro garrotazo. Por alguna contraquímica mental, nos empujábamos, más bien. El forcejeo fue llevándonos afuera. Pisoteamos a Sepé. Nos desgarramos alaridos. Tumbos. Vértigo. Caótica

violencia. Dolor físico. Dolor. El aire ronca. Los pulmones aferrados al oxígeno. Rodillas y nudillos. Golpes. Viento. Carne. Dientes. Mar mareado. ¿Sospechabas los orígenes acuáticos del término “mareo”? Los tifones se llevaban sus relámpagos, ¡huían de nosotros! La cubierta resbalaba por la lucha. Parecíamos Palacios y Zorrilla, furibundos, aporreándose con versos. ¡San Martín perdiendo toda santidad con Almafuerte! Confusión. Golpiza mutua. Pelo. Músculos. Las sogas de las velas, enredadas. El océano bañaba la cubierta. Malas artes. Rodillazos y testículos en boga. Cabezazos y mordidas y codazos y nudillos en los ojos y candados de nariz y zancadillas y caímos por la borda.

Tan abrupto como suena. Por igual. Sin una coma.

## 7

### **Vaimaca**

*Ni delfín ni tiburón.*

¡Pat - splasshh!! El agua, de golpe, nos hizo soltar. A los perros -no tan diferentes quizás- un baldazo también los separa. La fuerza del peso logró

sumergirnos bastante. De golpe, la paz del silencio sonó tentadora.

Simplemente me quedé, como las algas, que no temen a las vueltas de la vida. Poseidón me parecía susurrar un arorró. Solté las muelas y, lo mismo que los yoguis meditando, permití que las estrellas me llevaran. Además, por otro lado, ¿qué mejor -¡mejor que máscaras y leyes!- escondite que la muerte? Qué mejor, cuando ni puertas ni depósito lograron protegerme. Ya la paz se me confunde con el cuerpo. Ya mi piel es una sóla con el agua. Ya los pies son uno sólo con mi mar. Ya las escenas de mi vida se proyectan ante mí. Las Navidades, que los jóvenes no suelen valorar y que, después, cuando fallecen los abuelos, los extrañan. La carrera de mamá contra los gélidos segundos del invierno: la polera beso -¡muack!- el pantalón los calcetines la campera la bufanda vuelta vuelta nudo guantes -"tienes lápiz y papel en el bolsillo"- los zapatos el pompón y "que te cubra las orejas". Los partidos a morir, en el baldío Centenario<sup>1</sup> que teníamos a metros del colegio. Las pelotas en el ángulo que sólo colocaba Tabobá. Mis atajadas. Las patadas de Sepé. ¡Su casamiento! Los veranos en el yacht. Las travesías sin permiso, más allá del horizonte. La gaviota que solía no volver y se quedaba navegando con nosotros, a las órdenes del barco. Las maniobras imposibles que

---

<sup>1</sup> Circo más importante de Uruguay

sabíamos hacer. La fabulosa claridad con que veíamos, debajo de las olas, las corrientes verdaderas. Conocíamos el mar. Nos orientábamos sin brújula. ¿Sextante? Lo llevábamos, preciso como pocos, natural en las pupilas. Nunca nadie se sintió tan familiar como nosotros en el agua. Por la noche, parecíamos astrónomos: aún cuando los negros nubarrones las vinieran a tapar, adivinábamos la justa posición de las estrellas. Parecíamos astrólogos más bien, pero jamás desorientábamos el rumbo. Los relámpagos, en morse, nos hablaban de los vientos y nosotros comprendíamos lo mismo que si fuera castellano. Los peligros del coral y su belleza. Los delfines escoltándonos. El sol. Las mantarrayas que bajábamos a ver. La delicada majestad de las ballenas. Sus barítonos coloquios. Los islotes y los golfos. Las ideas y los sueños. Las eternas madrugadas ajustando los detalles: es difícil dar un golpe que se precie sin un plan que te conduzca. Croquis, túneles y coimas. Una vez con el botín, escaparíamos cubiertos por el cielo, navegando, nada más, bajo la densa protección de la tormenta. No podrían encontrarnos ni buscando con satélite. Sabíamos, lo mismo que Colón o Magallanes, navegar en un tifón. Evitaríamos el sol a toda costa. ¿Para qué se lo podría precisar, con los relámpagos de faro? La botella de champán con la que pronto brindaríamos, a salvo de gendarmes y pobreza. Las...

*¡Por Dios! ¡Estoy ahogándome!*

La fea sensación deshizo todo lo romántico del trance. Decidí recuperar la superficie. Brazo brazo pierna pierna brazo brazo pierna pierna brazo brazo pierna pierna brazo brazo pierna pierna manotazo manotazo manotazo maldición estaba mucho más abajo de lo ng ng ng ngngng manotazo manotazo no lo pude controlar: en un impulso del reflejo, respiré con una vasta bocanada. Los ahogados aparecen, de común, con los pulmones inundados, ¿lo sabías? Es por eso que no puedes, aunque pongas un empeño demoníaco, dejar de respirar hasta morir. Es un instinto que ya viene programado. Cuando -ya sin el dominio de mi pecho- respiré, salí justito. Me costó, pero logré sentar (enclenques) unas bases con la terca superficie del océano. Las horas a granel de chapoteo cuando niños ayudaron de seguro. Tabobá no se veía. Por momentos, submarina comezón, me parecía que venía por abajo... pero, lentos, los segundos lo volvían cada vez un poco más irrealizable. No sabía si, tragado por el mar, había muerto -pretensión enteramente verosímil- o si, lejos de morir, estaba ya de carcajadas en el barco. Pues muy bien. En ese caso, me tendría que matar: ahogado no me moriría. ¡Cuánta muerte por mi léxico, con tanto diccionario! La silueta del velero parecía disfrazarse con las olas. El apremio todavía no cesaba. Sin un poco (toneladas) de fortuna, la marea nos iría distanciando más y más. Até corrientes con mis puños. Le deshice los tentáculos al miedo. Mis brazadas

agitaron las orillas en los cinco continentes. Me prendí del tiburón que me rondaba, le pegué con los talones y salió, como Bucéfalo, tratando de morder a toda costa las cubiertas del velero. No sé cómo, me tomé de la cubierta, con las uñas. Le dejé grandilocuentes arañazos a la fibra -me dejó sus objeciones en la piel- pero subí.

Jamás había vomitado, ni borracho de jerez, una cubierta. Las arcadas se vertían como mar. La sal salía como fuego. Cataratas. El velero zozobró: las olas eran mucho menos peligrosas que mi vómito, por cierto.

Me paré, por más que todo me temblara todavía. Ni siquiera me podía demorar en respirar. Aún quedaba por saber si Tabobá me mataría. Cosa rara, si tomábamos en cuenta que, malvado por malvado, mordería su maldita yugular con el espíritu perdido por perdido. Mis amígdalas bramaban. No pasé por el cajón de los cubiertos: esta vez me bastaría con los dientes. Caminé sobre Sepé. Moví las cosas a patadas. Abrí todos los pestillos sin el mínimo cuidado. Lo llamé, vociferando desafíos. "¡Tabobá! ¡Si no me matas enseguida, sufrirás hasta quedar sin una súplica colgando de tus labios!" Lo busqué por los rincones del velero, por los baños, la salita del motor y los depósitos. Rompí los escondites. Abrí todos los cajones. Levanté sopas de letras y cuadernos... pero nada. Lamenté profundamente que las olas lo tuvieran a resguardo. Las maldije. ¡Las maldije! Corrí rápido, trepé los escalones

a cubierta, di dos pasos y salté por la baranda. ¡Lo quería rescatar para matarlo con mis dedos! Lo busqué. Bajé con muelas y testículos al fondo del océano. Volví, con el hervor sobre la piel y con los puños con arena. ¡Con arena sin pisadas! Nada más. Como si fuera su pescuezo, la mordí. ¡Como si fuera Tabobá! Recién allí me fui calmando. Trituré los minerales; desgrané su paleolítica crocancia. Cuando hiervas del rencor, mastica piedras: vas a ver que se te pasa.

Vaya giro de timón. Al parecer, estaba sólo. Con Sepé. Seguramente, tu también coincidirás: el agua logra despertar el apetito. Tanto más, cuando no comes hace páginas. Entré. Los alfajores enlatados embutían la despensa. La fragancia del dulzor se desbordaba de los tarros. No duraron mucho más de lo que lleva terminar este renglón.

Las tripas todas apretaban y los pobres alfajores enseguida reclamaron libertad. Bajé con agua los que no se decidían a bajar. ¡Con agua dulce, finalmente! Romperíamos las lanzas en el baño.

Me senté. Los pantalones, agotados, descansaban en el piso. Concentré meditación y, ya sin flancos que cubrir, me liberé.

Con cicerona fluidez, el soliloquio discurría sin tropiezos - pero, bien, en un momento, pareció tartamudear. Había algo, pero ¿qué? Quizás un diente. Pasé lista con la punta de la lengua que, tal vez, en el

fragor, algún peón había sido desgajado por un golpe sin que yo me diera cuenta. Sin embargo, veteranos de la lid, estaban todos. Era grande: me paré para palpar esa rarísima dureza con la mano.

*¿Qué demonis sobresale?*

La tomé, para sacarla por completo del esfínter.

*No no no... ¡La puta madre! ¡No no no! ¡Qué conclusiones indecibles! ¡Qué funesta pesadilla! ¡Dios despiértame!*

Caí como rendido, de rodillas. Se trataba, cadavérico, del dedo de Sepé, medianamente digerido. Qué tristeza tremebunda. Me quedé, con las pupilas sin espíritu, mirándolo. Mirándolo ¡Jesús! con el mentón por el ombligo. Comprendí la pesadilla de los locos en sus raptos de cordura.

*¿Puede ser? ¿He sido yo? ¡Perdón Sepé! Perdón y gracias, inocente Tabobá, que me tenías que matar, en buena ley, con ese fierro, pero no me reventaste la cabeza. ¿Puede ser!? ¿Así tan fácil enloquecen las personas? ¿Es así, sin la menor imprecación, que las neuronas se desatan? Desconfío... ¡Desconfío maldición! Me dejaré, para poderlo comprobar, alguna pista por escrito. ¿Cómo dónde? ¿Dónde más? A donde sé que volveré sin importar las circunstancias.*

Me paré. Mi pobre mente tambaleaba mucho más que la marea. Qué difícil dar un paso cuando todas

las neuronas se te mueven... Caminé, con imposible decisión, al cajoncito de mi cuarto.

*Yo te tengo por aquí...*

Se me mostró como con ganas de cosquillas.

*Ven aquí...*

Lo levanté, como si fuera de pielcita de bebé.

*Cuaderno mío, también hoy, por más que falte lucidez, escribiremos maravillas.*

Sin tapones. Es así como florecen los milagros.

*¡Es así como florecen los artistas! Es así como se peinan y despeinan las fantásticas ideas de los tallos. ¿O jamás han sido cuerdos -los poetas, de dormir- de desatar los inventores?*

Abrí rápido las hojas. Cuando quise relatarme las sospechas y los hechos levanté, como con pánico, la pluma.

*Qué demonios... "Es así como florecen los milagros."*

No sin gélido pavor, seguí subiendo, con los ojos en penumbras, a través de los renglones. Resultaban verdaderamente duros de leer.

*"Lo levanté, como si fuera de pielcita de bebé."*

También a mí, como quizás a los lectores, me costó terriblemente comprenderlo.

*Santo cielo... ¿Cuántas veces he venido, maldición, para dejarme toda clase de misivas, prevenciones y preguntas?*

El mareo confundía la secuencia de los párrafos. Había, por doquier, anotaciones de diversa gravedad, pero ¿podía reputarlas como ciertas? Unas pocas, cuya génesis tampoco se podía comprobar, aparecían subrayadas. "Estoy sólo", por ejemplo. Las palabras, en verdad, no se veían engañosas. Hay un timbre singular del mentiroso que se puede percibir por intermedio de su voz - pero también por intermedio de su puño. Mis neuronas se movieron...

"Estoy sólo"...

Por alguna contorsión particular, las letras eran fidedignas. Además, con un estrato que no pueden imprimir las rotativas, capa trémulas tras capa, la mención había sido subrayada varias veces. ¿Eso qué significaba?

De la forma que muchísimas personas obsesivas cuando salen de sus casas inmediateamente luego de trancar y de subir a sus vehículos regresan a palpar la cerradura de la puerta, yo también necesité verificar que ni Sepé ni su cadáver estuvieran un milímetro corridos de su sitio. Prorrumpí del camarote con nerviosa convicción pero, chocándome de lleno con la nada, comprobé que las palabras anotadas eran ciertas. Otra vez las subrayé, como poniéndoles verdad.

¿Habría más anotaciones subrayadas? Ciertamente, lo temí. Petrificado del temor, volví la página:

"Cambiar frecuentemente los apósitos del dedo."

¿Los apósitos del dedo?

Cuando casi me pregunto "¿de qué dedo?", me lo vi. Lo que quedaba, por los menos. El apósito brillaba, pero no por su presencia. Ver aquello fue, quizás, el aliciente más fantástico que nunca recibí, con sus pedazos a la vista, con las marcas ¿de mis dientes? en los restos de su piel. Lo levanté como levantas un trofeo, con las venas y los nervios por allí, deshilachados.

*Estoy loco, si señor, ¡pero no soy un asesino!*

Me lo dije con las lágrimas brotando como flores.

*Estoy loco, ¡cómo no! Pero Sepé, como regalo de la virgen, está vivo.*

Lo sentía, con el golpe del ariete, palpitar en el muñón. ¡Se desarmaba por salir! El corazón, a toda bomba, parecía que trataba de fugarse por el dedo que faltaba.

*-¡De rodillas! ¡¡De rodillas!!*

En segundos me tenían esposado, de nariz en los testículos. Reía, con feliz felicidad. Estaba loco, pero dos de mis amigos, otra vez, estaban vivos. Me sacaron del velero, me subieron, sin pedir ni preguntar, en un

lanchón y, tras un rápido tirón, me detuvieron en un buque militar.

## 8

### Apercibido

Vi mis dientes, con perfecta claridad, quedar clavados en la puerta. Las trompadas, ciertamente, te destraban la memoria, pero, bien, el plan estaba funcionando. No se puede recordar lo que pasó mientras tenías el cerebro descosido por la sal. ¿Por la razón o por la fuerza? No podrían ni con una ni con otra, más allá de que tuvieran de las dos. Cuando naufragues, no te vayas a tentar, si te terminas las reservas, con el agua del océano. Las células, por ósmosis, intentan compensar el -cuatro veces superior-exceso tóxico de sal en el entorno, liberando, sin escrúpulos, el agua. Se vacían de su líquido lo mismo que los dátiles y quedan como pasas - incluidas las neuronas. Una vez deshidratadas es común alucinar. Diversos naufragos que, ya sin agua dulce que beber (aún sabiendo sus efectos) ingirieron la del mar, como saltaban los antiguos navegantes a los cantos de sirenas,

han saltado de sus botes salvavidas a los mismos tiburones confundiéndolos con islas.

En verdad (porque los héroes somos hombres) a la mínima tortura los hubiera delatado. Tanto más cuanto que, lejos de guardar mancomunidad, los dos habían escapado con mi parte del botín.

-Del cirujano, ¿qué más sabes? Dinos, ¿dónde se bajó?

Se referían a Sepé. También los médicos delinquen. Por lo menos, en su caso, se trataba de delitos económicos y no profesionales.

-¿Y del otro?

-Se largaron mientras yo, como les dije, deliraba por el agua del océano. No sé las coordenadas. La bebí, precisamente, para no tener idea. No sé cuándo. No sé dónde. Ni siquiera sé si siguen en el mar, si naufragaron o si ya se dividieron otra vez. Quizás alguno de los dos desembarcó: los archipiélagos son miles y, los miles, casi tantos como son los archipiélagos. Así, ¿de qué manera les podría responder sin martingala? Sólo sé que se llevaron el gomón y que tenían combustible para días o semanas.

Mis captores se miraron, ya sin mucho por hacer. El detector, con puntillosa pertinacia, validaba mis respuestas. Cuando vieron que, de veras, no tenían mucha más información para sacarme, comenzaron a

tratarme con somera cortesía. Me llevaron otra vez al calabozo, pero ya sin intentar amedrentarme con vetustas amenazas de taberna. No los juzgo: comprendían que las horas avanzaban en su contra. No querían que los prófugos pudieran alejarse demasiado de la zona, pero yo, sinceramente, no podía, ni siquiera, señalar el calendario con certeza. Para mí podía ser domingo, miércoles o Júpiter y, muy a su pesar, interrogándome jamás conseguirían más respuestas que tirándose los dados. Perdí toda referencia temporal. Intoxicado por la sal, no distinguía la mañana de la noche. Ya, quizás, hacía días que mis cómplices estaban navegando.

Procurábamos huir con el botín bajo la densa protección de la tormenta. No se puede perseguir a los fantasmas: mar picado borra todas las estelas. Tú, lector, ¿has navegado? ¿Me comprendes? En el mar, el clima brilla por inhóspito. Con viento, las lloviznas enciegan y, sin viento, la neblina cobra forma de pared. Las islas cubren mucho menos que las olas y la loca, colosal, inacabable vastedad, es un obstáculo que no se soluciona ni con todos los navíos del planeta. La distancia que permite divisar el horizonte se podría comparar con lo que vemos de los libros -nos parece que los vemos, pero no- si no miramos otra cosa que sus tapas. Son distancias astronómicas. Los puertos naturales sin aduana ni controles, son, al fin, innumerables. Sin radar ni transmisores encendidos,

no podrían encontrarnos. Nuestra búsqueda sería, según toda previsión, como rastrear un electrón en el espacio.

Pero, bien, los planes tienen, comúnmente, puntos ciegos. A pesar de que cumplimos con movernos en el mes de las tormentas, una noche, cuando vimos un retazo de la luna, comprendimos el agujero: por alguna sinrazón climatológica, tal vez habría sol y como, tosco, sin modales, el azar disfruta tanto de mostrarnos por la vía de los hechos quién decide sobre quién, así pasó. Nos esforzamos por buscar al menos una nubecilla, pero nada. Cuando vimos que Jesús y que la Virgen demoraban en oír nuestras plegarias, decidimos separarnos. Los que saben invertir, diversifican. Beber agua del océano no fue sino la forma de que, siendo torturado, no pudiera responder con un indicio ni siquiera. ¡Que me dieran la razón los detectores de mentiras! Esta vez, que no quedaran cabos sueltos. Insolvencia, contador, no significa bancarrota. Si lograban descubrirme, no debían atraparme con recuerdos.

Veranillo, maldición, de San Satán. Hicimos bien en extremar las precauciones. Al final, las nubes no se reagruparon: su cobarde desbandada terminó como las fuerzas unitarias en Guayabos. Una vez incriminado por el sol y malversado por la suerte, les bastó que se pusiera de su lado para dar con mi derrota.

## 9

**No tan fácil, alguacil**

*La puta madre. Ya mosquitos otra vez.*

-En el derecho lo que cuentan son las formas, no los hechos. Y las pruebas, como todos los apéndices, lo justo, nada más. Es muy sencillo: lo que sea que les hayas que tenido que decir en la fragata no tendrá ningún valor para los jueces. No te digo que los van a reprender por las trompadas que cobraste, pero nadie te dará, con semejantes garantías, por confeso. No vivimos en el régimen soviético de Stalin. Además, aún estabas, les diremos, bajo todos los efectos de la sal: con las neuronas despeinadas. Además, no te prendieron con las manos en la masa ni los pies sobre las flores. Además, colaboraste sin excusas. Además, se condujeron sin heridos. Además, ante los jueces, tienes todas las benditas garantías de la ley: podrás faltar a la verdad sin detectores de mentiras, amenazas ni golpizas. Además, tú ¿qué demonios te robaste, si no tienes un chelín en los bolsillos? Eso sí, yo, por amor a los ladrones, no trabajo: doy por hecho que los tienes.

Que primero me salvara de la cárcel; ya después vería cómo le pagaba. Parecía, ciertamente, muy confiado.

-Bien, doctor. Un abogado talentoso no se debe malgastar con verdaderos inocentes.

-¡El horario de visitas terminóoo!

La voz del guardia nos sirvió de despedida. Nos tocamos con el puño con precisa corrección y nos tocamos la mirada con correcta precisión. En ese gesto, comprendí que comprendía: si perdíamos, tendría que mudarme del tranquilo calabozo donde pasan unas horas los borrachos a la cárcel de verdad, donde podrían ambientarse todo tipo de novelas de terror. Heroicas, bélicas y trágicas. Eróticas. Allí, la pluma brava no precisa del autor: la realidad, más creativa que Nerón, escribe sólo. Ni caín ni Lucifer son personajes mitológicos en esa dimensión. Ni Lucifer ni la corriente circunstancia de morir son lo peor con que te puedes encontrar en la prisión.

## 10

### **No tan difícil, abogado**

*Yendo rápido, no llegas.*

El fiscal llenó la sala con su voz de funcionario, carrasposa de los termos de café, las media tardes soñolientas y los poco promisorios, soñolientos despertares:

-Señor juez, si no tuviéramos el parte de captura, la bitácora falseada, las secuencias de las cámaras de todos los comercios de la zona, las llamadas y las huellas que dejaron por doquier, quizás diría que probar la relación del acusado con los hechos en cuestión sería fácil. Pero, bien, con semejantes evidencias, nada más he de decir, directamente, que su nexa criminal está probado.

-Vaya forma del derecho, señor juez. Caliguliana, le podríamos decir.

El abogado se paró sin esperar a que le dieran la palabra. Tras un breve santiamén, siguió diciendo, con tajante cortesía:

-Vean esto por favor...

En la pantalla, reprodujo, para risa del fiscal, unas imágenes tomadas de las cámaras de varios

comerciantes de la zona donde, casi por doquier, aparecían transeúntes con conductas ciertamente singulares.

-Todas son en los perímetros del robo, pero sólo mi cliente se conquista las sospechas. El fiscal podrá reírse cuanto guste, pero no podrá decir que se conduce con justicia.

Sobran locos en las calles, es verdad. La pasta base, las cuñadas más bonitas que las novias y las cuentas por pagar desequilibran a cualquiera. ¿Quién jamás ha caminado con el mar embravecido por debajo del cordón? Si la vereda, con el mínimo contacto del talón, no se te mueve, considérate dichoso - pero guárdate, lector, de no vivir lo suficiente. La desdicha forma parte de las buenas efemérides.

-También ha mencionado las llamadas. A propósito, fiscal, es de temer lo que podría descubrirse de cualquiera de nosotros si tuviéramos pinchados los teléfonos.

Perdido por perdido, presionó como con cara de tener información desagradable sobre muchos antipáticos presentes. Nadie quiso discutirsele. Tal vez, en el ambiente, los pecados se terminan conociendo. No lo dudes: en tu círculo se sabe sobre ti, quizás con lujo de detalles, ¡a color! O, por lo menos, se sospecha. Doctorísima, la voz del abogado defensor tenía dientes:

-Además, seré curioso: cuando dijo, con remate de Demóstenes, "las huellas que dejaron por doquier", ¿a qué se quiso referir? -la pausa toda cobró fuerza con el límpido sonido de sus tacos- ¿a las huellas dactilares? Es, apenas, un recurso metafórico, supongo, porque huellas dactilares no pudieron encontrarse. Sin embargo, la verdad no necesita de metáforas. El parte de captura, por su parte (si me dejan redundar) es un rosario de loores a favor de mi cliente, que jamás se resistió, que no tenía sobre sí ni la menor evocación de los artículos faltantes (que no pueden, en virtud de los escasos elementos objetivos que tenemos, reputarse de robados) que no fue, como sabemos, sorprendido con los prófugos y que, para tristeza del país y para culpa del estado, tan punible como todos, fue, según el testimonio de su cuerpo, torturado. Mi cliente, si dejáramos de lado los disfraces estilísticos, ha sido, mucho más que detenido, secuestrado.

Fue lo mismo que sacarles su feliz rompecabezas y rompérselo. Tenían, en rigor, todas las piezas necesarias, pero, bien, necesitaban ordenarlas otra vez. Y prolijitos.

¿Qué ganábamos nosotros? Aunque ya no tengan otro matemático destino que morir en el océano, los naufragos estiran las narices por un poco más de tiempo.

La dialéctica lodosa rindió frutos. El fiscal, empantanado, se debía conformar con que, de nuevo, me llevaran a dormir al calabozo, pero no me marcarían en la cárcel esa noche.

Me paré casi colgado del sostén del alguacil y, yo si bien no le ponía resistencia, percibí que mientras íbamos saliendo me llevaba con más fuerza de la sobrenecesaria. Pero ya, cuando salimos al pasillo, se sintió con algo más de libertad y sus primeros tironcitos se volvieron sacudones. “Tenlas bien, que no se zafen”, se burló mientras ceñía mis esposas otro poco. Por la cara, ni siquiera parecía disfrutar de su miseria. Las pupilas le sangraban: hay miradas resentidas, que ni Dios apareciéndoseles vivo, ¡que ni toda la presencia de Jesús! las curaría.

Ya veíamos, al fondo del pasillo, la frugal luminiscencia de la calle. Las baldosas tropezaban con mis pies y las esposas no lograban escaparse de mis puños.

-Si no fuera porque tengo que comer, a los ladrones les daría con un fierro por el culo. Vamos, pégale por mí, que lo merece...

Qué demonios, maldición. Era la voz del abogado.

-Le darán con otra cosa, ten por cierto...

Respondió, mientras me daba de doler en el talón, el aguacil. Aquiles ya -tendón aparte- no podía con su bota. Las...

¡Tuc!

Sentí crujir el universo. Me parece que caí. La vi venir del abogado, ¡qué trompada! ¿Me pensaba traicionar?

-¿Usted también bebió del agua del océano doctor la puta madre?!

Cuando quise reaccionar, la luz del sol me deslumbró. Veía gente recortada por doquier. Había ¿cámaras?

"¡El ojo!" La maraña de las voces enredaba los oídos. "Como vemos claramente, ¡fue golpeado!" Los micrófonos bramaban y los flashes reflejaban la brillante rapidez del abogado. La salvaje multitud de reporteros se peleaba por mi voz como los lobos se disputan un churrasco.

-Por favor, está shockeado.

-¿¡Qué pasó!?

Le preguntaron a granel, al abogado.

-Sólo mírenlo. La sangre dice más que mil palabras.

Unos cuantos camarógrafos ponían en mi pómulo millones de miradas.

-Eso sí, los ciudadanos, que se cuiden, porque mucho más sencillo que prender a los culpables de verdad, es inventarlos a trompadas.

Ahí sí, los periodistas parecieron, mucho más, manifestantes.

-Allí dentro, las respuestas que les tengan para dar serán fantásticas.

Subimos al vehículo, guardamos las cabezas y pusimos las cubiertas a rodar, mientras veíamos al mar de periodistas ingresando como vándalos -ya no manifestantes- a la sala del juzgado.

## 11

### Mao Tse Tung

Aquella cena, la comida me cayó, curiosamente, más pesada. Muy probablemente fuera por tener expectativas otra vez. La noche previa, de contrario, ya sin nada que perder, había sido diferente: con la cárcel asumida, la comida me cayó -poroto más poroto menos- como sol al horizonte.

Pero, bien, ahora ya no me cabía la soberbia, desdeñosa libertad del que se sabe condenado. Todavía titilaban mis estrellas más allá de los oscuros

nubarrones. No pasaban demasiadas ambulancias; era lunes. Los restantes detenidos eran pocos, por fortuna. Muy distinto de los fines de semana, mucho más alborotados. Intenté bajar un poco las ansiosas pulsaciones, pero no me respondían los pedales. Me sentí como de niño, no pudiéndome dormir la noche previa de los reyes o poniéndole, movido por el mar, a Casiopea, mi sextante.

Los adultos somos raros. Nos pasamos recordando, con nostalgia, las cosquillas que sentíamos antaño, de pequeños, y después, si las volvemos a sentir, ¿nos acobardan? Qué senil contradestino. ¡Qué difíciles que somos con la vida por detrás! Yo, por fortuna, la tenía por delante. "Bien, fantástico" -me dije- "Si no duermo, tanto da. Disfrutaré de mis latidos."

Hice bien. Recién allí, se me calmaron. Nuestro cuerpo no parece más sencillo que nosotros: es también enrevesado.

-¡Criminales!

"Maldición. Cuando por fin tenía sueño... Que lo callen como sea", me parece que pensé.

-¡No! ¡No me toquen! ¡Represión! ¡Socorro!  
¡Sáquenme las manos gggggggg ¡me vulneran los derechos! ¡Represióon!

Estoy seguro: lo pensé. De pronto vi que lo traían entre dos, neutralizado del pescuezo.

-Gggggggggggggg

Procuraba, divertido de mirar, clavar los tacos, con urgente zapateo. Pero todo me dejó de provocar hilaridad cuando noté que lo traían a mi celda. Con lo bien que me sentía sin imbéciles al lado... Los gendarmes lo tiraron ante mí, visiblemente soñolientos, y se fueron otra vez hacia la guardia. Por lo menos, ya gritaba con menor ensañamiento. Lo dejé. Quizás también, como sucede con los niños, su berrinche fuera prólogo del sueño. ¡Como suele suceder con las naciones! ¿Has notado cómo tantas incipientes rebeliones eran meras agonías? Melindroso, se movió. Le susurré, con la ternura del actor, un arrorró. Se retorció, con los grititos del bebé. Cuando me vio, quedó prendado de los hechos.

-¿Eres tú?

No respondí, pero, de golpe, pareció resucitar. ¿Cómo podía responder? Si yo, lector, te preguntara, sin más nombre ni detalles, "¿eres tú?", ¿cómo sabrías a quién quiero referirme? Con ayuda de sus manos, se paró. Sacó, soplándolo, su pelo de los ojos.

-¿Eres tú?

-Te desvelaste -respondí- La puta madre.

-¡Sí! ¡Sin dudas eres tú! Si los demás supieran esto no vendrían a buscarme... ¡Se vendrían a quedar! Es un honor estar aquí.

Tendió su mano, con pupilas entusiastas. Los tatuajes le chorreaban por los brazos.

-Mao Tse Tung.

-¿Así te llamas?

-Así mismo.

-Vaya nombre, Mao Tse Tung. Yo soy Vaimaca. Pero, cuéntame, ¿por qué te detuvieron?

-Por estar manifestándome, con otros, por tu pronta libertad. Prendimos fuego las imágenes del rey.

-¿Qué cosa dices? ¿Las imágenes del rey?

-En el juzgado. Las imágenes del rey prendieron fuego las cortinas.

-Maldición. ¿Y las cortinas?

-No lo sé. Cuando venía lo mejor, me detuvieron. Casi todos consiguieron escapar. A los que prenden, comúnmente los separan en distintas seccionales. Es decir que quizás haya, por allí, más compañeros detenidos. Unos pocos, como mucho.

-Muchas gracias, Mao Tse Tung.

Le respondí.

-No pensarás agradecerme con palabras, siendo rico...

Por su rostro, no podía distinguir si lo decía con sincera pretensión.

-Aunque los pobres nos manchemos con dinero, no dejamos de ser pobres.

Contesté. Recién allí, descongelamos el segundo. Las verdades más incómodas se dicen con el tono de la broma. Las mentiras, sin embargo, necesitan gravedad:

-Con mucho gusto. Te sabré retribuir.

Rió de golpe, con el gesto del que dice "por favor, no te molestes". En rigor, no dijo sí, pero tampoco dijo no.

-¡Qué cara rara! ¡Ya distiéndete, que sólo te bromeaba!

Parecía confundirme con un chico de su clase, con ingenua propensión a malgastarse con revueltas baladíes. Por mi lado, le seguí la juventud. Yo no quería terminarle pareciendo, con el alma terminal, un peligroso delincuente.

-¿Cuánto tiempo les llevó planificarlo?

Maldición. Una mirada levemente bonachona de mi parte le bastó para tirarme de la lengua. Pero, bien, ¿a quién le puede disgustar que le pregunten, con atenta

devoción, por sus andanzas? Las mejores aventuras son mejores todavía, según toda petulancia, si se cuentan.

-Este plan nos vino dado. No tuvimos que mover una neurona.

Su mirada cobró cierto no se qué, por un segundo.

-No tan alto, que te pueden escuchar.

Estaba claro que quería que siguiera sin demora. Los oídos son así.

-Comprenderás que no te pueda responder. Es peligroso delatar a cierta clase de políticos.

Sus ojos, esta vez, cobraron duda. Le traté de devolver el interés y no tan sólo por obsequio, sino, bien, por desviarle nuestra plática de rumbo.

-Pero cuéntame de ti, que no pareces ningún tonto.

-Bueno, no, pero lo soy...

Me respondió con agrietada desazón.

-¿Por qué lo dices?

Pregunté, por más que, sí, los dos pensábamos lo mismo.

-Pues estoy en esa puta seccional por defenderte del poder, cuando resulta que delinques en favor del poderoso. Robin Hood en sus antípodas... ¡Le robas a

los ricos para darles a los ricos! Debería defenderte tu patrón y no los jóvenes, honestos, sin maldad.

Y se sentó, con destrozado corazón, en ese parco rinconcito del puchero. Lo miré con desconcierto:

-¿Veó bien? ¿Vas a llorar?

## 12

### **El fondo más espeluznante todavía tiene sótano**

*Después de la mentira, la verdad.*

-El otro día me plantaron un agente, me parece.

La nariz del abogado respingó.

-Con la trompada que te dieron a traición cuando salías del juzgado, no lo dudo.

Su manera de decir las ironías era sádica primero, juguetona de seguido.

-Maldición, el corte duele todavía, si me río. Me lo paso despegando, con ritual dedicación, así no cierra. No queremos salir lindos en las fotos...

-Bien pensado. ¿Cómo fue lo del soplón?

-A medianoche lo llevaron a mi celda, sin pedir un por favor, supuestamente detenido por estar en la

revuelta del juzgado. De los chicos clase media que se mezclan con el under. Ropa rara. Pelo largo. ¿Buen actor? Me preguntó, tranquilamente, por el plan. Me sorprendió, sinceramente. Por las dudas, lo traté de confundir. "Obedecemos a la cúpula política", le dije. Vaya socios. ¿Hice bien? Y... yo qué se. Fue todo muy improvisado. Soy poeta, como debe comprender; no novelista. Como sea, se mostró decepcionado. Lloró lágrimas orondas de verdad. Allí traté de que creyera que bromeaba: "sólo mira mi nariz, cómo creció. Soy inocente". Fue peor; allí lloró desconsolado.

-¿Qué? ¿Los mártires no pueden estar dentro de la ley? De todos modos, fue feliz que te dijeras inocente. No queremos que te graben afirmando lo contrario. Tanto menos, mi Demóstenes, ahora que tenemos tu coartada.

-Si me pudo conseguir una coartada, lo tendré no por doctor, sino por mago.

-Mientras todo sucedía, tú, Vaimaca, te pedías un champán en un hotel a varias horas.

Y me dio, para leer, unas reservas a mi nombre - ¿magna suite?- con un detalle de los gastos - ¿chocolates? ¿bolas tántricas? ¿bufet?- de mi tarjeta, todos ellos en momentos en que yo, supuestamente, me fugaba con mis cómplices en barco.

-No debí falsificar un sólo dato.

Lo miré con desconcierto.

-¿Ni la fecha ni la firma?

-Ni los puntos ni las comas. Me parece que jamás he trabajado (todo gracias a Didé) con evidencia tan real.

Moví los ojos. ¿A Didé?

-Tu situación es complicada. Me reuní con el fiscal: es más astuto de lo tonto que parece. Precisamos algo más que los disturbios. Si no fuera necesario, ten por cierto que jamás te pediría practicar estas respuestas de tan dura digestión.

## 13

### Perdidamente

Del juzgado no quedaban sino sólo las paredes y, del resto de la cuadra, las cenizas. La locura de los vándalos había superado su propósito, quizás. Había casas reducidas a cimientos - y familias a champions, de seguro.

-Las sesiones seguirán en una sala provisoria, no muy lejos. ¿Las respuestas están claras?

-Sí, clarísimas, doctor.

-Será difícil que te puedan sorprender con los distintos escenarios que previmos. Eso sí, como te salgan con cualquier domingo siete, me los dejas. "Objeción", y que se metan en el cauce de las pruebas.

Esta vez tenía miedo de llegar. Como medida cautelar, yo no podía recibir otras visitas que no fueran las que ya puntualicé, del abogado - ni tampoco, ni siquiera bajo rígido control, hacer llamadas. Es decir que, con Didé, nos volveríamos a ver recién allí, bajo la pútrida mirada de la sala.

Las esposas me pesaban otros kilos. Ya sonaban en mi mente las respuestas que tendría que brindar, también incómoda, con clara sencillez, como si nada sucediera. Natural, como si todo fuera cierto. Lo peor es que lo era, nada más que no conmigo.

Caminamos a través de la mirada de cámaras. El tajo sin cerrar, entonces sí, como los férvidos pedazos del amor, era genuino.

¿Que qué somos con Didé? La puta madre que te pésima parió, lector de mierda. ¿Le preguntas tonterías al autor? Allí te dejo su respuesta.

Los escudos alineaban policías a sin fin, en formación antidisturbios. El vallado recorría las veredas, transeúnte. No por esto se volvieron a sus casas a dormir: los periodistas, con perruna voluntad y

con los húmeros de goma, conseguían acercarnos los micrófonos.

Costó, pero llegamos a la puerta. Los estrechos escalones ascendentes descendían para mí. Como con merma de poder, el alguacil, seguramente sancionado por los hechos que conoces, tan confusos, aguardaba. Sus facciones, esta vez, no se verían mucho menos miserables que las mías. Al llegar, tomó mi brazo, contenido. De seguro que sin cámaras hubiera sido menos correctito. Me llevó, como si fuera de cristal, a mi banquillo.

-¿Todo bien? ¿Un cafecito?

Murmuró, mientras su mano me soltaba. No podría describir con precisión los pormenores de la sala: mis neuronas enredaban el ambiente. Ni siquiera recordaba quién había comenzado la sesión, cuando, de golpe, la llamaron. Me pesaban las pupilas. Qué difícil enfrentar la realidad... Como dos rayos en la noche, nos quedamos sin opción: en un momento terminal, ya no podíamos no vernos. Me parece, no sin algo de verdad, que no lloré. Madera, surcos y barniz. Oí su voz sin entender lo que decía demasiado. Lascas. Dios. Quizás mi mente se quedaba solamente con lo lindo. Luna. Gélido calor. El mármol todo parecía despertar con un color incandescente. Las preguntas del fiscal quedaban todas desarmadas. Admiré su santidad. Alcé la vista. La miré sin amargura, mientras ella relataba su feliz fin de

semana con los gastos a mi nombre. Vaya líricos escrípulos. Había decidido delatárseme con tal de protegerme. Yo jamás descubriría sus andanzas: le dejaba las finanzas del hogar, desentendido por completo. La miré como con rara gratitud. Me comprendió. Su voz llenaba mis vacíos. Qué difícil situación para su flaca circunstancia. Por primera vez sentí que me brindaban, con entera plenitud, un corazón. Le sonreí con un amor que trascendía los anillos y las curvas, por primera vez real, probablemente. Nos teníamos, así como se tienen los pulmones y la carne. De mi parte, respondí sin balbuceos las preguntas. Al salir, el alguacil me pellizcó lo que quedaba de mis tímpanos:

-Se nota que le gusta que la cojan entre varios.

Otra vez, los periodistas y las cámaras. Las yemas y la clara derretían los escudos policiales.

-Respondieron estupendamente bien. Ahora sí, será difícil que te puedan condenar. De todos modos, por las dudas, reza todo lo que puedas esta noche. La supuesta probidad y compostura de los jueces no son tales.

Me bajé del automóvil escoltado por dos guardias.

-Yo también tengo pelotas.

Añadió, mientras sus dedos me mostraban un rosario. Qué liviano parecía comparado con la carga que venía de dejarme la joroba.

-Muchas gracias, abogado.

Respondí.

Sí. Por supuesto que, sin dudas ni metáforas, habíamos sonado fidedignos; si narrando la mentira parecíamos estar rememorándonos algunas vacaciones verdaderas. Esa noche, recordar nuestros momentos más felices fue mi forma de rezar.

TACA TACA TACA TACA TACA TACA

Qué molesto que le peguen sin parar a los barrotos con la porra (cuyo fin era bastante menos cruel en un principio).

-¿Qué sucede?... ¿Me dormí?...

Profundamente. Me costaba despegar la madrugada de los párpados. La voz se me liaba con los dientes. Algo dije, pero no recuerdo qué. Quizás "ya déjenme dormir" o "no me voy a levantar". No más despierto ni más lúcido, sonámbulo tal vez, el policía respondió con sequedad:

-El abogado quiere verte.

## 14

### **Circunstancias no difíciles: satánicas**

*El sótano, debajo, tiene lava.*

No podía ser, sin dudas, nada bueno. Pero nunca sospeché que se tratara -todavía no consigo relatarlo sin temblar- de la peor de las noticias.

-Es Didé. Lo siento mucho...

-¿Cómo dice? ¿Qué pasó?

Le resultaba tan difícil responder, que comprendí. No, mejor dicho, no quería comprender. Le fue preciso repetírmelo dos veces:

-El ladrón buscaba parte del botín... La maniató... Ng... Maldición, ni tú lo quieres escuchar ni yo lo quiero repetir. Es indeciblemente triste... Ven aquí.

Nos abrazamos y lloré. Sentí que toda la maldad del universo se ceñía sobre mí. Las piernas no me respondían. Nunca nadie, ni por tierra ni por aire ni por mar, estuvo tan arrepentido de robar. Vi nuestra vida transcurrir en un segundo -túnel luz y melodías al final- como si yo también muriera de su mano. Vi caerme, de golpe, chaparrones de cabello. Procuré rogar a Dios que nos cambiara, que matándome sin más

le devolviera los latidos, ¡los bellísimos chispazos de sus ojos! Pero Dios estaba raro, no más fuerte que cualquiera de nosotros. El pequeño calabozo parecía gigantesco. Sus milímetros helaban vastedad. Qué desgraciado me sentí, sin más sostén que la corbata con trabilla de metal del abogado. Muchas lágrimas. Entorno, comenzaron a formarse, con su sal, estalagmitas. A su lado, los barrotes parecían de peluche. Sin más aire que llorar, se me callaron un momento los pulmones y noté que, sepulcrales (qué metáfora tan falta de favor) los policías y los otros detenidos respetaban en silencio por primera vez en todas esas noches.

Nada más en unos días me darían el mentado veredicto. Verdaderamente ya, con semejante cataclismo, me tenía sin cuidado. Los pasé, como si fueran infinitos, con el pecho del infarto que no logra ni calmarse ni morir. Puntadas. Asma. Desconsuelo. Menos mal que yo sabía, de bañarme con jabón en el océano, flotar en superficie. "Todo cuerpo sumergido, de manera natural, experimenta (todavía sin que medien pataleo ni brazadas) un empuje de contraria dirección proporcional -según Arquímedes- al peso del volumen que desplaza". ¿Qué? ¿Le temes a las fórmulas? ¡Eureka! Cuanto menos te sumerges, menos flotas: respiraba con el llanto recortándome la boca.

## 15

### Como mar sin horizonte

Ya sin más adrenalina ni sudor que transpirar, aquella tarde debería recibir la libertad o la condena. Sin hablar, nos dirigíamos por último -¿postrero?- vía crucis al juzgado. Las ojeras me pesaban. Ya los peros, la verdad, los alegatos, las mentiras y las notas de color estaban dichas. Sin embargo, no faltaba poca cosa: la sentencia. No le creas al matón de las películas que dice no temer esas palabras.

En el viaje, copartícipes del tránsito meloso por demás, el abogado comentó:

-Lo detuvieron.

Lo miré, como pidiéndole detalles.

-Está preso. Pasará, porque ya tiene la condena, varios años en la cárcel. En la misma, mi pequeño bonachón, de la que tú te salvarás si Dios es justo.

Consiguió que nos riéramos un poco.

-¿Quién ha sido?

Pregunté, por más que sí, me daba miedo la respuesta. De común, los asesinos pertenecen al entorno.

-Me dijeron que se llama Benedicto de la Punta. ¿Lo conoces?

-Para nada. ¿Benedicto de la qué?

-De la Península, quizás quisiera ser, pero los hechos son los hechos. De la Punta.

Nada más oír su nombre me bastó para quedar con las espinas erizadas. Cargaría, como negra maldición, con ese nombre de por vida. Sentiría para siempre su feísima dentera retorcida por mi carne. Desengaños, injusticias o tragedias. Hay sucesos que, llamándolos o no, se nos presentan en la mente por lo menos un momento cada día. No son muchos, de común. Pero resultan aplastantes.

Al llegar, yo no tenía la menor expectativa. Pero no con la sentencia: con el mundo. Respiraba meramente por un vago retroceso pulmonar: había muerto con Didé.

-Las putas mueren en su ley, gritando duro. Cada noche me masturbo recordando la brutal declaración del asesino.

Proverbial, el alguacil amenizaba con su voz (voz ya por todos conocida) la sesión. Tomé mi sitio, como dócil habitué. Con un aliento lacrimógeno capaz de

demorar a los ejércitos de César, él quedó, como quedaba de común, a mi costado.

Toga. Ley. Martillo. Cruz en la pared. Jesús allí, que no se sabe si lo tienen para dar inspiración a las sentencias, consolar a los convictos (de las víctimas, empero, no solemos acordarnos) o más bien para que vea su fracaso como padre. "Sopesados los distintos elementos presentados por las partes..." Sombras. Cámaras. Taquígrafos. Colgado de su foto, retocado con alguna mentirita digital, el rey allí, que no se sabe si lo tienen como símbolo de todo, como símbolo de nada, como símbolo del bien o como símbolo del mal. "He decidido..." ¿Como símbolo? Quizás lo tengan sólo como punto de partida, por si los manifestantes no llegaran a saber, en su vorágine, por dónde comenzar a destruir el edificio. "Liberar al imputado de sus cargos. Lo declaro..." Sí. De nuevo lo colgaron al tirón de las cortinas. "Inocente".

Sentí, firmes y sonoras, las palmadas del doctor en el omóplato. Giré para decirle "muchas gracias. Aunque tenga que volver a delinquir, le pagaré". Tomé su pluma del bolsillo, la tranquilé con el pulgar y, con un giro tan veloz que nadie pudo reaccionar, se la clavé, porque tenía pesadillas que vengar en la prisión, al alguacil. El ojo todo reventó como si fuera la piñata. Le toqué, seguramente, cierta parte del cerebro que conviene no tocar, porque quedó como los tótemes, de

pie, sin desmayarse ni moverse. Lo rodearon para ver si reaccionaba, pero no. Su rigidez, allí parado, daba miedo. La nariz le desangraba la cabeza, moribunda. Me dijeron que jamás recuperó sus facultades. Imagínate, lector, lo que le llevo de cobrar a Benedicto de la Punta.

## 16

### **Sangre, gritos y primeras impresiones**

En la cárcel hay dos tipos de personas. Por un lado, con el alma terminal, los deprimidos. Por el otro, más primates que cualquier orangután, los enviagrados. Estos últimos padecen un estado becerril de pertinaz excitación. Conforman bandas. Se divierten con los nuevos. Gritan. Miran de reojo. Son violentos. Son valientes, pero nunca por valor: por ignorancia. Se tatúan entre sí, con espantosos desaciertos ortográficos y pulso de cobardes. Todo queda con la letra que se suelen escribir las promociones para Halloween. Diabólicos aljibes, son cerebros que no curas ni con libros ni con oro: necesitas barométrica. Jamás podremos darles las espaldas mientras tengan juventud

- y lo peor es que se pasan golpeteando los barrotes de sus celdas. Dios los odia. Satanás, no los recibe.

Por algún desbarajuste de sus cables, son creyentes. A mayor malevolencia, más se suelen apoyar en el Señor.

-Ahora cómete los dedos.

Los acólitos de Bambi celebraron a su jefe, prepararon el placer y se frotaron las pupilas al unísono: por fin verían sangre.

-Ya, Julito, cómete los dedos.

Repitió. Sus amigos, esta vez, le dirigieron levemente las miradas con incrédula sonrisa. ¿No pensaba rebanárselos primero?

-Vamos Julio. Cómetelos ya.

Se puso firme. Los demás hicieron todos un silencio sepulcral. El pobre Julio parecía, con medrosa timidez, facilitarle los deditos.

-Pero Julio, qué dolor... ¡Me decepcionas! ¿En verdad me consideras tan así? Tan... ¿sanguinario? No. Tus dedos quedarán en su lugar, porque no pienso molestarte. Ni tampoco, porque no sería nunca descortés, te pediré que te los saques con los dientes.

Estas últimas palabras se las dijo con mayor velocidad, como si fueran diferentes. Y siguió:

-Tan sólo trágalos, y sigue con el resto.

No tenía dos opciones. O trataba de cumplir, o los de Bambi cumplirían con su fama. Como dicen, hazte nombre, ten anécdotas y deja que trabajen para ti. Sabiduría popular - ¿sabiduría carcelaria? Ya los dedos andarían por la glotis.

-Bien Julito. Por favor, que no te vea que los sacas. Continúa con la mano.

"¡Vamos Julio!"

Nada más con un anónimo grito que provino del montón, prendieron todos. En la cárcel, por ratón, hay unos cuantos barrabravas. En segundos, parecían la tribuna del estadio. Retumbaban con la misma gradación de los desastres naturales. Un sismógrafo, quizás, hubiera roto los parámetros de Richter. Le cantaban ovaciones con los puños apretados.

La muñeca ya pasaba por los dientes. "¡Vamos Julio! ¡Por nosotros!" Cada vez gritaban más. El codo pronto se trabó con la mandíbula: le dio, como si fuera karateka, con el canto de la mano. Los fanáticos, unánimes, ¡eufóricos!, dejaron los ombligos sin sostén y revolearon las remeras. El centrífugo sudor -aún me duele su recuerdo por el rostro- salpicaba. La secuencia se merece cada línea que le cedo del papel: ahora Julio, con el mismo movimiento peristáltico que traga la pitón, seguía, lento pero firme, con el resto de su brazo. Parecía Maradona procurando terminarse las botellas de champán: decepcionar estaba fuera de sus planes.

Los fervientes barrabravas alentándolo dejaban a La Doce como coro de jardín. El hombro casi no le pasa, pero, bien, cuando pasó, ya lo demás fue cosa fácil. Bambi sólo lo miraba con tranquila, paternal satisfacción. El cuerpo todo transitó por su mandíbula dejándole los órganos internos a la vista. Desdoblado por completo, celebró como los ídolos, cayendo de rodillas. La tribuna lo cargó con espontáneo griterío, para dar, alrededor del patiecito, los olímpicos honores. Con tardía lentitud aparecieron unos guardias, pero sólo por que no se les pasaran demasiado las agujas: "El recreo terminó".

Volvimos todos, otra vez, a nuestras celdas respectivas. Dos literas, para tres. Un agujero sin cisterna, para todo. Pocas cosas: un atado de papel, algunos útiles (cepillos y jabón, con un etcétera brevísimo), carencias a granel y -lo peor- en las paredes, espantosa poesía. Más aún, podían verse, por doquier, los pavorosos calendarios que los presos, a lo largo de, quizás, doscientos años, han llevado con estúpidos palitos. ¿Que no saben que tachar constantemente las semanas eterniza los segundos? Al oír la cerradura me volví, pero faltaban, com embrujo fantasmal, los otros dos. En su lugar estaba Bambi, con sus ojos sobre mí. Me saludó con las palabras que Jesús, según la Biblia, repetía sin parar a sus discípulos:

-No temas.

Es bonito que "no temas" haya sido, por encima de sermones y sentencias, el mandato recurrente de Jesús - del que quedamos obligados, porque no lo sugería: lo mandaba. No precisas ser filósofo ni Dios para -lo mismo que los yoguis- comprenderlo: despojándonos del miedo, nos libraba de maldad. Después de cierta cantidad, hasta las cuentas en el banco son temor acumulado. Tanto más, quizás "no temas" haya sido la manera más directa de decir, sin trabalenguas, "sé feliz".

-Lamento, Bambi, no poderte saludar con esos términos.

-¿Te tengo que temer?

-¿A mí? No creo. Pero veo que te ganas enemigos por deporte.

-Puede ser, pero me gano las lealtades con almíbares y circo.

Me tendió, no menos ángel que Satán, una petaca que sacó de su naranja mameluco. Maldición... ¿por qué demonios me costaba razonar en esa clase de momentos? A quién no... Pues ya lo sabes: incurrir en el delito no te vuelve más seguro. Yo debía parecer, de todos modos, lo contrario. Sin cederle cercanía de mis ojos, acepté lo que me daba. Seño cejas y barbilla. No "bebí" de la petaca, sino más a la manera de Linares, "la

bebí". Grandilocuente fondo blanco. Fue la forma de decirle "seré parte, pero nunca me pondré la pollerita".

-Bien. Comprendo.

Vaya términos... ¿Había comprendido? Como sí, quién sabe qué. Por el momento, nos hallábamos en algo similar al equilibrio. Se durmió mucho más rápido que yo. Nos esperaban, todavía, largas horas que salvar, porque recién al otro día los sistemas abrirían otra vez, con electrónica sinapsis, los cerrojos de las celdas.

## 17

### **Tras las líneas enemigas**

La prisión tenía cuatro pabellones -todos ellos infragóticos- aislados con hermético rigor. Los del primero no teníamos contacto con ninguno de los otros, ni ninguno de los otros entre sí.

Cuando salimos al recreo, Bambi puso dirección a su corrillo de confianza. Les habló con precisión, como si fueran militares, y, con bien disimulada prontitud, se dispusieron en el patio. No diré que me tenían demasiado preocupado, pero, ya que los veía caminando por ahí, comentaré que mis giróvagos de celda parecían estar bien: charlaban ambos, sin indicios

de violencia. Por su parte, con el grueso de sus órganos colgando, Julio, lejos de cohibirse, los hacía rebotar a carcajadas. Pelotera remembranza de vedette. A la primera de jarana lo pondrían a bailar, seguramente. Ya los guardias se veían acercar con esa plasta soñolienta del almuerzo, tan incómoda. La ronda de las trece se cumplía con kantiana precisión. Según se dice, los vecinos ajustaban sus relojes con

¡Zas! Cuando pasaron al alcance de la cerca, me prendí de su descuido con felino manotazo. Mientras uno, también rápido, se pudo retirar lo suficiente, capturé, primero sólo de las prendas y después de los testículos, al otro. No podría transcribir, ni con palabras ni con párrafos, el grito que pegó.

-Qué lindos huevos, grandulón. ¿Ya tienen hijos?

Suplicaba como reo primerizo.

-¿Ves qué feo que te rompan las pelotas? Oye bien: como te vea controlándome de nuevo, te pondré tus pequeñísimas bolitas en los ojos y los ojos, aunque cantes a los gritos el Corán, en el escroto.

-¡Basta! ¡Suéltalo!

Sentí que me tomaban por detrás. En un sucinto santiamén, ya varios guardias me tenían en el piso. La caída me quitó las contracturas de raíz, deconstruyéndome las vértebras. El mismo Derridá se les hubiera derretido, por demás embelesado. Si los

presos se mataban entre sí, se mantenían apartados - "uno menos", ¿o jamás te lo dijiste?- pero, bien, si te llegabas a meter con un gendarme, te cambiaban de sector hasta su próximo relevo quincenal, así pasabas unos días sin cruzártelo de nuevo. De seguro, se querían evitar las escaladas (aunque, lejos de creérmelo, temí por mis testículos). A Bambi no le resultaba tan difícil conseguir que trasladaran a los presos de menor autoridad de pabellón en pabellón. Tenía buenas relaciones con un joven oficial. Pagaba poco, pero nunca cantaría. Los corruptos, mucho más que los mejores matrimonios, anteponen la lealtad al dividendo. Si cumplía con mi parte, me daría de comer a Benedicto de la Punta. Lo tenían en el cuarto pabellón, según supimos. Por mi lado, yo tenía que traerle, del segundo, cierto chip de celular que, para grave maldición de sus negocios, el Jesuita le tenía secuestrado. No por presos roban menos los ladrones, y temía que pudiera (con razón) estar haciéndose pasar, ante políticos y cómplices, por él. Conmigo ya desafectado del sector -a tales fines me prendí de los testículos del guardia- me pondría con mayor facilidad en el segundo pabellón. Cuando volviera con el chip escribiría mi venganza.

## 18

### Manoseo

*¿No me piensan seducir, ni tan siquiera?*

-Bien. ¿Qué tienes? Es mejor que nos lo digas.

-En verdad no llevo nada.

-Ya. Desnúdate.

Los dedos ajustándose los guantes indicaban lo peor. Me desprendí, sin demasiada tentación, el mameluco. Procedieron a sus anchas -y las mías- sin aviso ni reparo. Pliegues, órdenes y recto. Lo sentí como la fuerza de mis párrafos: a fondo. Nunca más he de decir que funcionarios ni burócratas trabajan a desgano.

-Vamos, baja los talones.

-¿Está limpio?

-Bueno... No precisamente, pero no trafica nada.  
Sólo caca.

-¿Semen no? Con el Jesuita, dejarás de ser, retrógrado, tan sobreprotector con tu culito. ¿Llevas DIU?

Después de darme, no sin feo desamor, una sonora palmadita, se pusieron otra vez reglamentarios y me dieron un minuto de reloj para vestirme. De seguido, me llevaron al segundo pabellón y me dejaron a las mías.

## 19

### Del Jesuita

*Tres opciones.*

A los líderes, aquí, se los conoce con un rápido vistazo, pero no precisamente por su porte sino, más a semejanza de cualquier contribuyente, por la mínima disputa de los otros.

-Tres opciones, hijo mío. Violación, barbaridad o rallador.

No sin notorios titubeos, hijo suyo se quedó con lo que muchos nos hubiéramos quedado:

-Violación.

-Ay. Yo quería que dijeras rallador. No te preocupes, que jamás consumiría ni caprichos ni propósitos a costa de los míos. No te pido que renuncies a tu libre, soberana decisión. Ganar - ganar. Te violaré, pero rallado.

Retiró de no se dónde, con tranquila lentitud, un rallador de los que suelen encontrarse -para quesos, vegetales o jamón- en las cocinas. Su mirada parecía buscar algo... Puta madre. Sin que nadie lo notara, con la misma rapidez imperceptible del punquista, me saqué, como si fueran desmontables, ambos brazos de las mangas y, metiéndolos por dentro de la cápsula troncal del mameluco, quedé manco.

-¡Ten!

Si siempre la fortuna recayera sobre mí como recae lo contrario, no sería menos próspero que tú ni que mis cómplices, en caso de que tengan el botín en su poder. Si la tragedia se repite demasiado, cobra cariz de comedia. Ni Sepé ni Tabobá, por el momento, parecían haber sido capturados y supuse que pagaba, con mi pésima, su -cara- buena suerte. Descarté, de mis ideas, la terrible del naufragio del gomón. Que se llevaran (por traición o por empréstito) mi parte del botín, ya me tenía sin cuidado.

-Vamos, ¡tómalo! Comienza por el pie.

Desde mi sitio, parcamente retirado, le mostré que no tenía con qué diantres agarrar lo que me daba. Mucho menos lograría, sin apenas un muñón, rallar un dedo.

-Maldición. ¿Que no les basta con sicópatas? Faltaba, nada más, que nos trajeran minusválidos.

Supongo que, sin manos, no caíste por ladrón de colectivos. Por lo menos, quizás tengas un prontuario que se precie de curriculum.

Buscó, con la mirada, por la tímida penumbra donde van a camuflarse los que no desean ser seleccionados para nada.

-¡Listo! ¡Tú!

Los pobres presos se miraron entre sí, como diciéndose "te llama".

-¡Tú! ¡Diviértete carajo! ¿Qué sucede con los jóvenes?

Ahí, ya no podían quedar dudas. Por la firme dirección del rallador, estaba claro su designio.

-¿Qué? ¿Le temes al pecado? Ven aquí, verás qué pronto que te gusta.

-No... No quiero... Por favor... ¡Te lo suplico!

Sin que casi lo notara me parece, las rodillas le pegaron en el piso.

-Vamos, tráiganlo.

Los hombres del Jesuita caminaron en su triste dirección. Lo levantaron y, sin mucho por favor, lo condujeron.

-O lo rallas o te rallo.

-¡Por favor! (Lloraba mares) ¡Te la chupoo! ¡¡Te la chupoo!!

-Maldición. Si me lo pides a los gritos, está bien. Así será. Pero primero, chupetón, lo que primero te pedí. Desaparécele, con este rallador que te confío, por lo menos medio pie. De lo contrario rallaré tu naricita con horrible lentitud - y, como sigas sin querer colaborar, hasta la nuca.

-Sniifff-ng.

¡Santo Dios! Recién allí, con ese cándido gemido de bebé, reconocí que se trataba nada menos que del pobre Mao Tse Tung, seguramente condenado - porque siempre los imbéciles del circo necesitan que les tiren de comer un perdedor- por el incendio neroniano de la cuadra del juzgado. ¡Cómo cambian las facciones en la cárcel! Cómo tira del cabello su pesada gravedad: de su melena de león, deshilachada, no quedaban sino lánguidos jirones.

-¡Tu nariz ¡y no me pruebes! o su pie!

De la tensión, los ojos ya se le caían de las lágrimas. De golpe, reaccioné. Se lo debía. Corrí rápido. Mis piernas, infernales, compensaban el corsé de mis brazadas. No debía tropezar. "¡Hijo de putaaaa!" le grité. Bajé la frente, como bala de cañón. Aún no sé si cuando vi los hombros anchos del Jesuita decidí seguir de largo para no tener que vérmelas con él o si de veras, al partir, tenía claro mi destino. Como fuera, Mao Tse Tung alzó los ojos y, por un imperceptible microgesto, juraría que, si bien con tanta lágrima se ve perjudicada la

visión, a medio metro del knock-out me consiguió reconocer. Cayó sin más y, con cuidado ¡por favor! de su nariz, para que no se despertara por un tiempo prudencial, me zambullí, sobre su frente desmayada, de cabeza.

Me parece que, del golpe, yo también, a la sazón, quedé noqueado. Cada tanto, parecía despertar con unos gritos espantosos perforándome los tímpanos. De pronto, tras la densa cerrazón de mi mareo vi que, lejos de pensar en descansar, al hijo suyo, con inquieto rallador y no contentos con el pie, ya lo llevaban por la tibia. La cabeza me pesaba toneladas. El desmayo me cortaba las escenas. Nuevos gritos. Otra vez abrí los ojos. Santo Dios, ¿por la cadera? Gritos nuevos. Excorsistas pantallazos. No quedaba sino sólo la cabeza, dividiéndose, finita, por los tantos agujeros del mentado rallador. Al otro lado, las hilachas se volvían a juntar, amontonadas en el piso. ¿Cuántas veces desperté sin conseguir incorporarme? Machucada, mi visión desvanecía los colores. Otro grito. Se trataba del orgasmo del Jesuita que, tendido, penetraba, con indómitos jadeos, el montículo de carne.

## 20

### **Malabares, es verdad, pero quirúrgicos**

*Pareja de combate.*

Desperté, con Mao Tse Tung a mi costado. Su chichón era más grande que su frente. Mi cabeza todavía parecía de cemento. Procuré que reaccionara, con el pie. Mis brazos eran, todavía, propiedad del mameluco: los tenía por adentro. ¿Los tendría que tener hasta salir del pabellón!? Mis todavías -todavía-me dolían por doquier. "Debí tomar el rallador", pensé sin más filosofía.

-¡Ya despierta Mao Tse Tung!

Entonces sí, con la patada que le di, mejor pegada, reaccionó. Noté lo mucho que sus ojos precisaban ver un rostro conocido.

-Buen chichón. Te queda bien.

-¿Te viste tú?

Me respondió. Le comenté, rápidamente, lo del chip.

-Acepto lúcidas ideas.

Imagínate, lector, que te tocara resolver mi contratiempo: ¿de qué modo sacarías ese chip del celular inaccesible del Jesuita? No respondas, por supuesto, con la boba solución de las películas, que pagan con acción lo que no pueden en ingenio. No tenemos ni patadas karatekas ni granadas en el culo ni comandos asesinos en espera. No nos van a rescatar con explosivas incursiones en el último segundo. Vaya métodos. Así, los nudos son una moñita. Sin embargo, como quieras respetar ¡enaltecer! el intelecto de tu público, conviene que te valgas de neuronas y no ya de tonterías. Es igual en la vorágine del mar. Los escritores desanudan de continuo toda clase de capítulos gordianos.

Mao Tse Tung me preguntó, con el cansancio de la cárcel engordándole los párpados:

-El número, ¿lo sabes?

-De memoria.

-Bien. Si tienes un teléfono, tenemos una chance. Con un mínimo mensaje, lo tendrá que descuidar por unas horas.

Precisábamos, entonces, un teléfono, tarea nada fácil cuando brillas por tu falta de poder.

-Necesitamos un padrino.

-Los padrinos necesitan un sicólogo, más bien.

Sobrevivimos unos días evitando los corrillos y la luz. En el frugal anonimato la salud peligra menos. Simplemente nos aislábamos: apenas escasearan gladiadores que matar, recordarían que teníamos aún por resolver entre los dos una pelea.

-Redoblemos atención. En un momento, le tendría que llegar.

Había marcas en el piso que solíamos usar, minutos más minutos menos, de reloj según el largo de la sombra. De repente, cuando ya nos parecía que los planes del Jesuita no tenían concordancia con el nuestro, retiró su celular y lo miró. Quizás tan sólo por saber lo que leía, le creímos observar un movimiento muy sutil del entrecejo. Carambolas. ¿El Jesuita ¿preocupado?? Se paró con disimulo. Caminó sin salpicar, con su gritona, barbitúrica saliva, sobre nadie. Maldición, ¿en hurtadillas ¿el Jesuita?? Los matones, asustados, de común son doblemente peligrosos - pero temen, finalmente. Que no quede sin constar. Y, de contrario, los cobardes acometen, dos por tres. Al regresar, visiblemente más tranquilo, se distrajo con sus íntimos. Allí, mientras jugaban a la mancha con albóndigas armadas al correr con Hijo Suyo, nos movimos. Era raro ver la carne procurando regresar a su deforme montoncito. Recorrimos el camino transitado, pasos menos pasos más, por el Jesuita. No fue grato, pero sí que lo pudimos encontrar: el chip

estaba -retirado del teléfono- pegado donde nadie, por pudor y repugnancia, buscaría, protegido por el cólera, la lepra, varias cepas de covid y la malaria. No querrás que, como tantos escritores, te dilate los sucesos. Agradéceme, lector, que pase rápido las partes accesorias del relato. ¿Sabes qué? Los editores solicitan que los textos narrativos tengan grasa, porque saben que, después, aunque se trate de volumen sin la mínima virtud, se pagan más que los esbeltos. Sus clientes compran peso, no belleza. Vale menos una pieza magistral que medio kilo de papel. Y no podemos inculpar a las empresas editoras, que responden, de común, a las señales inequívocas del público. ¡De ti! que ni teniendo la nariz a dos renglones de la boca te percibes un somero mal aliento, ni siquiera. Qué sencillo si se trata del aliento de los otros... Todavía ¡cómo no! del de la boca que nos besa.

Bien, teníamos el chip.

"Intervinieron este número. Deshazte lo más rápido que puedas del teléfono: la fuente de la guardia confirmó que lo saldrían a buscar en estas horas."

Contra todos los pronósticos, habíamos logrado conseguir, aún sumidos en la débil impotencia de la cárcel, nuestro propio celular. No fue difícil. Mao Tse Tung, en el horario de visita del domingo, les había suplicado, no sin dudas y temores, a sus padres que, después, con la mayor puntualidad -porque debía

coincidir con el horario del recreo- le mandaran al Jesuita, protegidos por un número que luego deberían deshechar, nuestro mensaje.

## 21

### **Malhaberes, es verdad, pero ganados con esfuerzo**

Con el chip en mi poder, ahora sólo me quedaba, terminado mi período, volver al pabellón original. Según mis cálculos, quizás desorientados, no podíamos estar a muchos párrafos del término.

-¡Vaimaca! ¡Mao Tse Tung! En su lugar, me calzaría los pañales, porque juro que, de tanto sufrimiento, los haré cagar encima. ¿Se pensaron que podrían ocultar por mucho tiempo lo del chip?

La puta madre. Nos miramos a la par. Era la voz prometedora del Jesuita. Nos llegaba, por el largo corredor, desde su propio calabozo. Nos quedaban unas horas de salud. En el recreo, ya sin rejas ni cerrojos de por medio, nuestras vidas cambiarían para siempre. Conocíamos su modus operandi; lo sabíamos de sólo repasar el historial: no volveríamos iguales. Mao Tse Tung estaba pálido.

¡Clanck! ¡Clanck!

El oficial con que contábamos, satélite de Bambi, nos miraba, con su palo policial en los barrotes, propinándonos pequeñas campanadas.

-Buenos días. Hoy termina tu retiro. Regresamos otra vez al pabellón original.

-¡A ti te manda Jesucristo salvador! ¡Nos vamos ambos!

El color de Mao Tse Tung cobró ternura nuevamente - pero sólo por un cálido segundo:

-No se puede, ni tampoco se podrá. Mis superiores son estrictos con el número de presos por sector.

Hicimos todo lo posible, pero sólo conseguimos negativas de su parte. Mao Tse Tung implosionó:

-Me matarán...

-No mueras triste, por favor. Es lo que suelen celebrar los electores. "Uno menos". Si supieran de qué modo les aplica toda clase de torturas, votarían al Jesuita. Precisábamos un rifle sanitario. Vino bien. De lo contrario, los reclusos estarían hacinados. Además, con lo que roban de comida los sargentos,

-Está bien (interrumpí). Nos cambiaremos.

Mao Tse Tung no daba crédito. Trató, con insonoros balbuceos, de decirme "no precisa", pero nunca terminaban de formarse las palabras.

-Eso sí. Te llevarás, aunque te dejes los testículos, el chip y, cuando llegues a tu nuevo pabellón, se lo darás -sin pasamanos; ni siquiera te confíes en los ángeles- a Bambi. Le dirás que su manera de pagarme será darte protección, que ya después retomaré las tratativas concernientes a mis planes. En la cárcel escasea casi todo, menos tiempo.

-No podré, con tantos otros oficiales veteranos, evitar que lo registren. Además, como saliera del segundo pabellón levantaría toda clase de sospechas: dejaría mi perímetro de guardia. De contrario, trataría de llevárselo yo mismo.

-Bien. ¿En dónde se lo debe colocar para que nunca lo descubran?

-Es común que les levanten el prepucio, les despeguen las heridas o les miren por adentro de los párpados. El recto no se salva, por supuesto. Sin embargo, nunca vi que revisaran el conducto del orín.

-Así de simple, revoltoso Mao Tse Tung. El equilibrio del que tanto se publican toda clase de volúmenes, por pésimos que sean. Es en vida que se purgan los pecados.

Lo miré. Me comprendió. Si comparábamos la tarde que mis vértebras tenían por delante con el hecho sin secuelas, anecdótico del chip, no le pedía demasiado.

-Con cuidado que, si sangra, lo querrán inspeccionar.

-El agujero tiene forma de ranura, por lo menos.

Colocárselo, sin dudas, le dolió, pero, después, al alejarse por el mate corredor, ya caminaba de manera francamente natural.

Ahora sólo me quedaba resolver, desde mi celda, las sinceras amenazas del Jesuita. Me restaban unas horas, nada más. Después el patio no sería sino selva, con su ley correspondiente.

-¡Te vi trémulo, Jesuita, procurando desprenderte del teléfono! ¿Temías un chas chas en la colita? Qué maldita decepción que me llevé con tus pelotas. ¿Sabes qué? Por un tiempito me gustaste, pero ya tan cobardón no me calientas.

El silencio congeló, con invernal, inusitada palidez, el permanente tintineo de los presos. Ni siquiera la caótica rudeza del Jesuita conseguía contestar.

-Allí lo tienen, otra vez con las rodillas en apuros. ¡Eras tú que precisabas el pañal!

Entonces sí, vociferó con un rugido terminante que quedó, bajo la pátina del eco, repicando sin parar

por más o menos diez minutos. La distante lejanía de su celda me llegaba con perfecta claridad.

-¿Estás ahí Montecaseros?

Hablé bajo. Se trataba del vecino de la celda colindante.

-Maldición, ¿enloqueciste?

-Puede ser, amigo mío. La prisión te desconecta las neuronas.

-¿O te piensas suicidar?

-No forma parte de mis planes, por ahora.

-Pues, entonces, estás loco de remate. Sufrirás como Jesús en el calvario.

-Puede ser, Montecaseros. ¿Me quisieras despedir con un cigarro de los tuyos, in extremis?

-Está bien, pero tan sólo porque sé de nuestras pocas, dos o tres conversaciones, que lo sabes valorar.

Sentí, sin verlo, la riquísima fragancia peculiar, característica del fósforo. Después, la del tabaco, peculiar, característica. Después, pasó su brazo, con elástica nobleza, circundando la pared desde sus rejas a las mías. Como no podía verme, me trató de colocar el cigarrillo más o menos a la cota de los labios. Para todos, más allá de mis clavículas, yo no tenía brazos. Cuando vi que sus deditos inocentes asomaban, lo tomé de la muñeca (tan traidor como cualquier hijo de mil)

con una mano. Mis falanges poderosas penetraban en su piel. Con la restante, lo tomé, tranquilamente, del meñique:

-Si no gritas lo que digo, te lo quiebro.

-¡Por Jesús! ¡Enloqueciste de verdad! ¡¿Y tienes brazos?!

Con un poco de palanca, le bajé los decibeles al volumen del secreto. Vamos, tuércete de forma lateral un sólo dedo para ver lo que se siente. Ni Tarzán aguantaría. Si te toman del pescuezo con dos manos decididas, tú libérate del modo que te digo, con sutil delicadeza. Ya verás: no se precisa más presión de la que puede conseguirse con la punta de las yemas.

-Oye bien, Montecaseros. Gritarás después de mí, sin titubeos: "¡pagarás!" ¿He sido claro?

Contestó refunfuñando, con la pésima dicción de los que saben las respuestas pero no las articulan.

-¡Hoy, Jesuita, pagarás tus veinte mil hijaputeces!

-¡Pagaraaáás!

Exactamente retumbó como quería. Su meñique, cumplidor, me recordaba la perilla del volumen de la radio. La reacción desaforada del Jesuita levantaba los pelitos de los brazos. Prometía recorrernos con su puto rallador desde la piel a lo profundo de los órganos.

-¡Jesús! ¡Ya somos dos! Y juraría que seríamos, tal vez, la mayoría ¡quizás todos menos él! si los demás, como recién Montecaseros, se dignaran a ser libres aunque vivan en la cárcel. ¡Pero no! Como carecen de pelotas están presos doblemente. Ya lo ven: de la prisión y del Jesuita. Tanto más: amén de presos, son esclavos.

El murmullo de la leña respondió con un humillo que tal vez hubiera sido mucho más prometedor si no callaba tan deprisa. Sin embargo, yo después de tan cabal provocación ya no podía retractarme. Proseguí:

-Pero comprendo su temor. Así que, bien, lo gritarán como sopranos, tan agudo como puedan. ¡Pagará! Y no podrá reconocerlos por la voz.

Y, como nadie quiere ser, en las trincheras, el primer hazmerreír en asomar, grité yo mismo:

-¡Pagará!

con un finito vozarrón que, con haber habido vidrios, los hubiera reventado. Los inviernos, sin embargo, vuelan libres a través de los barrotes.

-¿Oí bien?! ¡Ya somos tres!

Grité de nuevo, con mi voz original.

-Ahora tú, Montecaseros.

Se lo dije susurrando con el mínimo volumen. Por las dudas, además, le di palanca.

-¡Pagaraáás!

Su voz finita retumbó con el pitazo de los árbitros de fútbol.

-¡Somos cuatro maldición! ¡Ahora vamos por el quinto!

-¡Pagaraaás!

La voz provino de quién sabe qué recluso. Las demás, con similar anonimato, fueron varias y, por fin, un kamikaze lo gritó redondamente, sin enaguas. Los siguientes fueron tantos que temí que la medrosa superficie del Jesuita no bastara para todas las trompadas que tendrían que caberle. Le juraban toda clase de verdades: por primera vez, quizás, aquellos presos no mentían. Al abrirse con el timbre del recreo los cerrojos, prorrumpieron a destrozos y granel como furiosos vengadores. El cemento trepidaba. Por sus rostros, parecían espartanos sosteniendo con la cerviz las Termópilas. El piso, la pradera de la carga de Guayabos. El mensaje de perdón de los Domínicos, estéril. El Jesuita, mientras pudo, fue rayándolos con -lejos de flaquear- un sólo golpe, de revés o de volea, como quien jugara de tenis.

De repente, la salud se me cerró. Dolor intenso. Me doblé como se doblan las babosas al morir y, con un brusco cimbronazo, mi columna vertebral cambió de curva. Parecía poseído. No podía ni gritar. Era lo

mismo ¡maldición! que me clavaran un puñal en los riñones. "¿Los riñones? ¡Es un cálculo renal!" Oí la voz del hijo suyo, relegado de la turba. No sé cómo pero pude caminar unos pasitos, con su rara compañía de mula. "Sólo sácalo. Te dejo. Dolerá, pero después de lo peor te sentirás como recién resucitado." De mi trémulo mentón pendían lágrimas. Los mocos me tapaban la nariz. Hacía décadas, quizás, que no lloraba de dolor. El inodoro parecía la caída del infierno. Ya la piedra no sabía qué conducto desgarrar. Hubiera dado mis testículos con tal de que cayera por allí - pero tenía que pasar, la puta madre, por el pene. Me flaquearon las rodillas. El cemento sin baldosas hizo ¡toc! con un pegote nauseabundo. ¡Vaya karma! Me reí de Mao Tse Tung por un aprieto más o menos parecido. La piedrita me cinchaba de los párpados. Los ojos apretaban un dolor despavorido. Desazón. Interminable recorrido. Vía crucis. Comprendí, desde los súbitos calambres en los pies a la confusa turbación en la cabeza, lo traumático del parto. De repente, cuando ya la superficie del retrete se marcaba con mis dientes y los nervios, del dolor, desafinaban, un travieso retintín me conectó con el real espacio-tiempo nuevamente. Calma súbita. Ya nada me dolía. Lentamente, fui soltando las arrugas apretadas de los párpados. Contraste, si los hay. Como si toda la negrura del tifón se disipara, sin estados intermedios, en un brusco benemérito de paz. Allí, con todas las canicas otra vez bajo control, abrí los ojos y lo

vi. No se trataba de, rocoso, ningún cálculo renal: ¡era mi parte del botín! Seguramente, cuando ya mi raciocinio no podía con la sal, en el océano, Sepé, con una mínima punción, había sido, milimétrico, capaz de colocar en mi riñón el valiosísimo diamante. Cirujana maestría. ¡Qué perfecta solución! Lo llevaría sobre mí, sin sospecharlo. ¡Pasaría por debajo del radar de los precisos detectores de mentiras! Patovicas, pelotazos y langostas. La pequeña cicatriz, imperceptible, quedaría camuflada con las otras de la vida del varón. Anzuelos, fútbol y boliche. Ya después, lo sacaría de manera natural, cuando pasara la zozobra.

Lo tomé con el extremo de los dedos. Sonreí visualizando la sorpresa del Jesuita si, rayándome, topaba, por allí, con el trocito de parnaso. Pero pronto me volvió la seriedad: sentí sus números colgando del meñique. Los millones que valía me pasaban. Era raro sostener, en el instante de sus ínfimas medidas, semejante cantidad de propiedades, buen pasar y copetines.

-¿Estás bien?

-Perfectamente. Ya regreso.

Mierda. ¡Mierda! Dos segundos de ser rico para ya tener problema con los pobres. ¿Dónde diablos guardaría mi fortuna? Pensé rápido. Traté de mensurar la situación y, sin pensar, me lo tragué.

Sentí bajar, por el esófago, la fúlgida piedrita del diamante - con un feo sinsabor: había sido tan magnánimo cediéndole, de buenas a Quijote, mi lugar a Mao Tse Tung, sencillamente por -perdón si decepciono- no saber que traficaba sobre mí, más importantes que sus lágrimas, millones y millones.

## 22

### **Paz y circo**

Los recreos eran menos divertidos, es verdad, pero también, por otro lado, disfrutábamos del patio sin temor. No regalábamos el mínimo segundo: nada más oír el timbre, prorrumpíamos, lo mismo que los niños de sus aulas. Navegábamos a bordo del bullicio por el río-corredor, sin que tamaño barroquismo de villanos resultara peligroso para nadie. Muchas veces, de pasada, vi la celda casi mística del yogui, sin cerrojo (como todas las demás) pero con él inmutable, sin salir (como ninguno de nosotros). "El recreo me lo tomo cada vez que tengo ganas en el propio paraíso de mis células, entrando, no saliendo". No lo vamos a negar: estaba loco; ni tampoco dejaremos de decir que su locura, diferente de las tantas que, pandémicas,

perturban el espíritu, le daba bienestar. Comía poco, casi nada. Sus arrugas eran jóvenes; su rostro, tan liviano que diríase que nunca conoció preocupaciones. Como nada le faltaba, no tenía la menor necesidad - como nosotros- de mentir. Dos pulsaciones por minuto. Nunca nadie fue capaz de tanta calma, mucho menos en la cárcel. Su salud no parecía sino virgen y sus párpados dejaban entrever pupilas vivas. Nada más salir el sol, ejecutaba diferentes movimientos retorciéndose con más agilidad y desempeño que las vírgenes olímpicas. "Exprimo, de las sobras de mi ser, el desayuno". Virginal, el inodoro de su celda relucía mucho más que la ventana, con el sol a su favor. Virginidad a troche moche. "Sexo tántrico, Vaimaca. Deberías escribir como se tocan los hindúes. Hay un arte que, quizás inaccesible por sutil, el occidente no conoce todavía. Los sentidos del asiático son menos armatostes que los nuestros. En la brisa que pasea libremente por los valles, oyen música. Nosotros precisamos filarmónicas enteras. En el polen que desplaza, se granjean un efecto mucho más espirituoso que cualquiera que podamos conseguir con nuestros múltiples venenos, aguardientes o licores; y los días en que, bien, la brisa queda dragoneando la montaña sin bajar, son sus oídos que les cantan un bellissimo susurro maternal como si fueran caracoles".

El recreo transcurría con atroz normalidad; pero bastaba nada más con recordar el despotismo del Jesuita

para darse por feliz. Y no lo creas conformismo: los que dicen extrañar aquellas épocas sin ley en que podíamos gozar del heroísmo, cuando sufren un problema lo prefieren resolver con abogados - aunque tengan ralladores y cuchillos a montón en sus cocinas.

-¿Otra vez estás lavándote los dientes?

-Casi nada resucita cuando muere de raíz. En un lugar como la cárcel es preciso no perder humanidad, en lo posible.

Ya los baños eran ámbito de paz. Bajo la bota del Jesuita, convenía retener o desgraciar los pantalones. Aguantarse. Nada más era segura la letrina de tu propio calabozo. Lo mejor que te podía suceder distaba leguas, en verdad, de lo deseable.

## 23

### **Todos pasan, sea reo, sea rey, por el retrete**

*Si no tienes la menor privacidad es imposible mantenerte  
respetable.*

Bien. Los días transcurridos no merecen demasiada narración. Necesidades rutinarias y rutina necesaria. Celda, rejas y cerrojo. Por doquier,

inacabable religión. El santo nombre de Jesús con letras góticas, ¡satánicas!, en múltiples tatuajes. Aunque cueste comprenderlo, las prisiones son bastión del cristianismo. De común, los presos tienen una fe que los espíritus de bien envidiarían. Por su lado, las letrinas transeúntes a través de los barrotes -ya no tan paradisíacas- bajándonos a tierra nuevamente. Conocíamos al dueño por el sólo cromatismo del aroma, más exacto que la huella digital. El yogui no: purificaba lo del resto, mucho más que producir toxicidad. Lampazo, chistes y lampazo. No sin grandes beneficios, en el Asia comen pétalos.

En breve, mi congénere de celda ("concupino" nos decíamos en broma) volvería del encuentro semanal con su señora. Se lo suele conocer como visita -ve qué pésimo manejo de metáforas- higiénica. Quizás, la procuraron humillante. Pues, entonces, cambia toda la cuestión: en ese caso no podrían haber dado con un término mejor.

Por una serie de motivos que no voy a comentar, el concubino resultó ser un ejemplo de persona. De seguro yo también le parecí, porque quería designarme -lo buscaban con afán- como padrino del bebé, cuando naciera. Primer hijo. Las pupilas le brillaban al hablarme del futuro. ¿De qué más, a fin de cuentas, se podría conversar entre reclusos?

No quería que, de nuevo, me vinieran esas ganas espantosas en el patio. Decidí, con previsión, aprovechar la soledad de la letrina de mi celda. Santa praxis, que demanda tanta paz como cualquier meditación o ceremonia. No lo vamos a negar: descontraer el interior mientras pululan toda clase de sondidos es difícil. Pareciera que, por lejos que te vayas, nunca logras alejarte lo bastante. Lo peor de las viviendas reducidas, de común, es que los baños dan al living.

-¡Seré padre!

Las zancadas a contenta discreción del concubino resultaban todavía más sonoras que su voz.

-¡Serás padrino!

La premura peculiar de nuestro siglo. La feliz celeridad del portador de nuevas buenas. La dislexia del Señor y sus errores ortográficos. El timbre del recreo, con funesta precisión, abrió la reja. La puertita de vaivén de la letrina, con su vieja, desgarrada complexión, no fue barrera para tal algarabía. Nada más entrar un paso, volvió tres con los talones. El apuro solamente me valió para peor embadurnarme. No fue fácil encontrar, en la difícil argamasa, las partículas del brillo. Fue preciso revolver hasta tocarlo. Lo zampé sin que lo viera, pero, presa de mis dedos in fraganti, ¡con apuro terminal!, no tuve tiempo de limpiarlo - mucho menos de limpiarme. Nada más tranquilé los labios. Me

miró como le clavabas un segundo las pupilas al psicópata. Después salió corriendo, con un combo de temor y decepción que, de seguro, los demás le preguntaron, en el patio, qué demonios ocurría. Me miré, con los contornos desfasados, en lo poco que quedaba del espejo.

Glup.

Tragué, con las facciones embarradas, el diamante. Yo también desconfiaría de mi rostro, ¡de mis dientes!, que después de destrozar mis amistades y, peor, mi padrinzago, ni siquiera tuve ganas de lavar, avergonzado. Nada más embarazoso que mostrar el interior sin censurarlo previamente.

## 24

### **Bambi malo, malo, malo**

*No te creas que la cárcel es mejor que la prisión.*

Sin abogado que tomara mi defensa, nunca más recuperaré completamente la confianza fraternal del concubino. Ni siquiera regresó, la tarde tétrica del baño (ni las otras), a la celda. Lo pidió, le concedieron el asilo, levantó sus pertenencias y, sin menos despropósito ni más alternativa, se mudó, con su temor, a varias celdas

de distancia. Ve la clase de problemas que se dan cuando te guardas las palabras.

¿Explicárselo? Jamás. Hubiera sido peligroso para mí. ¿Podrías tú sobrevivir en la prisión con un diamante de paseo por el colon? No lo creo, sin, al menos, mantenerlo bajo llave.

-¡Pst! ¡Vaimaca!

-¿Qué sucede?

-Ven aquí, tenemos algo que decirte.

Se trataba de los mismos que, capítulos atrás, tenían miedo del Jesuita.

-¿Comes mierda? Pues muy poco nos importa mientras seas el de siempre.

"Maldición. Hasta los presos desconfían de los locos y se cuidan del psicópata", recuerdo que pensé. Quizás temían que, cumplido lo primero, le siguiera lo segundo. Son personas que, después de ver en vivo todo género de males y penumbra, saben cuándo recelar. Ya no me daban las espaldas. Una tarde, con las puertas a mis órdenes abiertas al recreo, no salí. Que se jodieran. No lo tengo que decir: fue la primera vez de muchas.

No pasaron dos eclipses cuando tuve que volver a distanciármeles:

-Vaimaca.

Los miré, con el distante resquemor del imputado.

-Precisamos de tu celda. Según planos que llegaron a nosotros, hay un ducto periférico que pasa por aquí. Si conseguimos acceder, en pocas horas estaremos en la calle.

Solamente me quedaban unos meses de condena: no podía consentir en arriesgarme. Como fuéramos prendidos, me tendría que quedar, en vez de meses, varios años. Además, tenía mucho más que tiempo que perder. En libertad, sería rico. Pero, bien, en la prisión, estar pendiente del cuidado del diamante me volvía vulnerable. Quizás pobre, le podríamos decir. Hay una rara soledad característica del hombre que se da cuando se juntan los que no, con el que tiene. Más allá de que no tengas declarada tu fortuna, por alguna singular porosidad del universo las moléculas lo saben y, de pronto, sin saberlo, vas volviéndote la gota sin lugar en el océano.

-No puedo.

Respondí. No me miraron demasiado satisfechos sino todo lo contrario.

-Saben bien mi situación. En mi lugar, ¿accederían?

Me miraron sin negarlo.

Sin diamante de por medio, yo quizás hubiera sido mucho menos aydemí. Jamás había comprobado por mí mismo de qué modo peculiar interactúan el dinero con el alma; de qué forma se seducen el ahorro con el miedo.

No pasaron dos cometas cuando, ronda de por medio, vi venir al policía cuyo vínculo con Bambi ya narré. Cuando pasó por mi lugar dejó caer, sin detenerse ni mirar, un paquetito. Permití que se pudiera distanciar y lo junté. Desenvolví l... ¡Maldición! ¡Una falange! Solté todo, sin gritar. En el papel había letras. Lo tomé para leerlo:

"Muchas gracia por el chip, mi buen Vaimaca. No te tengo que decir las novedades que te pierdes en la cárcel, sin teléfono. ¿Por qué no me contaste del botín, amigo mío? ¡Qué modestia! Por las señas que me dieron, el fenómeno del mar y de las cortes eres tú. Seré directo: lo compartes o lo próximo que vas a recibir de Mao Tse Tung serán sus párpados. Por cierto, no creerías lo que duele no poder cerrar los ojos. Haz la prueba por un rato.

Me sentí decepcionado de mí mismo, ¡maldición! Cuando delinques, puedes ser irreflexivo, principiante, sanguinario, presumido, bravucón o desleal - lo que no puedes es ser tonto. Le di todo: sin el chip, jamás hubiera recibido ningún tipo de mensaje peligroso para mí; sin Mao Tse Tung, jamás hubiera conseguido

presionarme de manera tan perfectamente cruel. Por nadie más, en esa cárcel, sentiría ningún tipo de premura.

No fue grato comprobar que, sin embargo, ni siquiera Mao Tse Tung, estando preso por mi causa, conseguía que mi -previamente tibia- ya curtida vanidad se desprendiera del diamante. Bambi no lo mencionaba: nada más se refería con el término "botín" a lo que fuera que creyera que teníamos robado. Ni rabioso ni cortés, le respondí, con aparente letra dócil, en el mismo, cadavérico papel de su recado, con las datos de mi cuenta, cara, cruz, y contraseña -con mayúsculas y números, olé, guiones bajos y cedilla- cuyos fondos, no tan magros en verdad, le bastarían. O tendrían que bastarle.

Los mensajes, en el ámbito, se suelen responder en el papel original en que llegaron. Es así que se previene cualquier tipo de permuta que pudiera cometer el portador. Cuando pasaba de regreso se lo di, sin demasiado disimulo. Me quedé con la falange, por supuesto. Devolver las amenazas es un gesto que no suele perdonarse para siempre. Yo tan sólo precisaba ganar tiempo, no gloriarme de valiente. Me tenía que cuidar: en unos párrafos fugaces cumpliría mi condena. Por más dedos que cortara, Bambi nunca lograría detener el calendario. Sus vetustas amenazas se quedaban sin reloj.

## 25

**Supervivencia sin estómago***Bulímico: vomito con el dedo.*

No fue fácil convivir por tantas horas con el dedo seccionado. No dormí. Se me venía Mao Tse Tung a la cabeza de continuo, con su mórbido muñón. Segundo dedo, maldición, que se cobraba la tenencia del diamante. ¿Recordabas, entre tantas efemérides, la pérdida del mío? Se dirá de mí que soy un personaje para nada quejumbroso. Sin embargo, con la piel del souvenir decolorándose del gris al infernal, aquella noche vomité. Seguramente me faltaba, por las venas, un océano de sal. ¿O vomité de la tristeza? Como fuera, la secuencia matemática no pudo ser peor: el retintín, en la vacante madrugada, fue lo mismo que tocar *Così fan tutte*, *La bohème* o *Turandot* a campanadas. A pesar del evidente contratiempo peligroso para mí, no tuve ganas de volver a deglutirlo. No brillaba: parecía no diamante sino pútrido billete. Me sentía repelido solamente de mirarlo, nada más. ¿O vomité de repugnancia? No sin ásperas arcadas, finalmente lo tragué - sin que bajara fácilmente.

## 26

### **Surrección**

*Los menos rudos suelen ser los más valientes.*

Cuando falta cada vez un poco menos te parece que faltara cada vez un poco más. No me quedaban muchos días de condena, pero, bien, serían largos. ¿Has estado, tú lector, alguna vez, a pocos metros de la meta? Te parece que las horas son milenios y te pones tan ansioso que terminas, aneurónico, marcando, con atrocidad, en la pared, una rayita por minuto - no por día.

Tras de mí sentí la reja que, por obra del recreo, se libraba del cerrojo. Sin embargo, yo tenía mis oídos y mi ser en el cerrojo de la puerta principal, definitivo, redentor y tan cercano que mi mente no dejaba de rozarlo. No sin antes dibujar otra rayita, me di vuelta: Bambi todo me tumbó como si fuera de terrón. En un segundo me tenía por el cuello masticándome los tímpanos,

-¿Te piensas que soy tonto? ¡Te lo juro! Me darás lo que con toda cortesía te pedí porque, si no, te pelaré (sentí su rudo juramente por la zona) los testículos a uña.

Lo gruñía con las muelas apretadas y los dedos afilados. No podría con mi recio, testarudo corazón: yo no pensaba darle nada, por supuesto.

-Me lo das, hijo de puta, porque no regresaré sin el botín o sin tu vida. No lo vas a disfrutar. ¿Has comprendido? ¡No lo vas a disfrutar!

Su corazón no se quedaba tan atrás: tenía toda la tajante voluntad del condenado, ¡la feísima maldad del resentido! No tan sólo le cedí, maldito sea, la ventaja de tener a Mao Tse Tung y de poder comunicarse con algún correveidile todavía sin prender que le leyera los periódicos, también, al deshacerme del Jesuita, le dejé completamente despejado de colmillos el acceso: nuestro calmo pabellón estaba huérfano de jefe.

-¡Me lo das porque te mato!

Lo decía de verdad. En el ambiente de la cárcel, no cumplir las amenazas repercute de manera terminal en lo que piensan sobre ti. ¡Pero jamás se lo daría! Recordé con memoriosa claridad las sacudidas del océano. La sal. El espejismo tremebundo del cadáver de Sepé, del que jamás había vuelto, con pesar, a recibir información. La lucha cruenta con la dura realidad alucinada. ¡Tantos duros sacrificios no podían ser en vano! Las heridas, tan reales como, bien, los nueve dedos de mis manos. La falange que salió de mis absortos intestinos. El riñón, ciberseguro. Tabobá, del que tampoco me llegaban novedades. ¿Rocas, orcas o

caníbales? ¿Habían naufragado? Mi captura. Las trompadas que masqué como si fueran mermelada. Recordé las amenazas escupidas sobre mí por el valiente capitán de la fragata, que lograban del idioma toda clase de proezas; ¡que llevaban la gramática, quizás, a donde nunca la llevaron Cicerón, Dalmiro Saenz o Petrarca! Recordé los avatares del proceso. La solícita labor del abogado, tan genial como tramposa. La corona de los ángeles: Didé; ¡la sola víctima de tanto despropósito! Didé, por todos lados. La revuelta de los jóvenes. Mi frágil inocencia. La manera de ganarme la prisión para venir a desollar al asesino. Las primeras impresiones de la cárcel, y la luz. Los barrabravas alentando, fervorosos, a Julito. Sus entrañas a la vista, sus costillas desdobladas y la luz. El pabellón original, destornillado, demencial y la locura del segundo, delirante, ciclotímico. La luz y los abuelos, sonriéndome. La luz descomunal, acogedora. Luz, moléculas y paz. La voz del yogui, sin negrita ni mayúsculas, más clama todavía:

-Resucítate... Disfruta del oxígeno... Respira...

Mis pulmones se llenaron con un plácido frescor. Abrí los ojos. A mi lado, ya sin hálito ni voz, yacía Bambi. Con la misma suavidad de los filósofos asiáticos, el yogui retiraba, de su cerviz, un fierrito. Las imágenes... la luz... ¿estaba -ya diseccionado de mis músculos- ¡muriendo!? Santo Dios, había sido (de

seguro muy a costa de su pena, que tendrían que volver a calculársela) salvado por el yogui. Le traté de dar las gracias con esmero, pero no lo conseguí. La fuerza no me respondía. Vi gendarmes que llegaban. Por supuesto, no tuvieron que forzarlo: se redujo por sí mismo, tan tranquilo como siempre. Como Sócrates, su paz no conocía la tormenta. Todavía sin hacerme por completo del dominio de mis párpados, a mí me trasladaron -para ya no regresar a la prisión- al hospital, donde tras una comodísima, fugaz internación, terminaría mi condena.

## 27

### La riqueza

Qué distintos, maldición, los encontré. No parecían ni Sepé ni Tabobá. Qué fastidioso copetín el que mandaron a servir, como si fuéramos consuegros. Qué fantásticas personas sin igual ¡sin parangón! en su versión adinerada, tremebunda. Qué distantes cortesías; qué mujeres de collares excesivos, de cutículas prensadas; qué familias espantosas, ¡qué prisión!; qué devenir calamitoso; qué ridículas, sin fin conversaciones de rigor. Sentí la misma decepción de cuando vuelves a cruzarte con un viejo compañero del

colegio: tú recuerdas al diablillo que tiraba papelitos cuando nadie lo veía, muy distinto del señor con que te topas, respetable cuando no redondamente lastimoso.

-Bien. Llegamos, corazón.

Bajé del auto, no sin antes sonreírle. Ya la panza se notaba con radiante prominencia. Su tranquila, curvilínea suavidad, me recordaba la preciosa geometría del albor.

La cárcel, vista desde fuera, no parece tenebrosa sino triste. Caminé sin decisión, pero con ganas. A medida que mis pasos avanzaban fui mezclándome con otros. El horario de visita no solía ser extenso: convenía no quedarse rezagado que, después, entre controles y colados y pasteles y desorden burocrático, la fila demoraba. Permití que los demás me rebasaran, porque yo sería breve.

-Buenas tardes. ¿A quién viene, tan feliz, a visitar?

-Al presidiario Benedicto de la Punta.

Le llevaba mi venganza.

-Bien. Espere, por favor, en la tronera dieciocho mientras vamos a buscarlo.

Me senté. La mente no se me movía demasiado. Parecía cautelosa, pero no paralizada. Con extrema, temerosa discreción, los abogados, los parientes y los reos conversaban en voz baja. La prisión es un lugar

donde las malas, y las buenas, y las grandes y las pésimas noticias y cualquier imperceptible novedad serán usadas en tu contra.

Tuc - tuc - ¡clánck!

Cerrojo gordo, fortachón, de los que pegan, al abrir, un contundente martillazo. Por la puerta, vi pasar una figura conocida. ¿Mao Tse Tung? La sombra toda, derramada por doquier, espeluznaba los contornos. Lo traían esposado. ¿Mao Tse Tung? Los presos todos, con el paso de los meses, se terminan pareciendo. Piel oscura (negro fósil) a pesar del poco sol: yo me solía colocar en sus minúsculas rendijas a sentir una caricia con calor. Las momias todas, con el paso de los siglos, se terminan pareciendo. Negro tumba. ¿Mao Tse Tung? Los alpinistas conservados por decenios en el frío de la nieve no parecen ni caucásicos ni listos. Mao Tse Tung. Por un segundo capital le sonreí, pero, despacio, mis absortas comisuras regresaron a su sitio. Fácilmente comprendí, de los escombros de los hechos, la difícil realidad. No me miró ni con envido ni con culpa. Solamente se sentó, con las muñecas esposadas en la mesa. No le dije Mao Tse Tung ni Benedicto. Solamente lo miré: sus ojos tétricos, sin párpados, miraban con atroz dificultad. Saqué, cuidándolo de todos los curiosos, el diamante. Lo froté contra la manga de mi buzo. Ya sin huellas digitales, lo dejé sobre la mesa, todavía sin hablar, y me paré para marcharme.

Pude ver, en el momento que me daba media vuelta, cómo toda su nefasta compleción se contraía procurándolo poner, entre sus pocos recovecos, a resguardo. Lo sabía de mi propio vía crucis: el diamante, con inhóspita crueldad, le causaría toda clase de tormentos. Quizás luego, si lograba desprendérsele, lograra ser feliz. Quizás no sólo le llevaba mi venganza, sino, bien, una rendija.

Salí libre. Mucho más en libertad que cuando sólo, con caudal y sin obstáculos, había terminado mi condena. Caminé bajo laureles y cosquillas, tan radiante que mis párrafos y yo, mis sentimientos y mi ser, encandilábamos al sol. Abrí la puerta del vehículo:

-Nos vamos.

-¡Qué belleza! ¡No se para de mover!

-¿Estás feliz?

Toqué la panza. La respuesta del bebé vibró por todos los detalles de mi risa.



**Como quieras ofender a tus lectores,  
nada más aconsejado que probar con  
este tipo de finales**

*¿La cándida cuna del mar? Qué bellissimo, vivo recuerdo. Lo puedo sentir de memoria, ¡lo puedo sentir con los ojos cerrados! Abrámoslos, pues. No queremos tener que llevarnos las donas al auto. Despiert...*

*¡Por Dios! ¡No no no! ¡Maldición! ¡Maldiciones! ¡Aún no salí del velero!*



EL YOGUI

**UN**

**LUGAR**

**EN**

**EL**

**CUAL**



**1. Cuatro brazos**

*La sensual exquisitez de pellizcar el universo con los dedos.*

**2. Placidez huracanada**

*Los colores psicodélicos del aire.*

**3. Nudos, héroes y villanos**

*Odisea del idioma por el cuerpo.*

**4. Lo que nunca lograrían igualar los escultores, más allá de que lo sepan superar**

*Tirabuzones.*

**5. Red eléctrica**

*Si Tesla fuera Dios, el ser humano brillaría por las noches. Pero vive.*

**6. Genetista**

*Las moléculas cometen. Sólo déjalas actuar, mientras actúas.*

**7. No se vive sin vibrar**

*Así que déjate de novias aburridas.*

**8. Las amígdalas al sol**

*Anatomista.*

**9. Viceversa**

**10. Lo mejor de la colina**

*Los caminos empinados llegan mucho más arriba. Pero, bien, precisas alas.*

**11. Belleza**

*La paz, a la piel, es el sol a la luna.*

**12. No dioses: abuelos**

*Edén sin Olimpo.*

**13. Cenit, sin calor**

*Himalaya sin frío.*

## 1

### **Cuatro brazos**

*La sensual exquisitez de pellizcar el universo con los dedos.*

Meditar es diferente de dormir. El arrorró, no menos dosis que canción, es anestesia. Cloroformo: te suprime los sentidos. De contrario, la frecuencia microsísmica del mantra te sustrae, de la piel al corazón. Jamás podrías sospechar el universo que reviste, más profundo que la misma trayectoria del Big Bang. El cosmos, más que las estrellas, es la mente, con un número tan grande de sinfines y color que ni siquiera lo sabemos pronunciar. Infinidad, al interior. Cien mil orígenes por célula. Destérmino. Tal vez, como la cósmica, creciente vastedad del universo no le daba para todo, Dios creó, más atrevido todavía, contra toda pequeñez, nuestro cerebro.

Qué curioso que busquemos nuestro ser espiritual en un lugar como la India, tan distante. ¿De verdad está tan lejos el espíritu? Quizás, haya que darse por torcidos y cambiar la dirección en que miramos. Ya dejar de comportarnos con la fuga del apátrida. Tenernos. Recorrer el interior, tan misterioso como varios Himalayas. La coraza de verdad es hacia dentro. Cuando quieras hacer yoga, no precisas de la sala con

incienso, ni del mar con horizonte, ni del templo con imágenes. El único lugar que necesitas es tu cuerpo.

Ni mejores ni peores: indolentes. Ponte cómodo. Derecho, de raíz. Equilibrado. No se trata de ventura, porvenir ni buen pasar. La plenitud de las facciones parte más de la postura que, quizás sobrevaluados, de los hechos. Cuando pesen las espaldas, enderézate. ¿Por qué poner los huesos al servicio de la lástima? ¿Por qué?! ¡Cuando bellísimos placeres hacen fila por nosotros! Buen vivir. Es lo contrario que nos suelen enseñar en facultad. El yogui dice: ¿tantos años, nada más, para saber? A ver: ¿qué sabes? ¿De verdad los cavernícolas estaban menos tristes? El propósito velado del saber es advertirnos sobre todo lo que no. Quizás debamos renunciar a cierta clase de maestros, que, total, algunas cosas no las vamos a saber de todos modos y, quizás, algunas otras, al saberlas, como pasa con los bares al influjo repentino de la luz, las estropeamos. El cerebro, tan fantástico, también a veces tiene sobrepeso. Comer bien y comer mucho no se deben confundir. Hay un abdomen de distancia. Lo primero multiplica. Los hindúes han sabido dar brillantes matemáticos y físicos. Embute, lo segundo. Sol, almácigos y frutos. Asia negra. Ya los griegos, hace más de veinte siglos, encontraron, entre cobras bailarinas y faquires en pañales, otro tipo de riqueza. Mar, espíritus y mundo. Ten cuidado, porque no conquistas India sin que India te conquiste. Son

naciones embrujadas; ¡del oriente no regresas sino sólo conquistado! Vale menos Alejandro con ejército que Diógenes desnudo.

## 2

### **Placidez huracanada**

*Los colores psicodélicos del aire.*

Pranayama (प्राणायाम). ¿प्राणायाम? Bello sánscrito, latín del Indostán. Idioma noble, de diseño, que no fue desarrollándose de forma natural con el transcurso de los siglos: mucho menos popular, a diferencia de los otros, fue creado con artístico, suicida "porque sí". Grandilocuente perdición. La brillantez del esperanto contra, siempre vencedor, el sencillismo de la gente. ¡No se cansa de ganar! ¿Desarrollándose de forma natural? O deformándose, según verificamos con los nuestros. ¿Qué grandioso dibujante consiguió, con una raya, que los monos de la India se colgaran como letras? ¿Dónde fueron ordenados? ¿Cuándo fueron elegantes? ¿Dónde viste que posaran tan esbeltos? De seguro no son monos, sino monas. Fuerza fina. Sutilezas. Abanicos. Escritura claramente femenina. ¿No parecen bailarinas de ballet? Devanagari (देवनागरी), nombre tan cautivador como sus trazos. El embrujo de

---

los astros y la mágica belleza de la bruja, de paseo por el cosmos. Alfabeto, pero mucho más erótico. Tranquilo kama-sutra (काम-सूत्र). Qué difícil declararse creador, ante la fresca, juvenil modernidad de los antiguos. Sólo mira: काम-सूत्र. Los cubistas no nacieron con Picasso.

Pranayama. Respirar es una forma de limpiarse. Los pulmones tienen varios recovecos escondidos. Es no ver, sino sentir, para creer. Algunos suelen estar muy contaminados por un pútrido vapor: también el aire se gangrena, como pasa con el agua que no fluye. Pero, bien, algunos otros recovecos -de común los inferiores- están vírgenes. Enjutos como pasas. Prenatales. Es por eso que los médicos nos suelen indicar que respiremos con la panza. ¡Sin vergüenza! Deja ya de pavonearte con el pecho. Descubrir la zona baja pulmonar es descubrir un Amazonas. Cuando mueves el ombligo -la primera cicatriz- te desanudas de la cáscara. Desatas el corsé. Descontracturas tonterías y los órganos reciben un masaje delicioso. Los alvéolos absorben el oxígeno. Se prenden, como brasas. Las moléculas del aire se combinan tan perfectamente bien con nuestros cuerpos que podríamos decir que nuestros cuerpos se combinan con el aire. ¡Que podríamos decir que, sin aristas, el espíritu flamea con el viento! No verás otra bandera sobre mí. Cuando medito, mis espaldas cobran éter y los pájaros se queman al pasarme por encima. Sin embargo, lo mejor es lo que pasa por adentro. No sospechas, con oxígeno del bueno, de qué

modo se despliegan las neuronas. ¡No sospechas lo que tienen escondido! Si tomaras una sóla, no podrías encontrar, en la febril infinitud del universo, tanta magia. Ni fundiendo las estrellas en varitas. Imagínalas, trillones trillones, conectadas entre sí, con el hechizo cerebral de sus tentáculos.

Se suele confundir respiración con pranayama - locución con mucho más significado. Se compone de dos términos. “Ayama” por un lado: más allá de sus fronteras; expansión. Y, por el otro, de sonata, con bellissimo rumor, tenemos “prana”. ¿Lo consigues percibir? Es energía. No cualquiera: la vital. Es lo que vibra cuando quedas cautivado. Cuando, mínimo de párpados, estás a dos centímetros del beso. Del primero. La más bella sintonía de los chakras. Imagínalo, de modo permanente, con la suave poesía del albor, como si, libre de las leyes y las órbitas, el sol, amaneciendo, se quedara detenido.

¿Qué se siente? De la forma que la sal o las caricias no se pueden comprender sino probándolas, el yoga se conoce por la vía de los hechos. Ni sosiego ni salud. Es un estado que no puede definirse con palabras - a no ser que lo describa, con alguno de sus trucos, Açaí. Como llegar y ver la casa con un orden fabuloso - pero sólo que tratándose del cuerpo.

Lo descubres meditando: pesan más los intangibles que los huesos. Merodean como sombras a

través de las ventanas. Son lo mismo que los brazos o las piernas: no sabemos deshacernos ¡ni siquiera prescindir! de nuestros propios pensamientos. Es extraño. Mentalmente, somos casi coladores. Simplemente nos asaltan, aleatorios, con espectro de fantasma. No les trates de dar forma - sólo déjalos andar, así se van como vinieron: ignorados.

¿Por qué no? Desateadas, las neuronas son más rápidas incluso. ¿De qué quieres preocuparte si, lo mismo que las plantas, casi todo lo solemos resolver en automático? Quizás, lo más grosero del cansancio lo dejemos -¿oropel?- en los adornos de la vida. Lo que cansan son las cosas - no vivir. La digestión es un ejemplo: ¿sabes todo lo que debe trabajar el organismo? Tú, tan sólo, disfrutar de la comida cuando entra - disfrutar de la comida cuando sale. Nada más. Todo parece diseñado por fiesteros - no por dioses.

Mientras unos aseguran que los yoguis, concentrándose, consiguen levitar, sus detractores se sonríen. Te lo cuento: no levitan, en verdad, pero lo sienten - con las venas y la piel. ¿Parece poco? Considera que muchísimas personas ni siquiera son capaces de sentirse, ni con piñas ni con sal. Ya no digamos de sentir las vibraciones o la suerte que detentan. ¿Sabes todo lo que pudo suceder para que nunca caminaras por el mundo? ¿Sabes cuántas circunstancias se zanjaron en el último pelín? Es acertar

la lotería tantas veces que, si fuera nada más por estadística, jamás existiríamos. Aquí nos encontramos, sin embargo, contra toda matemática. Ya todo sucedió como debía: ni te dejes a las máximas, ni corras. Equilibrio. Recordemos este término, que tanto pensar mucho como no pensar en nada nos estira la tensión. El yogui dice: ni la "vida" ni la "muerte" son antónimos. Camina con la cara del que viene de dormir con la más linda del colegio.

¿Qué me vas a responder? ¿"Cuando termine"? Las peleas no terminan. Una vez que, con tajante salivazo, pones fin, aún así las continuas en tu mente. Muchas horas. ¡Muchos días! Es un régimen tirano, sin apóstoles ni leyes, de tu yo sobre tu ser. Como no dejas de pensar en tus rivales, al final, te les terminas pareciendo. Las neuronas son un género maleable: cobran forma. No las dejes demasiado, por salud -¡y por estética, también!- en ese feo recipiente. Ni malévolos ni santos, desdoblémonos del yo. Quizás así podamos ver los pensamientos separados de nosotros, cada uno con su forma, peso, marcas y color, como si sólo nos miráramos la mano.

¿Sabes todo lo que debe suceder, con imposible coincidencia, para ser, en vez de rocas, seres vivos? En el sol hay mucha menos energía que, quizás, en los pequeños saltamontes - a no ser que las estrellas tengan vida. Respiremos. La nariz en lontananza. Los

pulmones al ombligo. Las clavículas marcadas. El oxígeno no limpia cierta clase de rincones sin permiso: se lo debes conceder. Hay numerosos pranayamas destinados al efecto, todos ellos en perfecta sociedad con el diafragma.

### 3

## **Nudos, héroes y villanos**

*Odisea del idioma por el cuerpo.*

¿Te conoces? El cerebro no permite que, tocándonos, podamos lastimarnos: los reflejos nos detienen enseguida - portan eras de genética. ¿Te piensas que no somos dinosaurios ni delfines? Somos todo: los embriones, en su breve desarrollo, van pasando, como biólogos, por todos los estados conocidos de la vida. De los más originales a los más adelantados. De la célula (son años, en millones. Cuatro mil) al vertebrado. Del reptil al escritor. ¿Y nos dejamos enfermar por los enfermos? ¿De verdad aquí conducen tantos siglos de destino? ¿Moriremos del estrés? El yogui dice: lo que quieras aprender, amor o sánscrito, violín o matemáticas, estúdialo bailando. No venimos adaptados al hastío. Por salud, no te permitas aburrir.

Anatomía para dummies: si no fuera por los chakras (चक्राणि) -que son siete- no tendríamos columna vertebral. Anudan todo lo que somos, en un hilo conductor, de la raíz a la cabeza. La raíz está situada, no muy fina que digamos, en la zona terminal. Donde te sientas. Muladhara (मूलाधार), le diríamos en sánscrito, bellissimo, de letras que parecen encantadas.

Que no salga de mis párrafos, podrían ofenderse: ¿no parecen humoristas? Los teóricos lo suelen asociar con el sentido del olfato. De común, la realidad es más irónica -por muchos Juvenales de distancia- que los sátiros de Roma. Juvenal, a quien debemos el binomio "pan y circo". Sólo mira, nada más, qué diferencia tan antónima con India. Gravedad en equilibrio. Los isquiones confortables, apoyados en el suelo. Vamos ¡sígueme! Las piernas como Buda. Solidez, alivianada por un toque vertical que nos parece sostener de la cabeza con un suave tironcito. Rectitud. A fin de cuentas, es más cómoda. Mejor: ¡maravillosa! Sólo mira qué poética, medida solución. No la cloaca. La raíz. Y, como fuera necesario, le dirían, a los últimos, primeros. Corrección, a veces casi demagoga. Pero, bien, forzar la paz no significa violentarla. Tanto menos, en el ámbito del yoga. Porque sí. No le discutes las razones al gurú - sin escucharlas, por lo menos. En la zona, no lo vamos a negar, hay energía, sin ningún lugar a dudas. No, no pienses en lo malo. ¿Con qué fin? ¿Martirizarte? Vaya móvil. En el juicio de los muertos, imagínate la cara del

fiscal. ¡Que te condenen con envidia, por lo menos! Muladhara, ¿no lo vamos a negar?, es una zona tanto poco conocida como subutilizada. Con el resto de las partes y los chakras y los nadis es lo mismo. Por vivir entre bombazos, lo mejor de lo que somos muere virgen. ¿Contra quién? ¡Contra nosotros! Tan estúpidas, al fin, son las batallas que libramos. En este juego de la vida, los que ganan, de común, no tienen éxito. Se gana, sin vencer. No necesitas el reloj. Es una carga demoníaca. Libera, por favor, a tu muñeca de su pulso. Marcapasos, pero no de los que salvan. Es la misma cicatriz de las esposas en el puño. No metódicos: dementes. El tic tac es mucho menos inocente de lo frágil que parece. Sólo mírate la cara: deja cráteres. Bombazo tras bombazo tras bombazo. No logística: demencia. Lo peor de no poderlo detener, es, además, llevar la cuenta. ¿Qué? ¿No quieres ser feliz? Te doy la fórmula, lector: no necesites ni del bien ni del pecado. Ni del oro. Ni del aire, ni del sol. No necesites, ni siquiera, ser feliz - pero, no menos que los kanes, ve por todo ¡con el alma de los césares! y cágate de risa mientras tanto.

Sí. Los yoguis blasfemamos, ¿por qué no? Pero riéndonos. ¡Jueputa! (जुएपुता!). Ven, reclámalo si quieres. ¡No preciso tu dinero! ¿Qué? ¿No vives satisfecho con lo mucho que no tienes?

Bien. Si ya te lo sacaste, continúa con el cinto. Necesito disponer de tu total desembarazo. Que no tengas, por un poco de presión, que comenzar a revolverte. No se puede meditar sin concentrarse - pero no malinterpretes: es un acto sin esfuerzo. Lo difícil es poderlo sostener sin distracciones. Intentemos. (Ya verás las tonterías que vendrán a tu cabeza, sin aviso). Ponte cómodo. Desnúdate, si quieres. Este libro, como todo texto yóguico, se tiene que leer con los sentidos - y no sólo con los ojos. ¡Como toda poesía! Ni vestido ni collares. No precisas otra cosa que tu cuerpo. Ni pastillas, ni permiso. No los genes: es la lana lo que da su condición a los corderos. No precisas el reloj y, mucho menos, entender el calendario. ¿Quién ha dicho que debíamos regirnos por edades? Es el summum de la paz: perder la cuenta. No saber. El yogui dice: yo celebro mi cumpleaños cuando quiero. No preciso de la fecha. Sin velitas. He nacido muchas veces en mi vida, como brota, de manera recurrente, la belleza del jardín. Hoy de mañana, por ejemplo. Liberarse de la lógica. Sentir que nuestro ser es el albor al que los astros nos conducen. En verdad, lo que buscamos, inclusive los viajeros compulsivos, es, apenas, un lugar. (Por no decir, entre nosotros, "un hogar"). Después de libros, palacetes y dinero -sin metáforas- los yoguis, el hogar que descubrimos, es el cuerpo. Percibir sus pulsaciones. No moverte con el vano movimiento. Disfrutar del corazón. Que te la

quieren explicar y no consigas comprender qué significa la palabra depresión. Sentir el peso como manta de la piel. El organismo, si se puede resumir, es un camino que conduce -no sin baches- al espíritu. Sorprende que con cuerpo tan pequeño se nos haga tan difícilmente largo. Quizás sea más sencillo, para muchos, el avión. Viajar al Asia. Sin embargo, ya lo sabes: el camino de verdad espiritual es el que corre por el cuerpo. Meditar es una forma de limpiar la percepción. Desempañar, ante nosotros, el espejo. Prende velas, si te gustan. Dos o tres, serán bastantes. Vamos, anda, sin apuro. Bien podría, pero quiero conocerte, más verídico, por dentro. No me voy a ir sin ti. Cuando regreses estaré, te lo prometo.

## 4

### **Lo que nunca lograrían igualar los escultores, más allá de que lo sepan superar**

*Tirabuzones.*

Los adultos están tristes sin llorar. No los bebés, por más que lloren. Los bebés, que son flexibles como yoguis (o los yoguis, en verdad, como bebés) olvidan rápido su llanto. Como lluvia por la tarde, no le dan

significado. Luego ríen sin motivo. Ser feliz es un estado. Tener éxito, quizás, a la manera de los árboles, es no necesitarlo. No debemos sorprendernos si los indios, con milenios de soldados y poetas, con el grueso de sus días en el viejo testamento, con su mínima fracción después de Cristo, con más siglos que nosotros, ¡con los años a granell!, que ya tuvieron, hace más de cuatro mil, su Nueva York -Mohenjo Daro- cuando Dios depositaba sus esfuerzos en Adán; que ya la vieron destruida varias veces; que los chinos los supieron envidiar, que conocieron a los griegos como bárbaros, que ya resucitaron y volvieron a morir; que, saturados del científico, llegaron al gurú; que ya probaron toda clase de recetas, el estrés y la conquista, la piedad y la razón, la castidad y la lujuria, no debemos sorprendernos si después de perseguirse como reos y rondar la zanahoria de la dicha más de cien generaciones, hoy la buscan en la nada.

Los bebés, que son elásticos, no tienen ambición y, por su forma de mirar, quizás estén en el momento más dichoso de sus vidas. Con tendones como huesos y nariz descascarada, los adultos, ¿recuperan esos ojos algún día? Lo flexible, de común, resiste más y pide menos. De la forma que jamás confundiríamos la paz con la gimnasia, que tampoco nos suceda con el yoga. Sin embargo, la verdad es que podría ser, tal vez, un sustituto superior. Tranquilamente. La función de las asanas -las posturas- es lograr un organismo resistente,

que se pueda mantener, sin contratiempos ni calambres, meditando. Picazón. El cuerpo tiene pasadizos, ¡laberintos!, Minotauros a la vuelta de cualquier oscuridad. Molestias varias. Es aquí cuando descubres el obstáculo que somos, de común, nosotros mismos, a nosotros. Lubriquemos las juntas. Destrabemos la cadera. Que los huesos se liberen. Elonguemos los tendones y los músculos, así no nos vendrán a distraer, impertinentes.

¿Que son fáciles posturas? ¿Y por qué te cuesta tanto mantenerlas? Lo que cuesta, de común, es lo que más necesitamos. No limites las asanas a tratar, a duras penas, de tocarte los pulgares de los pies con los mayores de las manos. La logística del cuerpo, como siempre la logística, genera toda clase de deshechos. Hay pegote, corolarios, adherencias por doquier. Desengranajes. Basureros. Por ejemplo, si pensamos en la zona de la pelvis, allí van a concentrarse las toxinas por efecto de la sola gravedad: son importantes, por lo tanto, las posturas invertidas, con las piernas hacia Dios. Desentumecen.

Por su lado, la torsión desintoxica. Bien sentado, ponle fichas a las vértebras. Escurre las lumbares. Gira todo lo que puedas, sin forzar. Desacostúmbrate de todos los deportes donde debes exigirte; de las prácticas de fútbol; de las pesas; de las pistas. Aquí no. La matemática del yoga se compone de conceptos y

vivencias - no de cifras. Las asanas no se miden por el ángulo: concéntrate, sin más, en percibir las sensaciones. La quietud es vibración y, las alfombras voladoras, esterillas. Además, no solamente nos importan las posturas: es también, articular, el recorrido lo que surte sus efectos. En el punto de mayor comodidad, allí te quedas cuanto gustes. ¿Sabes dónde vivirás en el futuro, muchos años? En tu cuerpo. No las dejes estropear: si las lumbares están bien, es imposible ser un viejo. Las más gráciles cinturas suelen ser las de los yoguis. Un perfil para la foto: las asanas, es verdad, no son gimnasia - pero quedas fabuloso.

Mientras tanto, solacémonos con algo de teoría, que ni Gandhi ni Tagore, con su célebre, cabal sabiduría, renunciaron al saber. Ashtanga yoga: las famosas ocho fases. No le temas a los términos en sánscrito, latín de los brahmanes, ¡romancero de los yoguis! No podría ser más bello. Sólo míralo, colgando de su propio firmamento: संस्कृतम् Singular devanagari: no le vayas a decir abecedario. Son distintos. Uno viene de los césares. El otro, de templarios del oriente, doblemente sanguinario pero mucho menos cruel. Vegetarianos carniceros que jamás te matarían con cuchillos si tuvieran alfileres.

Ocho fases hemos dicho, pero, bien, las dos primeras las conoces, de seguro. Ya tuviste catequesis. Relación con los demás y relación con uno mismo.

Magro código moral. Adivinables mandamientos, sin sorpresas. Castidad, que no tenemos intenciones de cumplir. Pero, ¿por quién nos han tomado? ¿Por fanáticos? Es raro: cada vez que los humanos conseguimos algo lindo, religión o disciplina, los imbéciles, al tiempo, contra todo su color original, lo reglamentan con un código de culpas y pecados. Siempre tienen, además, un singular desbarajuste con el sexo. Madres vírgenes, inventan. Imagínate la cara del psicólogo. Canónicas, ¡hogueras! Imagínate los párpados de Dios. Hasta los términos son feos: sacrificio; confesión. ¡Que no te pudran la cabeza! ¡Ni los unos ni los otros! Cada credo necesita sus demonios - nada más que, de común, están adentro de sus templos.

Como debes intuir, no me pretendo detener en estos puntos. ¡Continuemos! De las ocho, la tercera de las fases, algo menos animal, son las asanas - que, quizás, estés haciéndolas ahora, mientras lees. La siguiente, pranayama - que seguro que ya no: percibo toda la tensión de tu diafragma. ¡Ya libéralo! La piel envía miles de millones de señales al cerebro: la manera de decirle cuáles son innecesarias es tan fácil como sólo desinflarse. Que las vísceras regresen a su sitio. Ya dejar de presionar al corazón. Hacer espacio. Darse paces y sentir el bienestar en las espaldas. Inspirar. Al aire limpio le podríamos llamar "el elixir". Ahora suéltalo, sin prisas. Es así que se reinician las neuronas. Prana

puro. Suena raro, pero no: la contracción es inconsciente muchas veces y, dejar de contraer, es voluntario. Lo podrás verificar en tus omóplatos y ceño cada vez que lo recuerdes.

## 5

### Red eléctrica

*Si Tesla fuera Dios, el ser humano brillaría por las noches.  
Pero vive.*

Pon los dos primeros dedos en contacto, como quien le pellizcara las libélulas al aire. Los restantes, no muy flojos, casi rectos. Es la forma de guardar, al relajarnos -meditar es diferente de dormir- un filamento de conciencia, pertinaz como la miel que, lentamente, se derrama. Los has visto, sin quizaces, en diversas esculturas. Estos gestos, para nada baladíes, se conocen como mudras (मुद्रा). Son lo mismo que vestirse de zapatos y gemelos en tu casa. Quizás sea menos cómodo, verdad, pero tu rostro se ve fresco, las neuronas reverberan y los ángeles saludan cuando pasas.

El cerebro le dedica, sin escrúpulos, muchísimas neuronas a las manos. Es por eso que las artes son un género manual: allí radica su cintura. ¿Quién podría

concebir estas estrofas escribiendo con teclado? ¿Quién podría descubrir, en una roca, lo que Fidias, sin tocarla? Creativas son las manos, no la mente. Vamos, ¡síntelos! Los dedos tienen pulso. Corazón. Allí radica la sutil imperfección que vuelve todo milagroso. Por lo mismo, libros son los de papel. Los digitales son cansancio, sin sabor. Los versos entran por la piel, no solamente por los ojos.

Y nosotros somos rayos contenidos en sutiles telarañas. A lo largo de los chakras corren nadis (नाडी), verdaderos pasadizos energéticos. Circuitos, diseñados en quién sabe qué cabeza. Sin embargo, como toda tubería, necesita del mejor mantenimiento. Son la parte delicada de cualquier arquitectura. Las asanas -que podríamos, también, catalogar de plomería- los destapan y, después, al respirar, el prana (प्राण) fluye como río por su cauce. Lentamente, con feliz profundidad. Los animales más longevos -las tortugas, las ballenas y los yoguis- de común, respiran lento. Como luz en el albor: consciencia suave. De contrario, los conejos, los taxistas y los perros, agitados de continuo, viven poco. Sin temor: imaginemos ser felices muchos años y morir, a blandas penas, con la paz del elefante.

Los dolores se podrían resumir en tres orígenes: los auto generados, los achaques de salud y los desastres naturales. Liberados al azar, con los dos últimos, el

yogui cruza, casi cabalístico, los dedos. Sí señor: cruzar los dedos es un mudra. Del primero, se descorcha de la risa. No violencia, se predica. Pero, bien, la no violencia debe ser, primeramente, no violencia contra ti. Que ni siquiera las asanas te provoquen un tirón. El yogui dice: No suframos, sino sólo por amor. Es la licencia que tenemos permitida. Por amor, no le temamos a sufrir. ¡Suframos mucho! Pero no por otras cosas. El cerebro, como sabes, es un arma poderosa. ¡Mucho más que los colmillos del león! ¿Dijimos arma? Tonterías: ¡arsenal! Así que guárdate de ti, no como César de las idus. Los humanos, con cerebro, somos monos con fusil. El pensamiento, de común, se pega tiros en el pie. No te lo pongas en el pecho. Los mejores pensamientos, y los otros -¡los funestos y los mágicos!- se siembran en la mente, pero crecen en el cuerpo.

Resumiéndola sin más, la situación es la siguiente: potencial, alrededor de muladhara, como rollo de dragón, está roncando (qué lugar, con ese nombre) Kundalini (कुण्डलिनी). Nada menos: energía - pero no movilizada. La queremos despertar para que suba, de la zona donde suelen habitar los apetitos, a la menos animal, en la corona superior de la cabeza: sahasrara (सहस्रार), donde mora la conciencia superior, de donde todos provenimos. Es allí donde combina sus minúsculas un término bellísimo: nirvana. ¡Qué mayúsculo remanso! Qué vorágine de paz. En el

camino, pasaremos a través del corazón, pero primero, genital, nos hace guiños swadhisthana (स्वाधिष्ठान).

## 6

### Genetista

*Las moléculas cometen. Sólo déjalas actuar, mientras actúas.*

Hay espíritus que deben explicarse mucho más desde la piel del novelista que no ya desde la tesis del psicólogo. Pensemos en Ramsés o Nefertara, por ejemplo. Ciertos géneros del ser exceden todas las astucias de científicos y líderes. Así, rondando magia, con bellísimos colores a sus puertas, swadhisthana no se debe comprender por sacerdotes o gurúes. Es aquí donde también los iletrados necesitan del poeta.

Las comunes contracturas de la cerviz son resabio de los días en que, presas de cualquier depredador -cuya mordida, yugular, buscaba siempre la captura del pescuezo- levantábamos los hombros por instinto. Qué molesta consecuencia del stress, innecesaria desde tiempos antiquísimos. No somos sino miedos obsoletos. Ya las fieras olvidaron hace mucho cómo sabe nuestra carne; sus cachorros ya no raspan, con dientitos juguetones, nuestros huesos. Sin dejar de

respirar, detecta cada contracción en tus espaldas y relájala. Tan fáciles, a veces, son las tríplicas promesas del prospecto. Focalízate, ya libre de tensiones, en tus pies. Percibe cada sensación de los meñiques, sin moverlos. Vamos, tómate dos párrafos a ver si lo consigues.

¿No lo logras? ¿Se te mezclan con el resto de los dedos? Bien; entonces necesitas educar la percepción. Dejar hacer. Soltar diafragma, pensamientos y mandíbula. Sentirte comfortable con tu piel. Volverte mágico. Dejar de recibir, como si fueras un deshecho colador, el bombardeo del entorno. Descubrir los pasadizos y meterte por tus nervios. Navegarlos. Detenerte donde quieras, con la misma precisión del alfiler. Unir dos puntos, entre miles. Concentrémonos, entonces, en los chakras - al final del recorrido, ya podrás deshilar, como si fuera desarmable, cada zona del meñique.

Focalízate, con todos tus instintos, en la zona del primero, mooladhara. Siente cómo se bifurcan las

caderas. Suelo pélvico. Tabú, no solamente de los curas: ¿has tratado de mirártelo, siquiera? Flor tabú. Pecado sutra. Misterioso, relegado periné. La kundalini, con su plácida modorra, va dejándolo pesado. ¿Le soltamos la correa? Muy despacio; kundalini no se debe despertar con un agudo pi pi pí, sino, más bien, con voz de madre. Lo contrario del somnífero - con todas sus etapas. Kundalini, como ya lo mencionamos, es dragón - pero bebé. Comprende sólo sensaciones, no palabras. Tiene toda su nariz en el ahora. No procures razonar con argumentos, porque llora.

¿Continuamos? A lo largo de los chakras, medular, está sushumna (सुषुम्ना), tan vital como la tráquea. No sin mérito ni causas, es el nadi principal (entre -según la tradición- setenta mil). Ahora sube, con la prisa del camello. Swadhisthana, de común, se siente bien. Pero no vayas a bajarle (sin hacérselo valer) tu corazón: seduce fácil, como todos los tiranos. Te conduce con el dedo. Se lo suele vincular -aquí, de nuevo, los gurúes dejan dudas- con la lengua. ¡Con la lengua! No diremos que son sonsos: es el chakra del influjo genital. Donde moramos, según dicen los teóricos. Centrémonos en torno, sin reparos. Posiciónate, sin otra distracción, a la derecha de las partes innombrables. ¿Has notado que ninguno de sus nombres suena bien? A la derecha; no te corras. Deberían explicarlo los lingüistas. ¿Has notado lo difíciles que son de mencionar, sin escozor? Al menos

fuera de la cama. Deberían evitarlo los psicólogos: tan sólo los artistas son capaces de -lo mismo con la dicha-coquetear con el tabú, sin estropearlo.

¿Castidad? No nos dejemos confundir: los genitales, si tan feos como son, provocan tanto, no será sino que tienen energía de la buena. Sin embargo, no se puede revelar, entre los hombres, nada bello sin que vengan los fanáticos a darle su sombría pincelada. Los parece seducir el sufrimiento.

Todavía nos hallamos -¿digo bien?- a la derecha. No quisiera sospechar que tu conciencia se voló como la mosca. Bien, ahora, ve moviéndola. La vamos a llevar al otro lado, sin pensar en otra cosa. Sólo debes concentrarte, nada más, en ese punto. Hobbes lo supo, cuando dijo que pensar en una cosa solamente se podía parecer a no pensar. El yogui dice: los hindúes lo supieron desde siempre.

Los problemas están todos en el lóbulo frontal. Es importante que lo sepas, porque siempre trataremos de peinarlos a la parte posterior de la cabeza. Sobre todo por la noche: nunca vayas a la cama con arrugas en la frente. Lo que ves entre las cejas de las indias nada más es un puntito: no te pintes una cruz. Las cargas pesan en el ceño. Las pantallas encandilan, pero no las confundamos con el sol: una mañana que no prendan, y ya no las prenderemos. ¿Quién nos pudo convencer de que también necesitábamos un sitio ¡maldición!

donde tener almacenados los problemas? Basta ya de tonterías. Resolvámoslo con mera religión: el hinduismo tiene tres divinidades principales. Principal en los altares, está Brahma, creador. Equidistantes, la bondad preservadora de Vishnú convive, yóguica, con Shiva. Muchas veces caminó, con pies humanos, protector entre nosotros. Le complace que las cosas duren todo lo posible - no resulta sorprendente que nos tenga fascinados. Su mejor encarnación ha sido Krishna, que murió crucificado, según dicen, en un árbol; que bajó, sin apellido ni poder, a los infiernos y, después, subió sin alas a los cielos. Sí. Desínflate. (Los yoguis meditamos meramente por placer: llegar a Dios es secundario, pero, bien, de todos modos, es fantástico). Respira con la panza: "que murió crucificado", ¡lo que son las coincidencias? Y, por último, tenemos, sin escrúpulos, a Shiva, destructor insobornable cuyo fin es que las cosas se terminen. Animales y personas. Libros párrafos y versos. Esculturas y grabados. Templos cánticos y ¿dioses? Novedades y leyendas. Padres hijos y bisnietos. Esperanza. Nietos príncipes ¡autores! Nunca nadie -ni cristianos ni moriscos- asumió, sin titubeos, el carácter terminal del universo. Sí. De todo. Si nos sirve de consuelo, los problemas, como parte del total, también están considerados. ¡Ya termínalos entonces! ¡Desarrúgate la frente! Ya después, por si te sientes aburrido, vendrán otros. Aquí nada se destruye sin

crearse. Ya verás nacer de nuevo las plantitas. Cada fin es un origen y, del modo que solemos preguntarnos, de los niños, cómo pueden estar cómodos adentro de la panza, quizás otros se pregunten, de nosotros, en un fresco, ventilado más allá, cómo podemos estar cómodos adentro de la piel. ¿No te preguntas con qué aire lloraremos? ¿O qué clase de pulmones abriremos al morir? No nos podríamos matar aunque quisiéramos hacerlo. No confundas a la noche con la sombra. ¡Ni matándote resuelves lo que no desaparezcas de tus hombros con el yoga! Que quizás los moribundos días antes de morir estén incómodos del modo que también están incómodos los niños en la panza, días antes de nacer. No son antónimos: la muerte, tan metódica, convive con la vida. Quizás, bien, las convulsiones de la muerte sean otras contracciones. Adivina: luz al fondo, voces cálidas y túnel - ¿quién podría decir útero? Tal vez, el cuerpo sea, nada más, otra placenta. Quizás todos nuestros bárbaros desvelos sean meras pataditas en un vientre de quién sabe qué lugar. Quizás, amén de los impuestos que pagamos, no seamos sino fetos. Quizás no necesitemos, al igual que los embriones, tantas cosas. Una madre, nada más. Naturaleza.

¿Qué? ¿De nuevo con apnea de semáforo? Desínflame: la paz, es voluntaria. Despreocúpate de todos, y de ti. La contracción, involuntaria. Ya nacimos enfrentados: en nosotros está darnos armisticio. ¿Lo percibes en la piel? El tiempo pasa, diferente de la brisa,

pero fácil de sentir si te concentras con los mismos receptores. Es higiénico: se mete por las células y limpia. Con reloj, es un tormento. Sin reloj, es un placer. ¿Baño de sol? Baño de tiempo. Sin leer, tomar un trago ni pensar: reconfortarse disfrutando, nada más, de su caricia. Desanuda las clavículas. Derrama los pulmones y respira con la panza. Ser conscientes del ahora nos permite prevenirlo: no transcurre distracción sin que nos queden las costillas en apnea. Si la mente queda corta todavía, no se sabe de tensión ni contractura que no pueda distenderse con asanas.

## 7

### **No se vive sin vibrar**

*Así que déjate de novias aburridas.*

Al hablar en castellano, no solemos observar, en su sonido, cómo vibran las palabras. En el sánscrito se tiene, de común, conciencia plena. Las palabras significan lo que dice -más verídica- su música. Jamás un diccionario.

Vibración. A veces no se necesita nada más. Las oraciones, en oriente, valen más por su sonido que por su significado. Sin saberlo, yo lo supe desde niño, cuando libre, perfumado por las flores, escribir era mi

forma de rezar. Aunque se guarde la respuesta, no desoye. Dios escucha con visión, como nosotros escuchamos al bebé que lloriquea.

De la forma que la letra, con la música, se vuelve pegadiza, las palabras, bajo rítmico compás, alcanzan vivas al espíritu. Seducen sus obstáculos. Los chakras reverberan y los nadis, más sutiles que los nervios, se ventilan. ¿Qué mejor que comprobarlo con el ritmo de mi prosa? Texto tántrico, que vibra como mantra. Hierba kusha. Dignos párrafos del oomm. Igual de tersos, pero más condimentados. Terapéutico masaje de pupilas, tanto más, en un planeta donde sobran poetitas. ¿O no sientes cómo vibran, activados a la par, tus nervios ópticos? Directos al cerebro, como cuerdas de violín. No desestimes sus bondades, que los átomos, se dice, no son más que vibraciones energéticas. Encastran entre sí, como la lluvia con la lluvia. Chaparrón. Caleidoscópico maná cuyo milagro no sucede nada más en el origen: se completa con el toque de varita de la parte receptora. De común, así con todo lo que vemos, escuchamos o sentimos. Ni las hojas de los libros ni los bloques de los muros están quietos. Todo vibra, con febril vitalidad. Al escribir, en ocasiones, me pregunto si debajo del papel habrá, tal vez, algún espíritu que sienta las cosquillas provocadas por mi pluma.

## 8

### **Las amígdalas al sol**

*Anatomista.*

La función de la raíz es ascender. Las paradojas, en verdad, son lo común. ¡Son lo que rige nuestro cosmos! Lo normal no tiene nada, según sé, de natural. El yogui dice: cuando vuelvas a dudar de que Dios sea verdadero, bastará, para calmar tus inquietudes, con que mires una flor. Abuela: todos lo sabrán cuando, después de nuestro tiempo, los arqueólogos descubran estos versos, olvidados a su suerte, ¡casi fósiles! en rara lengua muerta: cuando todas, al saberlos con alguna trisomía, los mataban en sus vientres, tú, sin más, los adoptabas. ¿Quién ha sido más feliz? ¿En qué pupilas hallarán, los descendientes de mis nietos, la salvaje plenitud de tu mirada? ¡La feliz tranquilidad de tu belleza! Nada más te ven venir, se paran firme los arcángeles y Dios se sentaría, solamente con que tú se lo quisieras permitir, a tu derecha.

Dicho esto, no le creas, al gurú, su santidad, porque no son en absoluto compatibles. En el yoga, la bondad es, todavía, demasiado corporal. Implica no despreocuparse. Condoler. Negar las paces. Inferior y

superior al mismo tiempo, mucho más y mucho menos a la vez, la forma yóguica de paz es de tenor contemplativo. No sentir, como san César, un llamado. Ni siquiera preocuparse por el prójimo. Ser libre, no tan sólo de los hombres: de la fe. Pero sigamos adelante que, sin dudas, lo difícil es ser libre de ti mismo. ¿Sabes qué? Los pensamientos tienen vida. Más aún: son seres vivos. ¿No contento? ¡Tienen nombre! Miedo. Culpa. Malestar. Resentimiento. Sólo dime con quién andas y podré decir quién eres. Entusiasmo. Vibración. Felicidad. Ideas locas. Si supieras, santo Dios, con quiénes ando, yo no sé qué pensarías de mi pluma.

Manipura (मणिपूर), chakra carne, merodea por la zona del ombligo. Repercute, con los mismos apetitos de las fieras, en los órganos que viven por debajo del diafragma, firmamento pulmonar, extraño músculo de sólo dos milímetros de ancho que demarca la frontera, vagamente corporal, del inconsciente con la parte voluntaria. Tan sutil que se nos mezcla con el aire, no se mueve sin brindar omnipresentes sensaciones. El timón del organismo, mucho más que las ideas o los pies, es el diafragma.

Manipura, por su lado, no se rinde sin luchar. Hay muchas vísceras en juego. Kilométricas. El páncreas, el estómago, las glándulas, el hígado, se prenden de lo suyo. Contribuyen, es verdad, pero lo cobran con prurito. Sin embargo ¿sabes qué? cuando se

sufre depresión, se recomienda sostener, en este chakra, la conciencia. Dirigir la creación a los sentidos. Amigarse con los goces y volver a disfrutar del alimento; ¡de las cosas materiales! Activar el apetito. Concentrar la creación en los sentidos. Despertar la no tan fútil ambición, que, moderada, resucita.

## 9

### Viceversa

Desmedida, te sepulta. Tenla siempre bajo llave del diafragma. Vamos, ¡bájalo! Desínflate. Respira con la panza. Dimensiona lo real, del espejismo. No le des a la mentira jerarquía de propósito que, luego, como bólido, te chocas con la nada. No te quieres extraviar en el desierto, manejando sin parar, hasta quedar sin combustible. Sangre pírrica. Sarcástico sudor. Estrés inútil. Son muchísimos los autos que se pueden encontrar con calaveras al volante. ¿Cómo "dónde"? Sólo tienes que mirar a tus plomizos compañeros de semáforo. Quizás, retrovisor, también a ti, con unos ojos poco gratos, el futuro te persiga.

Ni la roja ni la verde. Del semáforo no puedes escapar sino bajándote del auto. ¿Qué me dices? ¿Que no llegas? Pues... ¿a dónde? ¿Pero quién, en sus cabales,

estaría tan deseoso de llegar a los lugares que frecuentes? Todas cárceles; ¿o vamos a decirles “compromisos”? Te lo dice nada menos quien escribe: no te dejes engañar por las palabras. Intentemos aparcar, aunque no sea nada fácil conseguir, en esta selva de millones, un espacio. ¿No lo logras encontrar entre vehículos? Quizás, en anahata (अनाहत).

Corazón. Así solemos definir al epicentro de las cosas. Insonoros cañonazos. Livianísimo poder. Profundidad, cuya tectónica sutil sacude toda la corteza. Pulso. Piel. Corriente viva. ¿Sangre? Magma. No se debe confundir el aguardiente con el líquido. La vida, pectoral, es una forma de calor. Antimateria. La termal omnipresencia de la luna. Los embriones en asana, meditando. Vibración original. El corazón, en lo profundo de su centro, no palpita, pero pulsa con un haz estacionario que proviene del origen y que sólo, bajo tímpanos en paz, oídos yóguicos escuchan.

Una parte del cerebro, contra todo lo que saben las neuronas, está libre de las leyes de la física. Por eso, lo podemos expandir. Ni mis palabras ni tus ojos estarían a centímetros si fuera, solamente, por el orden racional del universo.

¿Todavía te lo debo recordar? No necesitas un espacio de revista, Sobre todo cuando tienes, adornado por sinnúmero de células, el templo de tu cuerpo. ¿Por qué templo, me preguntas?. Es un Dios el que reside.

¿Todavía te sorprendes? Pranayama. Tenlo siempre, con la paz del comodín bajo la manga. Con patentes diferencias, bostezar es parecido. ¿Sabes cuál es la función de los bostezos? Refrescar el cerebelo. Las neuronas, cuando pasa con cualquier procesador, si se calientan demasiado, piensan menos. Ni la roja ni la verde: pranayama. Sacudámonos al tiempo de los hombros. Trascendamos a la muerte -como todos, al final- pero también al nacimiento.

No sin mística, se dice de la ciencia que, por más que no consiga describir exactamente los sucesos, el tamaño del error es cada vez más acotado. ¡Que sus pasos por lo menos nos acercan! Sin embargo, las cuestiones que de veras nos importan -¡el destino! ¡los orígenes!- parecen apuntar al infinito.

Pero, bien, aunque te muevas con perfecta dirección, ¡al infinito no te puedes acercar! Es matemática de cuarto. Comprendemos el Big Bang con precisión: "¿y previamente qué pasaba?", nos preguntan los pequeños. Empujamos los problemas pero no los resolvemos.

Corazón, superlativo de "coraza". Si los yoguis entendieran este término, quizás intentarían, como suelen indicarlo los psicólogos, abrirlo. Como no, confunden todos los orígenes en uno. Sólo sienten, en el fondo, lo que tú, como si fueras un fantástico ser vivo.

## 10

### **Lo mejor de la colina**

*Los caminos empinados llegan mucho más arriba. Pero,  
bien, precisas alas.*

Con volcánica presión, la sangre fluye como tú se lo permitas. Es la lucha de tu yo contra tu yo: no son distintos el espíritu, del cuerpo, de la mente. Trinidad. De los dos últimos, tenemos, de manera natural, conciencia plena. Del primero, ya no tanto. Cortesía del autor, por no decir en absoluto. Sin sentirlo ¡no podemos disfrutarlo! Cuando ya la fortaleza conseguida con asanas te permite sostener la posición meditativa sin dolor y cuando ya los pensamientos están todos a merced de tu control, allí se tocan, sin constantes distracciones, la conciencia con el alma.

Qué porfiados son, a veces, los estímulos internos, tanto más que bocinazos o mosquitos.

Como tú se lo permitas. Pero, bien, algunas veces (son momentos en que sientes un perfecto bienestar) la sangre fluye como debe, sin ahorques. ¿Has oído de los granthis (ग्रन्थि)? Quizás no, pero seguro que, lunáticos los tres, los has sentido. Son los diámetros del cuerpo que podemos apretar. El periné, bajo la prisa de los dos

primeros chakras, insaciables: brahma granthi. Más arriba, vishnu granthi, por la zona del abdomen. Se vincula con los dos segundos chakras, todavía corporales. Allá vamos: asociado con los dos terceros chakras, mucho más espirituales, rudra granthi. Te lo puedes encontrar en la garganta.

Trascendamos las clavículas. Vishuddhi (विशुद्ध), quinto chakra, se vincula, por delante de la cerviz, con aquello que consigue trascender al individuo. No lo sientas en la glotis sino justo por detrás. Allí concéntrate. No vayas a pisarte la laringe: ya salimos del sistema digestivo, personal, acopiador y temeroso. Cloaquera sujeción, casi con síndrome de Diógenes. Vivimos preocupados por las cosas que queremos apilar, cuando más bien nos debería preocupar, como tratándose de pestes, ir soltándolas. Así nos lo demuestran un sinfín de biografías. Los filósofos se suelen preguntar “por qué la vida”. Yo lo sé: porque nos gusta. Sube vértebra por vértebra. Los nadis encendidos y los chakras constelados. No los puedes activar sin conocerlos. De revés, con conocerlos los activas. Recompónete: suspira como Bécquer ordenaba las dispares emociones del amor, en el idioma. Castellana brujería, pero siempre juvenil. Despampanante. ¡Viejas no! gritamos todos los poetas. Hay estrofas que jamás han de leerse como párrafos - se tienen que bailar, como flamenco. ¡Meditar, como si fueran una parte de nosotros! Energía. No la creas

intangible, que no somos otra cosa. Por completo. De la forma que bailar es meditar en movimiento. ¿Buen pasar? Qué tontería. Buen vivir.

El arrorró, no menos mantra que canción, es una forma de rezar a nuestros dioses.

El yoga trabaja del modo que crece, sutil, el cabello. Parece que no, pero sí. Sus raíces funcionan. ¿Recuerdas la cara de Buda? Parece bebé.

La mente puede lastimar. El prana no.

Caritántrica risa. Nenúfares. Yoga, tambores y gongs. Shanti Path.

Brevidades de gurú. Sus frases son como posturas y, sus máximas, asanas.

Tus padres dirían felices: "qué bueno que sea feliz". Yoga gongs y Tambores.

Es la paz multiplicada por la paz. Dos pulsaciones por minuto.

Ni justo, ni bueno, ni malo, ni dócil.

En verdad, cada bebé, sin declararlo con palabras, es un yogui. Lo delatan sus facciones.

Pequeño león de bengala, ¡por fin, ya se siente la paz prometida!

Belleza sin par del espíritu. Calma flagrante. Qué sonsos parecen los bíceps, allí. No groseros: insípidos. Falsos profetas. Ridícula forma de no ser feliz.

Hinchazón, sin siquiera carisma. Discursos sin voz. Regresemos aquí, que la piel, con distancia, ya no pesa tanto. Vishuddhi distingue la paja del trigo. Pensémoslo: somos, del cuerpo, su parte profunda, sutil. Lo que vemos del otro, no deja de ser el rebufo. Lo más exterior de su red excretora. Los poros, al cuerpo, son las chimeneas al mundo.

## 11

### **Belleza**

*La paz, a la piel, es el sol a la luna.*

Verás, no podemos seguir sin volvernos felices. ¿Estás preparado? Quizás necesites, aún, madurar. No confundas: hay muchos que, vanos, renuncian a todo por ver si lo logran. Mansión y dinero. ¡Cuidado! Primero Jesús fue feliz y, después, renunció. Jamás antes. Primero, lector, sé feliz que, después, desprenderse será natural. ¿De qué sirven los bienes al hombre sin males? De nada, tan sólo. Subamos, cobarde, ¡subamos! ¿O vas a vivir de llanuras por siempre? Si tú no las ves con los tuyos, yo sí con el mío. ¡Las puedo sentir! Tercer ojo. Le suelen decir intuición - intuición telepática, suelen decirle los yoguis. Antena

de luz, enrollada. Pupila de sol. Ajna chakra (आज्ञा चक्र).  
¿Corderos? El día que sienta la lana. Pegasos de Dios.  
Los humanos nacemos con alas.

## 12

### **No dioses: abuelos**

*Edén sin Olimpo.*

Fijemos, conscientes, un punto de luz en la parte central de las cejas. Allí, la presión repercute, con tersa, sutil vibración, en el ojo pineal. ¡Repercute! Por más que no sea carnal sino psíquica. Ciertas miradas escriben en verso, por medio de manos ajenas. Aún desde lejos, recibes un toque fugaz de varita. ¿Qué más? ¡Inmanente poder telepático! Luego, caídas las medias, la magia se vuelve carnal. No consigues sacarte su luz de los huesos. Concéntrate, pues, en un punto frontal. Si lo logras sentir, significa que toda tu red neuronal ha cambiado su química. ¿Cómo lo sientes, si no? ¡Repercute! La glándula más interior del cerebro - llamada pineal- es pequeña. Podría quedar atrapada por una gotita de tiempo; ¡por esta mismísima letra! Nos queda de paso: purguemos allí la fricción y sigamos a bindu (बिन्दु), que queda detrás del cerebro.

"¿Por qué tan feliz?" En la misma pregunta confiesan que nunca lo fueron. El alma feliz no precisa razones. Mejor todavía: tan sólo se pueda, quizás, ser feliz sin motivo. Relájate. Siente la piel envolviendo tu cráneo. Percíbela joven, tirante. Parece no ser demasiado consciente del paso del tiempo. ¡Se ve que no cuenta los años! El summum del yogui: sentirse, de nuevo, bebé. No llorar sin reír. Levantar las piernitas al cielo. No ser otra cosa -ni rico ni santo ni rey- que feliz. Alegrarse con ver las cortinas jugar con el viento. Vivir fascinado. ¿La cuna? Su cuerpo. Dormir sin reloj. Despertar sin insomnio, por más que no sea de día. ¿Los padres? Presentes. Si no, no se puede ser niño. ¿Lo dudas? He visto cachorros de tigre perdidos y, vistos así, no parecen cachorros - ni fieras. Bengalas sin luz. ¿La mantita? Sus hombros. Dejar que los pétalos sean perfume. Reír. Respirar. Permitir que la brisa le pinte la frente de polen. ¿Su teta? La luna. No verla salir sin que brillen los ojos. Mirar las estrellas pegadas del techo. Sentirse, doquiera que Brahma las haga salir, en su cuarto - los yoguis meditan, a veces, haciendo girar al planeta sin otro motor que sus pies. No saber que las cosas comunes nos hacen felices: sentirlo de veras, aún sin saberlo. Milagro, jamás hipotético. ¡Cierto! ¡Real! Seductor. Con la magia de Dios y la pizca del diablo. ¿La luna? Mejor que las luces. ¿Los hombros? Vibrantes de prana. ¿Presentes? De sólo pensar en sus rostros lo colma la risa. ¿Su cuerpo? Vehículo. Nunca propósito.

Paz y guirnaldas. Hechizo, sin truco. Jamás infantil, como tantos que son nada más inmaduros. Adulto bebé. Seductor, sin colmillos. ¿Pancita de Buda? Jamás. Cinturita de yogui. ¿Quién tiene, mejores medidas? Podrías casarte con él, y casarte casarte casarte sin otra razón: ser feliz ser feliz ser feliz. Adicción. Es lo malo del bien. Al revés, apartarse del norte genera dolor: enseguida te muestra por dónde volver. Es lo bueno del mal. Adolece la falta de dicha.

¡Llegamos aquí! Pero, bien, todavía podemos sentirnos mejor. No quedemos en bindu. Los nuevos preguntan: "¿es cierto? ¿Los yoguis levitan?" "Ascienden", respondo. Sigamos, entonces, al último chakra. Corona. Cenit. Impasible sosiego. La yema de Dios y la yema del Hombre. Liviano, tan sólo con una mantita de piel, sahasrara (सहस्रार). Bellísima bóveda. ¡Somos el cielo! Por eso resulta difícil hallarlo, por más que busquemos.

## 13

### **Cenit, sin calor**

*Himalaya sin frío.*

Los rayos de sol ya no corren. Planean, lo mismo que pájaros. Trenzan su luz entre sí. Se dibujan despacio, parecen andar a pedal. Coloridos fotones. Recíbelos bien, ¡han viajado lo mismo que muchos Colones! Abajo, las cosas pequeñas parecen pequeñas, por fin. ¿Qué nos queda? ¿Contratos? ¡Tirémoslos! ¿Peines? ¡Tirémoslos! ¿Máscaras? ¿Joyas? ¡Tirémoslas! ¿Metas? ¡También! ¡Qué funestos engaños! ¿Paredes? ¡Tirémoslas! ¿Sillas? ¡Tirémoslas! ¿Naipes? ¡Tirémoslos! ¡Dios! ¡Qué fantástica vista! Recorre la cara dorsal de tu ala derecha. Percibe su borde. Primero, la parte más baja; después, ve subiendo. Transítalo todo, ¡sus curvas! ¡sus vueltas! y pasa, después, a la otra. Percibe su tallo troncal en tu piel, enraizado. Distingue sus músculos, fuertes, lo mismo que cuádriceps. Ambas, ahora. Las dos a la vez. ¿no las sientes vibrar con el viento!? Percibe, con todo tu ser, el azul. Saborea la sal del océano. Siente la luna, ¡la niña mimada del yogui! Percibe su núcleo, candente. Lo mismo que todas las chicas de mal, se perfuma con frío. Divino poder de la

mente. Percibe las órbitas. Siente su vértigo. ¡Vive la curva! También en la Tierra, si sabes prestar atención, es posible sentir, en la panza, las mismas cosquillas. Ahora, percibe Saturno; su tibio color; sus anillos. ¿De quién es la boda? De Diosa con Dios. Sé consiente de cada galaxia. Palpítala toda. Los cuásares. ¡Toda! ¡Los púlsares! Toda. Su luz y su química. Cada satélite. Cada pedrusco. Sus vórtices. Siente sus risas. ¡Su tiempo, bañándote! Siente sus bromas. Sus seres, humanos o no. Sus relámpagos. Siénteme. Carga tus venas con tinta. Palpítame. Pon tu virtud en desorden. Relájate. Siente la magia bailar con tu mano. Desínflate. Sé. Las estrellas parecen distantes y, luego, los físicos dicen que cada molécula viva brotó de -qué basto sería decir, por imagen, esperma de Dios- una gran explosión estelar. ¿O qué somos de Sócrates? Digo. ¿De Bruno? ¿De Buda? Qué somos, si no, de -mejor que la gran explosión estelar- una madre. Caricias y músculos. Siente su panza, de nuevo. Precioso cobijo. Quizás este tiempo no sea vivir y morir sino, bien, otra panza común. Y, quizás, cuando muere, con rabia de todos, un niño, le digan, también, prematuro, reciba mejores cuidados y duerma, después, bajo tul de cristal. Y, quizás, las estrellas, allí titilando; las plantas, allí floreciendo; las olas, allí revolcándose, son los sonidos externos que no comprendemos aún. Y, quizás, este cuerpo, con meras funciones logísticas, sea placenta - que, claro, se seca después de nacer, como toda placenta. Desínflate.

¿Sientes? Tal vez, esos sean tus padres hablándote tiernos, afuera, felices de, pronto, tenerte con ellos. Quién sabe. Las horas, quizás, al bebé, le parezcan semanas. Extraños dolores. Presión. Sacudones. Puntadas. El túnel. La luz al final. Dar a luz. Los pulmones. El llanto. Las caras mirándonos. ¿Caras? ¿Qué digo si, lejos de ver, por entonces, apenas se ven sensaciones? ¡O monstruos! Colores a vivo granel, tan intensos que duelen. ¡Pavor! Y, de pronto, titilan, en medio del caos, dos voces que sí conocemos. No vamos, jamás, a sentir otro mantra tan bello. Jamás. Ni poniéndole toda la magia del ooomm.

¿Otra panza común? ¿O seremos, lector, una vida tan sólo? Quizás, esta panza no sea común, sino propia. Quizás no seamos, las plantas, las bestias y Dios, muchas vidas distintas. Aún diferentes, los dedos no son cinco manos. Quizás, como velas diversas que tocan su luz en un único fuego, seamos un único ser, asombroso, ¡real!, conformado, con único sol, por diversos milagros.







El coeficiente intelectual de las personas, que venía en aumento desde que se llevan registros, ha comenzado a disminuir desde hace unos veinte años. Según los expertos, una de las principales causas de este fenómeno es el empobrecimiento del lenguaje. De manera relacionada, hay estudios que demuestran que gran parte de la violencia intra familiar y pública proviene de la incapacidad de expresar emociones y elaborar pensamientos complejos.

PALABRART te invita a continuar leyendo textos desafiantes, sean de esta o de cualquier otra editorial.